Letras de plata

La biblioteca de los márgenes



JOSÉ LUIS ROMERO

Autor de *Querido librero*

La biblioteca de los márgenes

La biblioteca de los márgenes

JOSÉ LUIS ROMERO

Autor de *Querido librero*

Plata

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

1.ª edición: octubre 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2026 *by* José Luis Romero
Representado por EDITABUNDO, S.L., Agencia Literaria.
All rights reserved
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.letrasdeplata.com

ISBN: 979-13-88181-51-1

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

«Nos contamos historias para poder vivir». *El año del pensamiento mágico*, Joan Didion.

«Todo niño vive en una historia que no comprende del todo». *Infancia*, J. M. Coetzee.

A los laberintos de las bibliotecas, a quienes todavía viven en ellos.

Hay tres formas de medir el tiempo: con relojes, con calendarios o con las muescas que hago en el marco de una puerta. Yo he elegido la última.

No recuerdo la última vez que vi a mi hermano. Estaba a punto de cumplir seis años; eso lo sé. He ido marcando el marco de la puerta de mi cuarto cada cumpleaños que he pasado sin él. Cada día paso las yemas de los dedos por las marcas.

Me enseñó que los tesoros que no deseamos perder se deben guardar entre las páginas de los libros: papeles doblados, mensajes secretos, dibujos con pistas. Y que algunas cosas se guardan antes de saber que algún día dolerán. Las peores son las que no caben entre las páginas de los libros, porque se terminan olvidando.

Esta es la historia de la última vez que lo vi, la historia que nadie pudo contarme.

CAPÍTULO UNO
TERESA

Hoy no distingo ningún ruido típico de mi biblioteca. El ayuntamiento ha organizado una actividad con el alumnado del instituto del barrio. He estado explicando cómo funciona una biblioteca, cómo se catalogan los libros y cómo se registran. Les he propuesto una actividad antes de la visita al archivo. Aprovecho su silencio para ordenar la mesa: bolígrafos, carpetas y *post-its* de colores chillones, todo en su lugar. Compruebo si me queda algún chicle en la gabardina. Hablan, carraspean, tosen, se miran con complicidad. Me sobresalto al regresar a la realidad, temiendo que algo estalle. Hace media hora el profesor tuvo que intervenir: pasaron de una minucia a darse voces y faltarse el respeto; de la risa al empujón y luego a peinarse como si nada.

—He encontrado la palabra —grita uno.

Lo busco con la mirada. Está medio incorporado. Se sube la capucha de la sudadera que le queda grande. Por un instante no parece tan ausente; desde que tuvo el golpe de ira, no había vuelto a participar.

—Profesora, se dice igual.

—¿Qué se dice igual? ¿Por qué me llamas «profesora»?

—Es *zahín*. Un traidor. Zaino, profesora. Un perro que traiciona.

Todos se ríen. Algunos lo observan a la espera de la siguiente ocurrencia. Quiere seguir hablando. Tiene público; se crece. Las palabras le suben por la garganta, como si las masticara antes de decirlas. Me acerco un poco, quiero oírlo bien.

—Mohamed vendió la vaca que ya no daba leche y la carne no se podía comer.

Tiene acento marcado. Las jotas golpean el aire y el tono y la rigidez me recuerdan a un soldado ante su superior. Está erguido, casi rígido. Las erres no suenan cuando deberían. Me fijo en su piel, en su pelo, e imagino un olor a casa cerrada, sin ventilar.

—Madre quería una vaca para leche. Yo fui con ella; era pequeño. Estuvimos todo el día viajando en coche hasta Tánger. Mohamed nos vendió una vaca que decía que era buena.

El alboroto se extiende. Termina con un *wallah* que desdibuja lo que quería decir. Mugidos, saludos militares: la biblioteca ya no distingue su propio sonido, mezcla de risas y desorden.

Suena el teléfono, justo cuando la profesora intenta imponer orden. Lo miro, solo compruebo lo que ya sé. Lo dejo sonar en silencio dentro del bolsillo interior de mi gabardina. No quiero saber el resultado de las pruebas entre las risas de los alumnos del instituto.

—Sí, lo sé, señora… esa vaca, no podía ni moverse, como para dar leche… Aún duele —se toca el pecho—. Mi madre se enfadó tanto que se fue y me quedé ahí, con mi abuela, todo el invierno.

—Correcto. Sigamos con el texto.

No puedo continuar. Una de las profesoras, con un movimiento de cabeza, da por terminada la sesión. Solo le falta decir «recogemos» para que todos se levanten. Ha decidido aprovechar la pausa para dar por terminada la actividad. Se excusan, vuelven al instituto andando y les lleva más de media hora. Algunos se despiden con gestos perezosos. Otros inquieren si deben concluir el texto en casa. Se empujan, se incordian, se amenazan y, finalmente, esbozan una sonrisa con su uniforme invisible.

Uno de los profesores aguarda a los rezagados. Ha solicitado

inscribirse en la biblioteca y, casi sin preámbulos, me pide una recomendación. Lo primero es preguntar por su última lectura, por sus gustos personales, por su libro favorito. Aduce que lleva mucho tiempo sin leer nada. En esos casos, siempre acudo a mis obsesiones: los libros que hablan de otras bibliotecas. Así que busco en mi cabeza la primera novela que desearía poder olvidar para poder volver a leerla. No tardo nada en orientarme en el laberinto del archivo.

—Toma —le ofrezco—. No es novedad; lo publicaron hace cuatro o cinco años. De cuando aún creía que los secretos se podían custodiar bajo llave.

Lee el título: *La sombra del viento*. Recorre la cubierta con el pulgar. Lo gira; examina la contraportada. Alza la mirada.

—¿Zafón? ¿Por qué este?

Me apoyo en el mostrador. Ya quedan pocos alumnos por salir; no quiero retenerlo mucho tiempo. No quiero ser yo la culpable de que descuide sus responsabilidades.

—Porque siempre debería existir un lugar donde los libros que nadie recuerde aguarden a ser reclamados. Cuando el mundo exterior cruje y se lamenta, lo único que conserva nuestra cordura es el orden de una historia cuyo final ya conocemos.

Porque alguien tiene que cuidar lo que todos quieren olvidar, estoy a punto de decirle. Asiente, me observa perplejo y enseguida recompone el gesto. Guarda el libro en la mochila y se marcha en silencio. Le informo de que tiene quince días para devolverlo; solo contesta un «gracias».

Cuando llega Clara, para hacer el turno de tarde, me pregunta si ha ido bien la visita. Se la resumo en breves palabras: creo que no les ha gustado la actividad de buscar palabras. Para las próximas sesiones propongo enseñarles los entresijos de la biblioteca, pasarlos

al archivo, darles pistas para orientarse en su laberinto; porque toda biblioteca que merece ese nombre esconde uno. Clara solo me ha prestado atención a la primera frase. Enseguida, se ha puesto a colocar las novedades que han llegado. Ya le he avisado de que esa tarea es mi preferida de todas. Se gira, se coloca bien el pelo detrás de las orejas y me recuerda que me iría mejor la vida si dejase de creer en tantas tonterías; no es mi culpa que no sepa acceder al laberinto, le vuelvo a decir. Tampoco les he dicho que, en los buenos laberintos, siempre se gira a la izquierda.

Disfruto con el silencio de la biblioteca: el eco de los pasos, el pasar de las hojas, el arrastre de las sillas. Siempre escucho ese tictac de un reloj que lleva semanas sin avanzar un solo segundo. El segundero avanza y retrocede, con arritmia. Ambos, el reloj y yo, sabemos que estoy esperando. Él, a quien se le agotan las fuerzas. Yo, a que suene el teléfono y se apague lo que aún nos sostiene como pareja. Al menos, al reloj se le pueden poner pilas. Solo conservamos los recuerdos que duelen. Son los únicos de los que, con los años, podemos señalar el lugar y la manera en que sucedieron. La llamada debió de llegar hace unos días, podría llegar hoy, o mañana, o esta misma tarde. Lo que ocurrió lo siento debajo del vientre y tiene cuatro aspas; es mi estrella de suturas. Solo tengo que pasar los dedos por la cicatriz para que no se me olvide. Esta misma mañana me ha recordado que sigue aquí conmigo; seguro que habrá mal tiempo.

En el bolsillo, la llamada espera. Ya he aprendido lo que sucede con los recuerdos que se incrustan sin pedir permiso: laceran como las ausencias y no quiero recordar la llamada en mi biblioteca, entre carcajadas que no me rozan y no me pertenecen. Desear algo es comenzar a perderlo; me lo repito, como llevo haciendo todo este

año. Cuando la pantalla se apaga, solo queda mi reflejo. Alguien que ha aprendido a ser biblioteca, para evitar preocuparse por su propia historia.

CAPÍTULO DOS
PEDRO

Son alumnos de instituto y, aun así, caminan en fila india por la calle. Llevan las carpetas sobre la cabeza y van saltando sobre los charcos. No se separan; necesitan sentirse cerca. Observar su comportamiento fuera del aula me permite descifrarlos mejor que entre los pupitres.

El asfalto devuelve un vapor gris en forma de humo poco denso, una niebla de ciudad, mientras el agua golpea el suelo y levanta un olor a metal y polvo acumulado que ensucia los coches. Los chicos no esquivan las gotas; se mueven por la acera como los gorriones bajo las cornisas de los edificios. Yo aprieto el maletín contra el costado; los exámenes de dentro ya deben de mostrar manchas de humedad en los bordes del papel. La hilera de alumnos serpentea junto a los bordillos, esquivando las cortinas de agua que forman los coches al pasar por los baches; los chicos apuran el paso al verlos venir.

Les pido que no se rezaguen. Que no se detengan, que va a volver a llover en breve. No distingo al grupo de atrás entre el bosque de paraguas y capuchas. A esa edad el cuerpo se siente invulnerable; no les preocupa el resfriado.

—Es culpa del traidor. Va buscando su vaca.

Dudo entre la risa y el rigor. Escudriño sus gestos para calibrar mi respuesta. Su desdén dicta el mío.

Los primeros días me quejé de ese gris sobre la ciudad, del hollín en la nariz, de la boca seca y del barro entre las uñas. «Espérate a que

llueva; eso lo limpia todo», me dijeron. Me fijo en los charcos, en el siseo de las suelas sobre el asfalto, en las gotas sobre el chubasquero beige que acabo de comprar. Prefiero quedarme atrás antes que escuchar a las profesoras quejarse de los turnos, las tutorías y las reuniones. Debe de ser la letanía habitual al principio del curso.

Falta Karim. Me detengo y dejo pasar al resto. Se ha quedado rezagado, mirando al suelo. Es el único sin chubasquero y lleva zapatillas deportivas de lona. Se lo hago saber.

—Esas zapatillas no son para la lluvia, resbalan mucho.

—Mejor unas botas, ¿verdad?

Asiento. Caminamos a la par. Sube los hombros; se refugia en la sudadera. Dice que va solo porque los demás son niños y él es el mayor. Los oímos reír, empujarse, sacudir un árbol para provocar una lluvia propia.

—¿Y tú? ¿No traías paraguas?

—No me gustan.

—¿No te gustan o es que te gusta mojarte?

—Los paraguas se pierden.

Caminamos un tramo sin hablar. Los únicos sonidos son el tráfico y el golpeteo del agua contra la tela de mi capucha. Karim se mueve buscando los huecos del asfalto donde el agua no se estanca; con esas zapatillas, en cuanto pisase un charco, tendría que llevar todo el día los pies mojados; al secarse, dejaría un olor inaguantable. Su sudadera ha pasado del azul claro a un azul casi negro en la zona de los hombros. No tirita, pero ya anda encogido y enjuto. Mantiene un paso uniforme, con la vista fija en la nuca del compañero que va delante.

Cuando el semáforo cambia, cruzamos por el paso de peatones mirando cómo el agua arrastra hojas y envoltorios. Caminamos al

mismo ritmo. No quiero que parezca un interrogatorio, pero no puedo evitarlo.

—¿Todo bien en el instituto?

—Más o menos. A veces los profes no entienden. Nadie entiende nada.

—Sí, a veces no deja de llover en todo el día.

Levanta la mirada y hace una mueca tímida. Alcanzamos a sus compañeros, quienes se quejan del agua, de que vamos lentos, de que aún no han merendado. Esa algarabía constante que no cesa. Llevan quejándose desde que salimos y seguirán así hasta el instituto.

—¿Está lejos tu casa? —pregunto.

—No mucho. Tres paradas. Pero no voy solo. Recojo a mi hermana. Mi madre trabaja por la tarde; hoy se quedó en casa porque no se encontraba bien. Siempre tengo las llaves de mi casa.

Giramos la esquina. El instituto aparece desdibujado por la luz cetrina. Las farolas le dan un tono anaranjado, casi de amanecer. Se detiene y me corta el paso.

—¿Y tú, profe? ¿También vas solo a casa? ¿También vives con tus padres?

La pregunta me desconcierta. No sé dónde colocar el límite.

—Tengo veinticinco minutos en el metro. Hace meses que no veo a mis padres.

Podría haber dicho «años», años sin una conversación en condiciones. Acelera. Se adelanta dos o tres pasos. Tal vez me he excedido en la confidencia. Al llegar a la puerta del instituto, los demás sacuden los paraguas. Ahora se quejan de que no habrá segundo recreo.

Entre todos, él solo observa callado, sin moverse de la puerta. Le

agradezco que me haya acompañado. Murmura un «de nada» apenas audible. Quieto, alza la vista como si fuera a decir algo más, pero no lo hace; solo cruza el umbral y desaparece.

Veo mi reflejo en el cristal de la entrada: un tipo con un chubasquero beige muy calado y un maletín de señor responsable. Me pregunto si dentro habrá paraguas amontonados que pueda tomar prestados, y abrigos goteando sobre los radiadores. La luz de las farolas rebota ahora en los charcos. Me quedo bajo el alero de la entrada mirando cómo amaina. Pienso en sus zapatillas de lona y en el paraguas que llegó a tener y perdió. Me dijeron que cuando llueve la ciudad se limpia, quizá sea verdad.

CAPÍTULO TRES
KARIM

Llegar un rato antes solo implica no detenerse a la salida del instituto y acelerar el paso. La dinámica es siempre la misma: cuando quedan diez minutos, las familias se apelotonan alrededor de la puerta y rebosan las aceras, invadiendo la calzada. Al rato empiezan los coches en doble fila y los cláxones.

Sara quiere salir rápido para ver los coches que suben al bordillo. Antes tiene que encontrar la mochila de su hermano, naranja y verde con un bordado con su nombre y un llavero que tintinea, la cual, cada día, oculta en un sitio diferente. Cuando el conserje baja a abrir la hoja de hierro azul, empiezan a salir los niños de infantil. Los clasifica según las mochilas y apenas les mira la cara: hay un Spiderman, tres Hulks, dos perros con poderes cuyo nombre no recuerda, cinco de nailon de diferentes colores y algunas sin dibujo. Es el momento de entrar un segundo al patio a esconderla, teniendo cuidado al ocultarla, pues todas las mochilas se parecen mucho.

Sara aparece de repente. Karim levanta la vista en cuanto oye su nombre; la recibe con un abrazo. Le ajusta la bufanda y comprueba que lleve el gorro y los guantes en la mochila. Ella no contesta, le entrega su mochila rosa y se pone a buscar su tesoro. A veces la esconde detrás del tobogán, su sitio favorito cuando él venía al colegio, así que es el primer sitio donde mira.

Hoy estaba detrás del árbol del fondo, el que tiene un hueco en el tronco. Ya quedan pocos padres en la puerta cuando encuentra la mochila; ningún coche mal aparcado. Sara camina un poco

adelantada, mirando las grietas del suelo. Karim va detrás, con las manos en los bolsillos de la sudadera. Cruzan la verja y giran hacia el pasaje.

Caminan en paralelo a la hilera de edificios de ladrillo visto, cuyas fachadas sostienen redes de cables que bajan hasta los cajetines de luz. Sara se detiene, como cada día, frente al escaparate de una tienda de arreglos de ropa donde un maniquí sin cabeza viste una chaqueta de lana gris. Le gusta fijarse en la ropa que lleva puesta cada semana; dice que así sabe qué estación del año es.

Karim no se para; nota el tintineo del manojo de llaves en el bolsillo. Le dice que apure, aunque su hermana se va parando con cada una de las compañeras que va encontrando.

A una le dice que va a la pequeña tienda de alimentación a por zumos, a otra que van al parque que está cerca del río, por Marqués de Vadillo. A otra no la saluda. Le cuenta bajito, cuando ya se ha alejado, que le ha molestado en el recreo y no ha querido compartir con ella el batido de fresa. «Sigo con hambre», acierta a decirle, por su culpa.

A mitad de la acera se cruzan con dos hombres, uno de ellos es bastante más alto que el otro, andando con cierta dejadez. Los reconoce, le han hablado otras veces. La semana pasada le dieron dinero por llevar un sobre al bazar cerca del metro, ese que tiene juguetes en el escaparate y a veces se paran a mirar un dinosaurio de plástico duro que tiene una pata torcida. Vienen de frente y frenan al llegar a su altura, lo saludan.

—Nuestro mejor amigo.

Karim se detiene. Sara da dos pasos hacia atrás; se coloca exactamente detrás de su hermano. Uno de ellos se acerca un poco. No invade el espacio. Saca un envoltorio precintado con celo mal

puesto del bolsillo y lo muestra durante un segundo. Es tan pequeño, pesa tan poco, que cabe en la mano.

—Es rápido —dice—. Ya lo has hecho antes. Déjalo en el colmado de la esquina.

Karim no pregunta qué es. Mira a su hermana, quien chuta un brik descolorido por el sol para que no caiga en el sumidero y asiente. El paquete envuelto en papel de revista pasa de una mano a otra y se hunde en el bolsillo de la sudadera, junto al manojo de las llaves. Le da la mano a Sara y siguen andando.

Mira a su alrededor. Antes de girar la última esquina, se detienen frente a una cabina de teléfonos sin el auricular, un armazón de metal lleno de pegatinas de cerrajeros y números borrosos donde les gusta pararse a hacer que llaman al extranjero. Karim mira el local de alimentación. Tienen que cruzar la calle, pero hay una furgoneta de reparto que les bloquea el paso. Un grupo de hombres fuma junto a la puerta de un bar mientras beben y comparten unas tapas; le parece que le dicen algo que no llega a entender. Sara tira de su mano pero Karim espera a que un camión de basura pase por delante para cruzar la calzada, moviéndose detrás del olor que deja.

—Hoy casi encuentro la mochila a la primera —dice ella.

—Mañana la esconderé mejor.

Le aprieta la mano de camino al local y aceleran el paso. En la entrada hay tres escalones de piedra que brincan de un salto; ella un poco más lenta y con los pies juntos. Ha llevado muy apretado el paquete en la mano, así controla que el cuerpo reaccione antes de pensar. Deja el paquete en el mostrador y pone la mano abierta sobre él. Cuando le dan el billete, pide un *pack* de seis zumos de melocotón y los guarda en la mochila rosa. El resto del dinero va al mismo bolsillo que las llaves.

Caminan hacia su bloque, un edificio de seis plantas con la pintura desconchada en los marcos de las ventanas. Karim saca el manojo de llaves y busca la más larga, la que tiene el cabezal desgastado. Antes de introducirla en la cerradura de hierro, gira la cabeza hacia el final de la calle. Empujan juntos la puerta; Sara entra primero, salvando el escalón del umbral que está suelto y hace un ruido hueco al pisarlo. Karim cierra la puerta detrás de sí con gran estrépito, celebrando el ruido. La escalera los recibe con un olor fuerte a comida.

CAPÍTULO CUATRO
TERESA

Busco algo en los bolsillos; las yemas rozan un *ticket* arrugado y entonces recuerdo que tengo unas napolitanas de chocolate para la tarde en casa. Hago un gesto al ordenanza de la biblioteca, que apenas me distingue desde lejos. Murmuro, casi inaudible, un «hasta mañana» sin mirarlo. Intento cerrar la puerta sin que golpee, notando la resistencia del peso.

Parece que se ha levantado algo de viento. Espero oír el portazo, pero noto que me tocan en el hombro.

—No pensabas irte sin saludarme, ¿verdad?

—¿Será que no me has oído con la radio tan alta?

—¿Alguna lectura nueva?

—Ya sabes que solo te voy a recomendar libros sobre bibliotecas, libros para siempre. Y si no, un clásico; esos también son para toda la vida.

Sonreímos los dos cuando le digo que llevo dos novelas juveniles en el bolso para mis sobrinos, lo mismo quiere una. Me sujeta la puerta, que estaba dando bandazos. Se queja de que siempre quiero hacerle leer a autores que ya no están, que no saben por lo que él está pasando.

Le contesto que siempre es lo mismo: todas las historias hablan de amor y desamor, y que hace siglos también se desesperaban por infidelidades. Se extraña; se queda callado. Es la primera vez que lo dejo así, perplejo, sin saber qué decir. Me arrepiento enseguida de haber dicho en voz alta lo que todos sabemos en voz baja.

Aprovecho la confusión para despedirme y alego que tengo una llamada que hacer. Me hundo en el abrigo antes de salir a la calle.

Bajo andando por la pendiente de General Ricardos. Saco el móvil y miro los SMS. El pulgar se me queda suspendido sobre las teclas. Noto cómo recupero el aliento antes de bajar las escaleras, con la palma de la mano pegada a la barandilla.

Llegan a la vez los dos trenes; parece que quieren que elija la dirección. Una vez elegida, dejo pasar el primero, abarrotado y ruidoso, y espero el siguiente. Durante unos segundos, el andén es solo mío; tarda apenas tres minutos en llegar.

Hay pocas cosas que me gusten del otoño en Madrid. Los abrigos nuevos, el roce de las bufandas de lana y empezar a llevar guantes. Pero lo que me gusta del otoño son sus promesas, las que se pueden incumplir: donde nada florece, nada empieza, nadie tiene que sostener expectativas, nadie discute. Todas las promesas son veraniegas. No hay que fingir alegría ni entusiasmo.

La primera persona que encuentro leyendo está al final del vagón. Me voy acercando una vez que el metro se pone en marcha, pero evito sentarme enfrente. Al momento, la veo tomar su *tote bag* de tela áspera, buscar algo con energía y sacar un lápiz. Oigo el rasgueo furioso de la mina contra el papel; casi parece que le grita al libro. Niega con la cabeza antes de empezar a escribir. No logro ver lo que ha escrito; lo intento, subo el cuello del abrigo para ocultarme. Noto la tensión en su nuca.

La observo sin disimular. Hay algo que me impide dejar de mirarla, algo familiar en su rabia al leer, pero no sé decir qué es. No consigo ver el título ni su cara. No levanta la cabeza; la nuca rígida, un mechón que no le molesta sobre el rostro. No escucha música, ni mira el móvil. Me pregunto si el libro será suyo. Me lo pregunto

porque quiero imaginar que lo está marcando, que lo está corrigiendo para alguien. Porque Marcos también marcaba frases en mis libros para que me fijara en ellas.

En otoño se discute más dulce, pienso al ver a la pareja del fondo. Es un enfado de él; quiero tener eso claro. Oigo el tono de sus voces, suaves, tras el índice admonitorio de él. Sus caras se miran tranquilas. Ella habla con las manos; él escucha la respuesta. Baja, asiente, vuelve a hablar ya sin el dedo inquisidor. Se abrazan. Siento el alivio de ver cómo se acomodan los cuerpos sin esfuerzo. Nadie mantiene el enfado cuando lo abrazan. ¿Por qué no me abraza? Todas las historias de amor empiezan igual y terminan de la misma manera, cuando te sobra lo que te faltaba.

Lo veo al otro extremo del vagón: capucha puesta, mirada al suelo y moviendo la pierna con un tic nervioso. Al lado, una niña de la edad de mis sobrinos, acurrucada junto a él. Sus facciones se relajan al descubrirme; con cierta curiosidad y algo de asombro, me saluda.

Abro el bolso y dudo entre *Viaje a la Luna* y *Viaje al centro de la Tierra.* Me decido, se lo ofrezco y le recuerdo que en quince días tiene que devolverlo. La niña, mirando curiosa, toca la portada del libro y me pregunta por el suyo. Le digo que ella también está en el libro: todas las historias que merecen ser contadas hablan de nosotros. Se me escapa una media sonrisa al descubrir mi rostro en un reflejo, la de alguien que ha sobrevivido al verano, a los libros sin leer, a la música sin bailar, a las discusiones eternas.

CAPÍTULO CINCO
KARIM

No le gusta hacer ruido al entrar. El silencio forma parte de la sorpresa al llegar, de los juegos del escondite por la casa. Gira la llave todo lo despacio que puede. Está muy orgulloso, desde que va al instituto ya tiene llaves de casa. La mayoría de las veces ni siquiera está echada, así que solo tiene que procurar que la puerta no chirríe. Una tarde roció las bisagras con aceite de cocina, pero su madre lo notó enseguida por el olor y le dijo, muy seria, que no podían malgastar el aceite así. Cierra la puerta al mismo ritmo con el que contiene la respiración. Le susurra a su hermana que vaya a soltar las mochilas en el cuarto que comparten.

Se entusiasma cuando le llega un intenso y áspero olor a cordero; durante días comerán lo que más les gusta. Busca a su madre, con pasos sigilosos, en la cocina. Quiere asustarla. La olla del fondo suelta vapor: ese humo que lo impregna todo y se mete en la ropa, acompañándolo el resto del día. Debe de estar cerca, porque ha dejado el fuego encendido.

La descubre de espaldas en el salón y se acerca despacio; un paso en falso puede delatarlo. Se da cuenta de que debería haberse quitado las zapatillas en la puerta. La rodea por la espalda, la abraza por sorpresa y le suelta un «uh» bajito. La nota sobresaltarse, moverse, resistirse un poco. Solo lo justo para que Karim la apriete más fuerte.

—No puedo aceptar este abrazo, tengo la olla al fuego.

Karim se sienta en el borde del sofá, hundiendo el peso en el cojín desgastado, y nota cómo el tejido de su sudadera, todavía empapada, transfiere el frío del agua a la tapicería. Se desprende de la prenda antes de que su madre lo note y termine enfadada.

El aceite empieza a chisporrotear, la carne cruje y se oye cómo caen las verduras en el caldo.

Sara aparece corriendo, ya descalza, muy despeinada. La madre suspira al verla con la cara sucia y la coleta deshecha. Casi sin levantar la voz les manda poner la mesa. Ponen cuatro cubiertos. Cuando la madre llega con la olla para servir los platos, los riñe.

—¿Otra vez? Papá sigue en Tánger trabajando.

Contestan, casi al unísono: por si acaso. Se cuentan el día. Siempre empieza Sara, como si fuera un ritual. Habla del colegio, de lo que ha hecho, de su profesora y sus compañeras. Dice que ella también quiere enseñar y ser rubia como su profesora. Él cuenta su visita a la biblioteca, cómo ha visto en el metro a la profesora de los libros y la suerte que ha tenido de que le prestara uno. Sara se lo pide enseguida para verlo; dice que le encantan los cuentos. Y, como siempre, termina apropiándose de toda la conversación.

Les ordena la tarde; se cuidan los tres.

Sara se empeña en que vuelva a contar el día en que su madre no podía levantarse. Karim empieza, con tono neutro, desapasionado, como si no importara. Tenían hambre. Mucha. Como tenían hambre, empezaron a gritar «ñam-ñam», una forma que Sara usaba para pedir comida cuando aún no hablaba bien. No le gusta que le digan que tardó muchos años en arrancar a hablar. Como su madre no contestaba, fueron a buscarla. Como no la encontraron en la cocina, fueron a la habitación, donde dormían los tres. Como no se veía nada, encendieron la luz. Como no respondía, se subieron a la cama.

Como no despertaba, empezaron a darle besos. Ella solo murmuró que tenía mucho dolor de estómago. Les dijo que comieran lo que encontraran. Mezclaron galletas, atún y un poco de cuscús que había sobrado y le pusieron nombre: nuestro plato favorito.

Mientras recogen la mesa, Sara revolotea alrededor.

—¡Kachim! He dibujado a mi profesora. Tiene el pelo largo y flores amarillas. Espera que lo busco y te lo enseño.

No puede estarse quieta. Corre por la mochila y la vacía por completo sobre el suelo de la cocina. Busca el dibujo, lo encuentra y se lo da, rápido, orgullosa. Empieza a decirle, en darija, lo mucho que le gusta su dibujo.

—En español, Karim, en español —le recuerda la madre.

Pero no suena tan dulce, le reprocha.

—Está bonito, muy, muy bonito, hermana. Como las flores que mamá pone en los jarrones de casa.

Sara lo mira por encima del hombro, con esa cara de «ya lo sabía». Corre hacia su madre, le tira de la falda, le sostiene la cara y se la come a besos. Esta vez, ella no se resiste. En segundos, los dos están encima de ella.

—Sara, cariño, ve poniéndote el abrigo. Me voy a trabajar y tengo que dejarte con tus tíos para que tu hermano pueda estudiar —dice la madre.

Karim, en camiseta, tiembla, exagerando, para que lo atienda también.

—Hace mucho frío. Me congelé todo el día.

Le vuelve a recordar que no debería haber dejado el otro abrigo en el parque. Hasta que no pase por casa de los tíos no puede conseguirle otro, le repite. Lo único que se le ocurrió fue ponerse dos sudaderas y quitarse una cuando llegó a clase. Doble armadura, le

dice convencido. La sudadera la dejó donde los demás dejan sus abrigos, para no perderla.

Sara empieza a recoger los platos. Besa unos restos de pan antes de tirarlos. La madre la observa atenta, como si formara parte de un equilibrio frágil y, al mismo tiempo, orgullosa de que no haya tenido que decirle nada. Termina de recoger la cocina, quiere dejar la olla a remojo y, al oír el sonido de la tele, le recuerda a Karim que primero están las responsabilidades y que no debe salir mientras ella no esté en casa. Apaga la tele mientras su madre sigue allí, pero en cuanto oye el ruido del ascensor, la vuelve a encender.

Busca en la mesa del comedor el libro que le han prestado. Eso cuenta como tarea del instituto, seguro. Su madre se alegrará cuando le diga que ha estado toda la tarde leyendo… con la tele encendida, pero leyendo.

Piensa en la profesora de la biblioteca. En sus ojeras, en su jersey blanco de lana, que tentaría al tacto y olería a invierno. Quizás esa semana, cuando salga del instituto, pase por allí, termine por contarle la historia de la vaca y le pregunte su nombre.

CAPÍTULO SEIS
TERESA

Suena el teléfono en cuanto llego a casa. No lo voy a atender con el abrigo puesto. Cuando lo dejo en el perchero de la entrada, lo primero que hago es encender el gas, buscar las cerillas y prender el hornillo. Vierto aceite, con cuidado de no derramarlo. Mientras se va calentando, me cambio de ropa. No quiero que me huela a fritanga; la campana extractora lleva días sin funcionar bien y quiero ponerme lo mismo para la tarde.

Pelo las patatas, las dejo unos minutos sobre el grifo abierto y las corto, intentando que todas salgan del mismo tamaño. Abro una lata de aceitunas con anchoas, la dejo a mi izquierda y pico alguna de vez en cuando, sin dejar de cortar. Corto tantas que me doy cuenta de que no van a caber en la sartén.

Aunque estoy concentrada, percibo a Marcos llegar a la cocina. Se queda en el umbral, dudando si entrar. Yo sigo con el vaivén del cuchillo; escucho el golpe contra la tabla.

—¿Ese abrigo ahí colgado es nuevo? —me pregunta.

Suena otra vez. Ninguno se mueve. Nos miramos. Unos segundos, quizás un minuto. Quizás un año. Quizá tres intentos.

—¿Te encuentras bien?

No levanto la vista ni cambio el ritmo con el cuchillo. La hoja brilla bajo la luz de la cocina; cada vez que parpadeo, la veo. Las patatas se amontonan sobre la tabla y empiezan a caer sobre la encimera.

Marcos da un paso cuando cesan los cortes. Da otro cuando me ve agarrar el colador para escurrir las patatas antes de pasarlas a la

sartén. Se queda en medio de la cocina, con las manos colgando, sin saber dónde ponerlas. Me mira, mueve los labios, como si ensayara una frase. Mete las manos en los bolsillos del chándal que usa en casa, su uniforme diario.

Vuelven a llamar al fijo.

—¿Vas a responder?

Extiendo la mano, tomo el teléfono, lo sujeto sin mirarlo. La otra mano se queda en el cuchillo. El aceite en la sartén empieza a crepitar cuando rechazo la llamada. Cuelgo.

El bolsillo de Marcos vibra. Mira quién es y lo dice en voz alta: Clínica Bizarraga. El extractor hace ruido; justo ahora, justo cuando no quiero oír la conversación, funciona.

Entonces el cuchillo cae. No lo tiro. No lo dejo caer. Cae. Suena seco contra las baldosas grises y yo lo miro, ahí, quieto, cerca de mis pies. Lo agarro fuerte y agachada con el cuchillo en la mano solo veo que Marcos asiente con un «sí», un «lo entiendo», un «bueno», un «vamos viendo». Cuelga, deja el teléfono sobre la encimera.

—No estás embarazada. No ha funcionado el tratamiento.

—Ya lo sabía.

—Entonces…

Miro la sartén.

—Se está quemando el aceite.

El aceite empieza a humear. Marcos guarda el teléfono en el bolsillo. No levanta la cabeza. No se mueve. ¿Por qué no me abraza?

—Ya sabes lo que pienso.

—¿Y si no funciona…? —pregunta.

Por primera vez hoy me fijo en él. Su pelo, sus ojos, sus hombros. No digo nada. No hace falta. Se da la vuelta; en breve estará en su despacho, entre vinilos y libros, con el ordenador encendido,

escribiendo su novela. Quizá tenga que llamarlo varias veces para que ponga la mesa y comamos juntos.

El aceite sigue hirviendo. Vuelve a oler a quemado. Me quedo mirando cómo se va a su cuarto y me doy cuenta de que hoy también comeré sola.

CAPÍTULO SIETE
PEDRO

Puede parecerlo; a veces puede conseguir engañarte, pero Madrid no es una ciudad. Tiene calles, gente y barrios. Madrid es un murmullo constante que no puedes dejar de escuchar en ningún lugar. Tiene calles donde el aire cambia sin avisar; pasan de ser luminosas a parecer calles de otro país, otros acentos, otros olores. Hay barrios que parecen tranquilos, casi ideales, hasta que te das cuenta de que solo son caras cansadas. Te cruzas con gente que no mira, o que mira demasiado tarde, cuando ya has pasado. En el metro nadie está del todo donde está, como si cada uno llevara otra versión de la ciudad encima, una más pequeña, más manejable; una donde puedes vivir. No te deja despistarte; aunque creas que la tienes controlada, aquí todo es provisional, aunque lleve siglos. Te empuja, te zarandea y no te va a soltar.

No sé el horario de las clases; dudo que logre memorizarlo. Son muchos grupos, muchos cambios de clase, muchos pasillos por recorrer. He impreso el horario y lo llevo en una cuartilla en la chaqueta, en el bolsillo interior, y lo saco cada mañana, a veces también a mitad de jornada. Hoy sí sé lo que tengo a primera hora: es viernes y toca la guardia de la biblioteca. Toca guardia de rezagados, de expulsados, de dormidos, de fumados, de callados, de capuchas, de cabezas apoyadas sobre los brazos suplicando un respiro.

Me gusta ese soplo de aire cálido de primera mañana al abrir la biblioteca, casi siempre con un vago olor a lejía, de haberla limpiado

ayer por la tarde y de haber cerrado las dos aulas contiguas que conforman este espacio.

Como aún tengo unos minutos y quiero sentirme útil, alineo los libros sobre la mesa, coloco bien dos o tres ejemplares y reviso el expositor de destacados. Todo en orden, sabiendo que la verdadera actividad no comienza con los libros, sino cuando los pasos que resuenan por el pasillo cesan y empiezan otros, más irregulares, esporádicos, que irrumpen de golpe. Me quito la chaqueta; voy a prepararles una lectura. A ver si consigo que hablen. Que tengan una opinión y la defiendan.

Llevo sin leer desde que dejé de hablar con mi madre. Va a ser mi segundo intento en estos días.

Dudo que consigan más allá de parafrasear, de resumir mecánicamente. Solo unos pocos dirán que les ha gustado y por razones superficiales, como si tampoco quisieran equivocarse y supieran que eso es lo que se espera de ellos.

Solo uno, en una guardia de hace unas semanas, con mala letra y renglones torcidos, escribió: «Menudo bodrio. ¿Quién paga un libro para que le cuenten que la vida es una mierda? Eso ya lo sabemos».

Me asomo al pasillo. Escucho un portazo lejano, una risa. Me recuerda a una película de zombis que vi anteanoche, en la que, de repente, todos empezaron a correr por los pasillos, tropezando, hambrientos, buscando una víctima con la que saciar su hambre eterna.

En diez minutos empezarán a llegar los primeros: los rezagados, los castigados, los que buscan pretextos para no entrar en clase.

Justo cuando escojo la lectura empiezan a llegar. Los zombis son los mismos, pero con un rostro diferente. Distintos cada viernes. Caras ajadas, con ojeras y esa mirada que no quiere desafiar, pero

que irradia un «me da igual».

El primero llega con los auriculares puestos y, desde que me ve, me indica con gestos que no está escuchando música. Aun así, le digo que se los quite. Obedece, se los deja colgados al cuello, como un valioso collar, y sonríe, pero no contesta cuando le pregunto qué venía escuchando. Apoya la mochila en el suelo y se deja caer sobre la silla. No saca nada. Ni libro, ni cuaderno, ni bolígrafo. Mira el reloj del móvil; suspira. Ya está cumpliendo la condena y solo le quedan treinta minutos para ser libre y volver a clase.

La que viene a continuación parece tener frío. Se recoge el pelo en un moño alto, se sienta junto a la ventana y abre un cuaderno. Pasa las páginas muy rápido; es fácil darse cuenta de que no las lee. Toma una libreta, garabatea algo y empieza a trazar su nombre en un cuaderno que ya tiene escrito, con diferentes letras, una y otra vez. Imagino que busca saber cuál es la suya.

Al tercero sí lo identifico. Lo tengo en las clases de primero y viene sin chaqueta, sin frío ni prisas. En cuanto me ve, dice que siempre acaba aquí, que no sabe para qué entra en clase si enseguida lo van a mandar a la biblioteca. Ahora vendrá la jefa de estudios, me asegura, y le volverá a hablar de faltas leves y graves, y de la comisión de disciplina.

No sé si escucharlo, si querer entenderlo, si mandarlo callar o simplemente estar aquí, sentado, escuchándolo.

Por último, entra una alumna mientras come. En cuanto le recuerdo que no se puede comer en la biblioteca, me dice que, si el desayuno es tan importante, debería dejarla terminar su palmera de chocolate. Decido fingir que no la veo, fingir que es mejor no empezar batallas perdidas.

Apunto sus nombres. Los apunto para llamarlos por él, por el que

ellos me digan, para ponerles cara, para que ellos me la pongan a mí. Para no sentirme policía ni funcionario de prisiones.

Solo se oye el pasar de las páginas, el rozar de los lápices, un bostezo. Durante unos minutos, los cuatro ocupan el espacio como piezas de un rompecabezas torcido. Ninguno habla.

Casi al final de la guardia, llega Karim. Misma sudadera, mismo pantalón, mismas zapatillas, que deben de molestarle al andar, porque se nota lo gastadas que están. Es el que más me extraña ver aquí. Tan disciplinado siempre, con tantas ganas de aprender. Lo miro y bajo la mirada.

—No me dio tiempo a llegar antes, profesor.

Lo invito a pasar, le pregunto por el abrigo y el paraguas, y se lo toma a broma. Entonces recuerdo que no suele llevarlos; dudo si debería haber preguntado.

—Me acosté tarde —dice. No me desperté con el móvil. Tuve que llevar a mi hermana al colegio y vine lo más rápido que pude. Mira, aún sudo. Salí corriendo.

Me invita a tocarle la frente, a comprobarlo. Le digo que le creo, lo invito a pasar y recuperar el aliento. Le ofrezco un libro para leer, pero dice que ya tiene el suyo: se lo dio la profesora de los libros en el metro. Se llaman «bibliotecarias», le contesto. «Un servicio de biblioteca a domicilio —dice riéndose—, como las pizzas que pido a escondidas, ya sabes, los martes locos».

Se ríe. Se ríen. Y durante unos segundos, me contagian la risa.

CAPÍTULO OCHO
TERESA

El móvil vibra en el bolsillo. No necesito mirarlo para saber que es él. Solo aparece: *¿Estás mejor? No te oí esta mañana salir de casa.* El último vistazo es al espejo del portal, para comprobar mi labial de estos días: sangre, frío y líquido, número veinte. La primera sensación de felicidad es el torrente caliente, ese instante en que el agua me envuelve y nadie me pide nada. A veces dejo que el champú me escueza en los ojos hasta que se quejen. Si no estuviéramos pendientes del gasto, podría quedarme ahí media mañana, solo dejando que el calor me arrope los hombros, que casi me queme.

Mientras el champú hace espuma, recompongo lo que no supe sostener, recorro conversaciones que terminaron con una frase tranquila, es muy pronto, acabamos de conocernos y vuelvo a asentir como asentí entonces, preguntándome por la misma imagen: una sala de espera con sillas de plástico azul y una revista del corazón con la esquina doblada. Asentí. No dije nada más. Siempre me prometo que ese recuento, al menos, no será nunca antes de dormir. No deben ser más de cinco minutos bajo la ducha, pero caben años.

Me subo al metro, cabizbaja, envuelta en mi abrigo. Entrar al metro de noche, salir del metro de día. Entrar de día, salir de noche. Bajo las escaleras sin advertir las indicaciones. Hago cada día los mismos giros, tropiezo en los mismos pasillos, me cruzo con los mismos desconocidos. Sin pensarlo, me coloco en el lado derecho de la escalera mecánica. Cuando llega el tren, se abre justo delante. No

busco sitio; aparece con solo esperar. Dos paradas después levanto la vista, antes de que avisen que he llegado. Alguien habla por teléfono en un idioma que no entiendo del todo.

Salgo a la calle. En el semáforo coincido con una cara que me suena, nos miramos lo justo y seguimos, con la suerte de ser anónima entre caras que ves cada día.

Clara llega tarde. Siempre sofocada, transpirando, como si viniera corriendo desde la cafetería donde ha comprado ese café para llevar. Golpea el mostrador con el bolso.

—¿Has visto el libro? El rojo. Lo dejó y salió corriendo. Una chica joven, con el pelo así… como estropajo.

Me río; esa forma de describir siempre dependiendo de un aspecto físico concreto.

—No vi nada. ¿Dónde está el libro?

—Lo dejó ahí, tirado, con los que quedan por catalogar.

Lo reviso. Ayer dejé sin catalogar una nueva edición de *El nombre de la rosa*, con una portada diferente que me entusiasmó. Lo hojeo, quiero ver el mapa que representa a la abadía; está todo en blanco. Lo abro de par en par y se lo enseño a Clara, quien da un brinco que hace que el café salte y manche el mostrador. Antes de girarse hacia el baño, grita un «defectuoso».

El lugar idóneo para el libro en blanco es la mesa de novedades. Porque las cosas siempre pasan por algo. No existe un libro sin escribir que llegue a una biblioteca, con un laberinto en la portada, que no busque a quien desentrañe lo que le ha pasado.

Contesto el mensaje: *No quise molestarte; no te oí llegar a la cama.* Pero sí lo oí, me hice la dormida.

Tengo el ejemplar en blanco en la mano, paso el dedo por la portada, por su laberinto; desde el centro intento seguir hasta

encontrar la salida. Volví, por unos segundos, al cuarto de mi hermano, a los bollos y a las bolsas de frutos secos. Yo leyéndolo, él jugándolo. Mi hermano jugaba con su Amstrad, fósforo verde; yo buscaba la salida en un libro que él no terminó. Él jugaba a La Abadía del Crimen; yo leía la novela. En el juego, si te perdías, se acababa la partida. Le dije que la entrada a la biblioteca estaba en el altar; dijo que no, que no conseguía que se moviera ni que apareciera ningún pasadizo. Mientras se frustraba frente a la pantalla, yo aprendía a seguir el camino marcado, a no salirme del recorrido aunque no lo hubiera elegido. De poco sirve aprender el camino de memoria si luego la vida te pone otro.

CAPÍTULO NUEVE
PEDRO

La primera vez que vi la cara de otro, ya estábamos dormidos cuando escuché un estruendo. Había oído a mis padres irse a dormir y Roberto estaba en su cama, al lado de la mía. Mi madre solía acostarse antes y poner la televisión en su cuarto, mientras mi padre apuraba el día en la salita. Algunas noches, Roberto y yo nos asomábamos a verlo beber un vaso corto de escocés, como él lo llamaba. A Roberto le entraba la risa y volvíamos sigilosos y tropezando por el pasillo antes de que se diera cuenta.

Hubo una noche distinta. Ya estaban todos dormidos. El ruido vino del baño. Roberto dio un salto y dijo que alguien había entrado en casa. Yo no pude moverme de la cama. Mi padre se levantó, Roberto salió al pasillo y cerró nuestra puerta de un golpe seco. No oí nada, por más que agucé el oído. Intenté pensar en los dibujos que cada tarde acompañaban mi pan con chocolate para no sentirme solo. Conté los segundos hasta que Roberto regresó al cuarto y me contó que padre parecía otro, hablaba solo y su cara se veía diferente. Daba la impresión de que tenía miedo.

—Si había alguien en casa, debió huir al verme —dijo.

La segunda vez que vi la cara de otro, la escena comenzó igual. Oímos un estruendo. Con una señal de su mano me dijo que lo siguiera. Avanzamos por el pasillo sin hacer ruido.

Mi padre estaba en el suelo de la salita, boca abajo. Un vaso volcado, pero intacto, y dos hielos cerca de su mano. La luz blanca caía sobre su coronilla. Miré a Roberto. Me hizo callar y se acercó

cauteloso. Me dijo que estaba cantando tan bajo que no se oía desde donde yo estaba, así que me acerqué.

Me dio el vaso y los hielos. Los dejé en la mesa de mármol, la que tenía la enagüilla con el brasero. Roberto intentó darle la vuelta. Entonces lo oí tararear. Era una canción que nos cantaba a nosotros.

Entre los dos lo incorporamos; era un peso muerto. Se apoyó en el sofá y se quedó de rodillas. Yo aún no le veía el rostro. Roberto empezó a cantar las estrofas que nos sabíamos de sus canciones infantiles. Mi padre reaccionó. Se sentó despacio y comenzó a tararear con nosotros.

Entonces vimos la cara del otro.

Tenía los ojos entornados y el ceño relajado. Una sonrisa sesgada donde se le escapaba la baba por una comisura. Nos miró como si acabara de conocernos y nos pidió que nos acercáramos. Nos sentamos a su lado. Jugamos a dejarnos caer sobre él sin hacer ruido mientras cantaba nuestra canción cada vez más bajo. Cuando se quedó dormido, nos volvimos al cuarto.

A la mañana siguiente, la cara del otro no estaba. Padre tenía un chichón. Roberto canturreaba: *A Pedro, como era calvo, le picaban los mosquitos…* Cada vez que padre nos reñía, le cantábamos la canción. Nos reíamos en silencio.

La tercera vez que vi la cara del otro no hubo ruido.

La luz de la salita estaba encendida. Había botellas sobre la mesa. El vaso lleno, casi rebosaba y sin hielo. Mi padre estaba sentado en el sofá, inclinado hacia delante. Murmuraba palabras que no entendíamos.

Levantó la cabeza al vernos. Nos miró sin reconocernos al principio. Se puso en pie con dificultad y dio un paso hacia nosotros.

—A la cama —dijo.

Roberto retrocedió. Yo no me moví. Levantó la mano; creo que distinguió nuestra cara de miedo. No llegó a tocarnos, nunca lo hizo. La mano quedó en el aire. Roberto me agarró del brazo y tiró de mí. Mi padre perdió el equilibrio y se dejó caer otra vez en el sofá, desfallecido.

Corrimos al cuarto y cerramos la puerta. Nos metimos en la cama sin hablar.

A la mañana siguiente no hubo cara del otro. Padre no cantó. No nos miró en todo el día. Roberto dejó de reír cuando lo veía beber. Yo dejé de querer ir a verlo al sofá. Años después entendí que cantar también es una forma de no hablar. O quizá no lo entendí: solo sigo cantando también.

Hasta este lunes no me había vuelto a acordar de esa cara.

Había pasado tiempo suficiente como para pensar que ya no importaba, que ya no la iba a volver a ver y que, si la viera, no me iba a reconocer. Yo no pensaba volver a saludarla, ni ayudarla a sentarse en el sofá, ni, mucho menos, cantar con ella. Hoy me levanté con resaca en mi casa; este río, portal F, 1-2º, entre dos orillas, como otros tantos lunes, y fui al baño sin pensar en nada, solo queriendo lavarme los dientes y echarme agua en la cara. Fue al mirarme al espejo cuando apareció la cara del otro. Solo me canturreó, muy entusiasmado.

… y *su madre le decía: «Ponte el gorro, Periquito».*

Pero yo no le acompañé con la canción.

CAPÍTULO DIEZ
KARIM

Llevaba muchos días sobre la mesa, pero ahora mismo no encuentra el libro que le prestó la bibliotecaria. Debe haberlo recogido su madre porque ayer dejó unas bolsas de patatas fritas que pensó retirar más tarde y tampoco están.

Su madre y Sara han vuelto a salir esta tarde; hoy no tiene dónde ir ni con quién. Apenas queda luz; apenas es de noche. Son esas horas fronterizas en las que el día está tan cansado que se deja llevar. Se pone las únicas zapatillas que tiene; le están ajustadas, pero no se lo dirá a su madre.

Tiene prohibido encender la calefacción, así que se coloca la capucha. Apoya los codos sobre la mesa, abre el libro con cuidado: no es suyo. Nota el papel áspero, usado. Se mira los dedos por si mancha. Tiene que leer despacio, muy despacio. Empieza con un solo párrafo, al menos para saber de qué va.

—No entiendo —se dice en voz baja.

No para quejarse, solo consigna algo que ya sabe. No entiende, pero no deja de leer. Ya lleva casi diez páginas; se ha detenido a contarlas. Lo abre sin ganas, medio obligado. Sonríe: a las pocas páginas hay una nota al margen, algo escrito a mano. «No importa si no entiendes». Se fija en la letra minúscula, muy pequeña. Difícil de leer, como unas hormigas en fila india que vuelven al hormiguero. Azul, de bolígrafo BIC. Sigue leyendo, vacila, se distrae. Cierra el libro y juega con las tapas. Mira por la ventana, a ver si ve a alguien pasar.

Hubo, en los primeros años, una profesora que le ayudó. En cuanto llegaron a Madrid, su madre lo llevó al colegio más cercano. Recuerda niños jugando al balón, niñas en corro, niños persiguiéndose sin razón. Le gustó esa sensación; aquí son iguales que allí. A la entrada, un conserje uniformado les dijo que debía esperar a que terminara el recreo para atenderles. Recreo: se quedó con esa palabra. Le iba a gustar ese recreo. Su madre no salió del colegio; se apostó en la portería. Es así de terca, le hubiera gustado decirle al conserje desconcertado. Sin embargo, le ofreció otra silla e intentó conversar con él.

Se hizo entender, medio en francés, menos en castellano, y el fútbol los unió. También intentó explicarle que se le daba muy mal, pero eso no lo consiguió. Empezaron a nombrar jugadores famosos, los más conocidos de esos años, y terminaron sonriendo los dos.

Le costó entender lo que pasó a continuación. Un señor en bata les abrió una ficha. Tenía los dedos amarillentos, las encías vencidas y un pelo que parecía que una vaca le había ayudado a peinarse. Le pidieron una documentación que la madre había tenido que ir a hacer unos días a otro centro. Karim le puso de mote Mohamed.

En esos días llegó solo, ligero, sin mochila ni merienda. Al entrar al patio, vio que los niños se colocaban en la fila en la que tuvieran la misma estatura. Se arrepintió de no haberse traído una mochila; pensó que hubiera sido suficiente con llevarla, aunque fuera vacía, aunque fuera solo con folios. Le gustó que la profesora no pareciera tan mayor como su madre, que fuera rubia, algo tan raro para él, y que pasara de sonreír a un gesto serio, firme, en cuestión de segundos. En cuanto lo vio, le mandó seguirla y lo dejó en la garita de la entrada; no entendió nada, se quería ir con los demás; su madre ya había estado allí ayer; intentó hacerse entender.

Los días siguientes le resultaron menos plácidos; lo metieron en una clase donde los alumnos no dominaban el castellano. Al día siguiente, y durante unas semanas, llevó una mochila vacía, una mochila sin peso, solo para poder abrazar algo cuando lo necesitara. Esa rabia, esa soledad, lo hicieron el más diligente de todos. No había un día en que, al encontrarse con quien quería que fuera su profesora, no le contara sus avances, sus ganas de ir a clase con los de su altura y de preguntarle cuándo iba a suceder. Estaba aprendiendo a leer, como también a recordar, a través de historias que intentaba relacionar con su pueblo natal.

No quería entender; quería aprender a querer esta nueva ciudad, tan grande que no veía el final; necesitaba aprender a quedarse.

Recuerda el primer verano, igual que el sonido de los helicópteros sobre Madrid. La televisión dice que el Real Madrid ha hecho un nuevo fichaje y que está llegando a la ciudad, y cómo apuntaba mentalmente los días en que los veía. El sopor de las tardes, el aburrimiento, la luz que se estiraba hasta hacerse insoportable. Los días solo eran diferentes por ese helicóptero, que iba y venía cuando quería, sin preguntarle a nadie, y que lo hacía imaginar con quién iría en él.

Lo que pensaba que sería solo un día volvió a ocurrir, tres o cuatro veces más, mientras medía el mundo con un calendario secreto que solo él entendía. Los días eran iguales, repetidos, y aun así los contaba, porque en verano hay tiempo para todo: desde la última vez que lo había oído, el lunes fue a las 13:47, pasaron cuarenta y cinco horas hasta la siguiente vez que lo vio. Los destellos entre las azoteas, metálicos y, a veces, tan erráticos que parecía que podía moverlo desde allí, decirle que está, que lo recoja, y él iría con él. Cada vez pasaba más cerca.

Sabe dónde su madre guarda la llave de la azotea; sabe cuándo sube a colgar la ropa al caer la tarde para que el sol no se la coma. Los helicópteros son la medida de su propio tiempo, la señal de que podía permanecer atento, vigilante, incluso en la soledad que siempre traen las tardes de verano.

No lleva la llave siempre, solo algunos días, cuando el calor aprieta y la casa se queda en silencio. La guarda en el bolsillo y sube despacio, contando los escalones para no hacer ruido. Arriba, el aire es distinto, más seco, y el cielo se ensancha un poco más. Le gusta porque puede ver el horizonte: un bosque de antenas, azoteas por descubrir y una hilera de edificios que se alzan ante su vista y le impiden ver más allá. A veces intuye que la ciudad tiene un final y que allí, al fondo, hay montañas.

El último día que lo escuchó, subió al instante. Cuando el helicóptero aparece, Karim levanta la mano sin darse cuenta, como si pudiera indicarle algo, marcarle un rumbo mínimo, un desvío apenas perceptible. Hoy está más cerca que nunca; lo sabe; lo inventa en sus juegos, pero nunca le sale. Lo sigue dirigiendo con la mirada, como si fuera un coche radiocontrolado. No ocurrió nada; el helicóptero siguió su trayecto, ajeno, metálico.

Karim bajó el brazo despacio y lo siguió con los ojos hasta que desapareció entre los edificios, tapándolo con el dedo índice hasta que dejó de oírlo. Luego, volvió a guardar la llave en su sitio.

Se le empiezan a cruzar imágenes del libro con recuerdos suyos: una tetera sobre el fuego y su abuela hablándole, un pañuelo sobre el cuello que le incomoda, una noche estrellada jugando a contar todas las estrellas en un banco de un parque infantil. Ve otra nota al margen: «Recuerdas esto; no importa dónde». Empieza a buscar más notas, empieza a pensar que van apareciendo según va leyendo.

Se queda así unos segundos, sin saber qué hacer. Apoya la cabeza sobre la mesa, encima del libro, intentando escuchar, respirar la historia. Se da cuenta de que todas las calles viejas no tienen nombre, pero todas las casas sí tienen número.

¿No era la casa de su abuela también la número 19?

Afuera ya es noche cerrada; mira la hora en el despertador de encima de la mesita de noche. En breve llegarán su madre y Sara para cenar y cerrar el día juntos. No quiere dejar de leer; no lo entiende del todo, pero no está solo. Hay una historia, hay notas al margen y solo tiene que ser capaz de seguir adelante. No entiende el libro ni muchas cosas de Madrid. Como tampoco entendió a sus compañeros en esos días ni al hombre de la bata. ¿Cómo que alguien necesita ir en helicóptero a algún sitio?

Piensa que si ha conseguido sobrellevar esos días, conseguirá leer este libro, solo para ir a contarle a la bibliotecaria que ya lo ha terminado.

Cuando llegan su madre y Sara, Karim tiene la cabeza apoyada sobre el libro y los ojos cerrados. Su madre le pone la mano en la frente, y al momento le coloca un paño húmedo. Dice algo en voz baja que él no entiende del todo.

CAPÍTULO ONCE
TERESA

El verano acaba cuando empezamos a ser uno. Aquel verano, nuestro primer verano después de su gira, cuando se fueron pagando las presentaciones, los clubes de lectura. Deseando que llegara para pasarlo juntos, yo quería llevarnos al pueblo, con tostadas empapadas en aceite y jamón, pasear antes de que quemara el sol, sentarnos en la biblioteca donde fui de niña.

Así que fui yo sola. No digo «viajé», no se viaja adonde fuiste feliz. Primero pensé que era el calor, ese sudor en la nuca lo que hacía que me mareara. Fue una tarde, con brisa caliente. «Terral» lo llaman, ese viento del Sáhara. Deja arena en los ojos para poder llorar cuando quieras. Me levanté después de pasar por la biblioteca del pueblo a dejar unos libros, para no tener que llevarlos en otoño, y me caí sola, del mareo, justo al levantarme de la silla.

Lo siguiente que recuerdo es alguien sujetándome la cabeza, dándome agua, abanicándome. Esa noche, en la puerta donde se sientan las señoras a hablar de todos, con las sillas de plástico cada una de un color, me lo dijo la más mayor: mira qué tono de piel tienes, y un mareo así, ya sabes lo que significa.

Creo que sonreí, aunque desde aquí no lo sé seguro. Antes de que apretara el sol, compré una prueba de embarazo en el pueblo de al lado, ese que no tiene biblioteca en lo alto del risco, sino un castillo. Cuando se fue el sol, en el baño donde me bañaba los veranos y jugaba con los tapones de los geles y los champús a que eran barcos en una regata, cuando ya solo cantaban las cigarras, me hice el test.

Lo demás fueron cuentos. El verano se acabó la vez que me quedé embarazada. Cuando le dije que estaba embarazada, me habló de tiempo, de novelas por escribir, de que ya habría ocasión.

Sus libros no pueden hablar de nada, porque cuando se enamoró de mí, palabras suyas, se le olvidó arrastrar su nueva vida. Se le olvidó su ropa, su ordenador, su documentación, y, sobre todo, dejó sus libros en casa de su ex, de la que antes me hablaba tanto y a la que ahora me voy pareciendo cuando habla de mí. Y ya solo me queda por ver cómo acaba el cuento que me ha ido contando.

No necesito tener libros míos; nunca los tuve ni los quise. Los toco todo el día, los ordeno y los registro. Los devuelvo a su sitio cuando alguien los deja donde no corresponde. Los abro para comprobar un código, una firma, una fecha. Los reparo, les coloco bien el tejuelo, lo vuelvo a pegar cuando se despega. Los huelo, incluso sin querer; siempre hay que olerlos: a los jóvenes, a los viejos. El polvo se queda en las manos. En la ropa. En el pelo.

Soy libros. Huelo a libros.

Los únicos libros que tengo en casa hablan de bibliotecas. Están colocados juntos en una balda pequeña del salón. Nunca los oí hablar entre sí, aunque eso no significa que no lo hagan. El único que no entiendo dónde colocar es el de las páginas en blanco. Un libro que no puede leerse pero que lleva unos días acompañándome.

Sé cuándo empezó. El sol, desde primera hora, caía a plomo. Durante la siesta, las calles se despoblaban. Persistía ese silencio denso, interrumpido a veces por el ladrido de un perro.

En medio de todo, se erguía la biblioteca. En lo alto del cerro, mientras abajo crecía el pueblo. En otros lugares, en la cima, hay un castillo. Ahí, en el pueblo de mi padre, construyeron una biblioteca.

No recuerdo los veranos, otros veranos. Recuerdo su aroma, que es

otra manera de evocarlos sin engañarme. Íbamos en bicicleta, las demás niñas y yo, aunque las demás prefirieran la piscina. No podíamos ir solas al colegio, no teníamos permiso, pero sí a la biblioteca del pueblo. «Con cuidado», nos decían. «Mirad antes de cruzar. No bajéis de la acera».

Salíamos temprano, antes de que el asfalto empezara a arder. Aun así, el aire ya llegaba cálido; lo percibías en cuanto bajabas a la calle, ese pequeño gran golpe de calor que se pegaba a la piel.

Llegábamos sudorosas, con polvo en las piernas, calcetines sucios y rodillas gastadas. Empujábamos la puerta y el aire se transformaba. Dentro estaba fresco, no sé si era por los muros o por el silencio. El calor quedaba fuera, sin permiso para entrar.

No recuerdo muchas cosas de la infancia; decidí que hay años que no existen. No sucede lo mismo con los olores. Los olores no puedes olvidarlos, aunque quieras. Bajábamos la voz sin que nadie nos lo pidiera. Tomábamos libros prestados. Volvíamos a casa pedaleando, con el estrépito de las cigarras en la cabeza.

Después llegó la construcción del nuevo edificio, más grande, más luminoso. La zona infantil contaba con un espacio repleto de cojines de colores. Me sentaba allí, con el libro en las rodillas. Con el tiempo, creíamos que regresábamos al mismo lugar. Ignorábamos que todo ya estaba cambiando. Se te pinchaba la rueda de la bicicleta, pero ya no la reparabas. Esperabas ver a tu bibliotecaria, pero ya se había jubilado. Los veranos y las ganas de esperar terminan en la infancia; del resto, no estoy segura.

CAPÍTULO DOCE
PEDRO

Los puentes unen orillas, vecindarios y vidas. Eso lo tengo claro. Los ríos, en cambio, dividen. Bueno, «río» es una forma benévola de llamar al Manzanares. Algunos dividen en dos, pero la mayoría en tres o cuatro partes.

Podría callejear: tres calles retorcidas en concreto, más de cinco locales vacíos hoy y abarrotados mañana, decenas de pasos de peatones, coches mal aparcados; y ahí me empieza a molestar la planta de los pies.

Cruzar la frontera dos veces al día; es el momento del día en que siempre vuelvo a recordar aquellos Cercanías donde pasé la infancia. Ahora ya es normal, pero debí de ser de los primeros de mi pueblo en tener padres separados. Yo siempre los conocí así: dos casas, dos vidas, dos maneras distintas de mirar el mundo. Unidos por un tren que nunca llega a su hora.

Ese traqueteo, lento y monótono, ya no es de raíles: son los adoquines que ahora voy pisando con precaución.

Debieron haberme dejado con uno de los dos, con el albañil o con la profesora. Así los llamo en mi cabeza. Dos espacios que no se tocaban. Mientras todos mis compañeros crecían en casas parecidas, con reglas parecidas y un futuro común, yo vivía entre dos casas frente a frente, atravesadas por otras fronteras.

Una casa llena de libros, de personas que leen y se abrazan, que se escuchan y se responden. La otra, llena de bravura y de litronas, donde se grita y nadie lee y, sin embargo, se deciden cosas graves,

esenciales, desde ese rincón donde solo se oye la propia voz. Voces que se inflan mientras exhiben manos llenas de callos y se repiten que eso es ser hombre.

Dos casas que, sin necesidad de cruzar ningún puente, ya me vaticinaban un futuro distinto. Aquí vuelvo a atravesar la frontera cada vez que cruzo el Puente de Toledo. Dos casas que se quedan en las manos.

Los veo antes de que me vean. Van de la mano, hablando entre ellos. Me extraña verlos por aquí; debe de ser la hermana de la que me ha hablado. Me sorprende verlos en dirección contraria, procedentes de la orilla pudiente, como si el puente no tuviera prisa por despedirlos.

Creo que están jugando a no soltarse de la mano aunque tengan que esquivar a la gente. Karim tiene un gesto serio y forzado para dar la sensación de que su decisión es firme. Pero a ella, aunque se tapa la boca cuando se le escapa, se la oye reír a carcajadas cada vez que chocan con las personas.

No es su puente, ni tampoco el mío. Sé reconocer cuando alguien está fuera de sitio. Soy experto en desaparecer cuando no estoy en mi orilla.

Cuando llegan a mi altura, Karim levanta la vista.

—No vamos a parar. Son las reglas.

Sara aprieta un poco más fuerte su mano, como si el río pudiera llevársela si se afloja, e imita el gesto de su hermano.

—Estamos buscando algo —dice Karim.

—¿El qué?

—La tarjeta del metro.

Tengo que ponerme a andar marcha atrás porque no paran. Menos

mal que van despacio y así puedo preguntarles qué ha pasado. No la han encontrado en conserjería ni en la sala de profesores. Tampoco en el aula. Perdida u olvidada, da igual. Volver andando ha sido la única decisión posible, la única por la que no tienen que pedir permiso.

No consigo entender por qué vienen en dirección contraria y no puedo evitar ir a la par, dar pasos para no chocarlos y preguntarles si se han perdido.

—Nosotros no.

Me voy quedando atrás, tropezando, esquivando gente que se aparta, dando pasos a trompicones porque no paran ni dejan pasar. Yo voy detrás, pensando cómo es posible que alguien pueda andar así, ligero, riendo por dentro y sin que le importe nada, y me explican:

—Si conseguimos hacer la ida y la vuelta sin chocar con nadie, la tarjeta aparecerá.

Lo dice y se tapa la boca, pero se le oye reír. Sigo detrás. Levanto los pies con cuidado y vuelvo a ponerme a su altura, respirando hondo, tratando de no perderlos. Algo que dice que son dos niños en un Cercanías buscándose. Sabiéndose de ninguna orilla y, a la vez, quizá, de ambas. Cada paso es un equilibrio. Ajusto el ritmo, me doblo para mirar por encima de sus hombros y ver a dónde van. Me cuesta no reírme de mí mismo. El puente se acaba y la pequeña deja de reír. Intuye que era solo eso, un juego, y que, al llegar a casa, su hermano estará en un lío por haber perdido algo tan valioso.

Saco mi tarjeta de metro, esa que apenas he usado este primer mes. La separo de la cartera de plástico que la protege y la dejo en el suelo, parándome justo delante.

—¡Está aquí, al final del puente! —grito casi sin querer.

Se giran. Se quedan quietos, mirando incrédulos. Karim mira el suelo con recelo, como si desconfiara. Sara se encarga de recogerla. Celebra sin mirar a nadie. A los transeúntes no les importa y a ella tampoco. Lo han conseguido. No dicen «gracias». No hace falta. Mientras vuelvo sobre mi camino, veo todo lo que siempre estuvo ahí entre las dos casas, entre las dos orillas: el ruido, los juegos, las risas que se pierden, las manos que se aprietan, los pasos que vacilan. Sigo igual, acostumbrado a cruzar fronteras. Me voy girando para verlos avanzar sin soltarse de la mano, sin mirarme, acompasando los pasos.

CAPÍTULO TRECE
TERESA

—Han vuelto a llamar de la clínica.

Tardo en contestar, primero parpadeo, dejo que el aire se quede quieto. No contesto; solo niego con la cabeza.

—¿Y qué piensas hacer?

¿Qué pienso hacer? Como si el peso de todo esto fuera solo mío. Como si fuera yo la única que tiene que decidir, cargar y sostener lo que no se dice. ¿Por qué no usamos «nosotros»? ¿Qué pensamos hacer?

—No lo sé —respondo, dejando la frase flotando en el aire. Y luego, casi sin querer—: ¿Tú qué crees?

Aparta el café con un gesto distraído, como si el movimiento pudiera disolver lo que acabamos de decir, de lo que me he arrepentido al soltarlo.

—No sé si merece la pena seguir intentándolo. No así.

No hay nada en lo que insistir. Lo veo en su expresión, en cómo aprieta los labios, en ese pequeño encogimiento de hombros con el que parece firmar una renuncia a saber qué va a pasar. Sigo callada para que diga lo que no ha dicho. Tan callados que soy capaz de oír cómo se recoloca en la silla, cómo suena el tic-tac del reloj de la cocina. Ruidos necios que nos distraen y nos salvan.

—Quizá sea mejor dejarlo —dice sin mirarme.

Asiento. No digo nada más, no vamos a aprender a comunicarnos de repente. Y es tarde, sobre todo para mí. Bajo la vista y miro el

mantel arrugado, la miga de pan de la tostada que se ha quemado de más y no ha querido comerse, que tengo entre los dedos. La giro una vez. Se deshace sin dejar rastro.

Se ha dejado el café, ya estará frío.

—¿Has escrito hoy?

—¿Y tú has estudiado o vas a seguir poniendo la excusa de que no empiezas hasta que convoquen oposiciones? ¿Al menos habrás empezado a escribir los relatos que llevas queriendo hacer desde hace años?

Le cuento que voy a aprovechar el fin de semana para ir a ver a mi hermano y mis sobrinos. Sabe que me gusta llevarles libros, donde les dejo mensajes en los márgenes. Siempre empiezo yo a leerlos, y les digo que así, cuando sigan leyendo solos durante la semana, yo seguiré con ellos. Solo me contesta que les dé recuerdos de su parte, así ni siquiera le digo si voy a ir ahora o por la tarde.

Entonces, justo cuando el aire se vuelve más denso, el teléfono fijo vibra. Y me doy cuenta de que le estoy empezando a tener miedo. Un sonido corto. Casi imperceptible. ¿Es muy difícil dar de baja una línea de teléfono?

Vamos a atenderlo los dos. La voz al otro lado suena clara; puedo oírla. Es su hermana.

—Mamá ha tenido un accidente. Está hospitalizada. Necesita que vengas.

Lo veo apretar la mandíbula, escuchar, no saber qué decir. Lo noto acercándose a mí.

—Voy en el primer tren disponible mañana. Te aviso cuando sepa los horarios.

«Voy a ir», repite. Pero esta vez no sé si me lo dice a mí o a alguien que ya no está en esta casa.

CAPÍTULO CATORCE
KARIM

No es la primera vez que sale de casa a medianoche. Se acomoda la mochila, siempre la misma, siempre en el mismo lado. Le incomoda la cremallera, que suena demasiado. Le pesa, pero no por el paquete, que pesa poco, casi nada. Por el sonido que delata cada paso. El llavero que le regaló su abuela de Tánger antes de venir a España siempre tintinea.

Le extraña que todo esté tan quieto; la ciudad de noche es otra, sin coches, sin peatones, casi sin luces. No echa de menos el abrigo que perdió hace semanas en el mismo parque adonde tiene que llevar el paquete, le basta con la sudadera roída y su olor a suavizante.

El parque queda cerca, justo pasando la oficina de correos de General Ricardos. Nunca recuerda bien el nombre; los confunde todos. A este parque lo llama «el de la fuente con chorros». Su hermana, en cambio, «el de los perros». Sonríe al acordarse del día en que entraron a jugar allí. Él era la mascota, ella la dueña. Volvieron a casa sin la barra de pan que les habían encargado y tan tarde que comieron el guiso frío, pero habiéndose divertido.

Ahora siente las miradas antes de verlas. Cuatro, quizá cinco muchachos. Finge que no los nota. No sabe si son ellos los que esperan su paquete. No acelera, no cambia el paso; el sudor le baja por la nuca. Será por la cuesta; la ha subido bastante ligero.

—¿Tienes lo que te pedí? —dice una voz rasposa.

Hace una pausa. Se acerca despacio. La plaza parece cerrarse, un recinto amurallado. No los mira. Son mayores, más de lo que

imaginaba.

Solo es un intercambio. No pasará nada. Soy menor de edad.

La distancia se acorta. Ya no jadea; el sudor de la frente ahora es frío.

Solo tengo que parecer que sé lo que hago.

—Tengo lo que quieres —responde.

Solo tengo que mantenerme recto.

—¿Cuánto?

El gesto es rápido, casi invisible. La bolsa pasa de una mano a otra, sin que nadie lo note. Entonces un coche frena. El chirrido corta el aire. Después, un portazo, una voz que grita: «Que se quede quieto, ya le hemos dicho que es nuestro territorio».

Otra lo alarma:

—Corre.

Sin pensarlo, sin mirar a derecha e izquierda, suelta todo y sale despavorido hacia la acera; no quiere mirar atrás. Tropieza con la basura justo cuando el camión que la recoge va a empezar a frenar. Bajan los operarios, que lo miran y vociferan algo que no entiende. Se levanta, se limpia la sudadera.

No quiere llegar con la ropa sucia. No sabe si es que se va cansado o que la preocupación por que su madre lo riña le hace ir más lento. Sigue corriendo, sin pensar, torpe, mirándose lo sucio que va. Aun así, acelera, como en esos sueños en los que uno quiere correr y no puede. Piensa que ojalá esto fuera uno de ellos, que a su lado estuviera su hermana rechinando los dientes o su madre roncando.

Resbala. Se cae. El golpe contra el bordillo le deja un dolor agudo, mudo, en el tobillo derecho. Ya perdió el abrigo, la sudadera está sucia y ahora solo le queda mirar cómo se llevan su mochila naranja y verde, su llavero, su nombre bordado, mientras aprieta los dientes,

tan fuerte, que se hace daño.

Ahí, sentado en la acera, retorciéndose después de la patada en el estómago que le han dado, los ve irse. Solo le queda mirar, preguntándose cómo ha logrado enfurecer tanto a alguien que ni siquiera conoce.

CAPÍTULO QUINCE
TERESA

Las veo a lo lejos: ya están las dos. Deben de tener frío porque están muy cerca, casi acurrucadas. El bar huele a madera mojada y a ginebra. La primera copa siempre me entra despacio, como medio escalofrío. La muevo entre los dedos; quiero que los hielos se derritan. Se está mejor dentro de los bares: un abrazo cálido, un sorbo amargo, una mirada fortuita. Hablamos encima de otras, nos interrumpimos y a ninguna le importa.

—¿Te acuerdas de la última vez que vinimos? —pregunta Clara, girando la copa.

—Parecía imposible que llegara un sábado que pudiéramos vernos.

—Sí —digo, y me río sin poder evitarlo—. Ahora míranos: tacones, risas, sin preocupaciones.

Río aún más fuerte cuando Mara se esfuerza por contar, casi a voces, la historia de cómo su jefe intenta ligar con ella y de lo ridículo que le parece. De cómo juega a encontrarla cada vez en sitios más disparatados, de cómo cada vez huele más a colonia rancia. Reímos sin mesura, reímos ante su torpeza y, sobre todo, al darnos cuenta de que lo está consiguiendo, lento e inescrutable, en su proceso de conquista. Me quedo mirando las luces, las sillas cerca de la barra, el ventanal donde un joven cabizbajo en sudadera anda raro, con una mano en el costado y en la otra unas llaves. Clara me toma la mano cuando ríe, como lleva haciéndolo desde el instituto, y vuelvo a ellas.

Clara sostiene mi copa y el bolso para que me pueda poner el abrigo voluminoso, y se queja del peso. Pregunta entre risas qué llevo ahí; no sé si contestar, pero digo eso, que llevo un libro en blanco, que debo encontrar su significado, porque las cosas no aparecen de la nada. Se ríe, con muchas encías, y solo dice «oh, no, otra vez ese libro defectuoso, parece que nos persigue», y reímos las tres, cada una con su razón.

Preguntan por Marcos, por su nueva novela, esa que lleva más de cinco años por escribir. Sigue escribiendo, les digo; sigue en su escritorio, aunque a veces dudo de lo que hace hasta la madrugada allí encerrado. Les cuento que siempre que le pregunto por qué sigue ahí, por qué sigue escribiendo, me contesta que escribe para ahorrar lágrimas.

Y confieso, entre sorbos de ron dulzón, mientras el hielo se derrite más rápido de lo que bebo, e intentando no perder el ambiente que nos acompaña, que a veces, o siempre, preferiría que llorara.

Las miro: sus gestos, sus tragos, sus silencios. Estar calladas, sin tener que hablar, es lo que nos define como amigas. Pienso que durante los próximos días me agarraré a esto: al olor del maquillaje, a saber qué cenaron, qué soñaron. Saber, solo para no sentirnos solas.

Siempre hay que reírse como antes, cuando no sabes si te queda dinero en la cuenta y no tienes prisa. Reírse hasta que te das cuenta de que todo era un juego: quién se enamora, quién llora sola, quién quiere marcharse del trabajo. Ahora reímos más fuerte, con más encías, con menos ganas.

Salimos después de horas y me viene un olor a pan y a gasolina. La claridad es nueva: el cielo quiere seguir siendo noche y la luz quiere ser día. Caminamos despacio, entre tropiezos. Mara tiene ganas de llorar y de reír al mismo tiempo; Clara va muy pedo, dice, y yo creo

que ambas cosas. Camino sin prisa cuando las monto en un taxi; mirando mis pasos, vuelvo a cruzar los tres pasos de peatones que hay hasta mi portal.

Un pájaro acaba de darme los buenos días. Le he contestado silbando. Salgo con ellas, salgo de casa, salgo, y la ciudad y yo parecemos otras, diferentes. Al despertar, volveremos a ser las mismas. Tan distinta soy ahora mismo que he decidido despertar a mi marido, malhumorado y soñoliento, y hacer el amor sin contar los días en ese calendario que nos ha marcado tantos meses cuándo debemos hacerlo. Mi cuerpo no tiene que explicarle nada. Lo mismo que canto con mis amigas para no tener miedo, lo llevo conmigo aquí, ahora: dueña de mis ganas, de mi tiempo y de mi deseo.

CAPÍTULO DIECISÉIS
KARIM

Lo único bueno de los niños con llaves es que salen y entran sin que nadie lo note, sin que nadie pregunte por ellos, y ni siquiera los reconocen por los pasos que resuenan en el pasillo. No enciende ninguna luz, aunque no haya nadie que pueda delatarlo. Sigue caminando con lentitud; ha tardado más de una hora en llegar a casa; nadie lo ha parado por la calle a preguntarle si le pasa algo. Al revés: las tres o cuatro personas, unas chicas riéndose, que a duras penas se mantenían en pie, con las que se ha cruzado, lo han esquivado, aunque cojeaba y llevaba un brazo pegado en el costado.

No mira las fotos en la pared: son de su aldea cuando aún vivían allí. No mira los objetos que siempre han estado allí; no cambiaron nada del piso porque la dueña le dijo que estaban de paso hasta que su hijo lo necesitase. Se va orientando con las manos contra la pared, porque se le van cerrando los ojos mientras avanza, dejando caer el peso del cuerpo sobre el gotelé. Si Sara le diera un abrazo, lo notaría; le agradaría, pero le dolería.

Llega a la cocina. La puerta de la nevera sigue entreabierta; nunca cierra bien, pero nunca dijeron nada a la dueña. Tampoco del aire que se cuela por las ventanas cada noche, aunque bajen la persiana y cierren la ventana. Toma una de las botellas medio llenas que siempre tiene por ahí; le gusta que el agua esté fresca, aunque preferiría que estuviera más fría. A veces le gusta imaginar que alguien más las bebe, que no es el único que abre esa nevera. Cierra

la puerta con un golpe seco, hasta el final para asegurarse de que quede bien cerrada.

Cojea, se retuerce y, aun así, consigue llegar a la habitación. Toca la manija; sabe que no hay nadie, pero de todos modos teme que Sara lo vea así. La cama deshecha, los cuentos tirados en el suelo, la muñeca que encontró en la calle, justo al lado del portal, y a la que solo tuvo que limpiar bien para que pareciera nueva, aunque le falta una pierna. Todo en orden, todo como antes, y eso lo tranquiliza.

Busca en el cajón las pastillas que le dio su madre aquella vez que se torció el tobillo y se le inflamó tanto que no pudo ponerse las zapatillas. Lo bueno fue que tuvieron que comprarle unas nuevas, esas que tiene ahora.

Se rinde enseguida, no las encuentra y no recuerda el nombre. No se ve con fuerzas para intentar entender los prospectos. Va a la salita, buscando el sofá frente a la tele. No sabe cuánto tiempo pasa, si ya es noche cerrada o cuánto queda para amanecer. Se concentra en el dolor del costado, en su intermitencia. Piensa en cómo ocultar los hematomas, en su madre, en las ganas de jugar de Sara.

Llaman al fijo; sabe que tiene que responder.

—¿Qué haces en el sofá?

—Nada, solo bebía agua.

—No la tomes tan rápido, que estará muy fría. Vete a la cama.

—Yo me dormía viendo la tele… la luz, la luz se apagó sola…

—Vete a la cama ya, que yo llegaré de madrugada. Mi niño, tú puedes esperar un poquito…

—Sí, mamá… yo espero; no pasa nada.

Se da cuenta de lo difícil que va a ser ocultar que ha perdido la mochila, que las zapatillas se han roto y que tiene dolor, no solo en el costado.

CAPÍTULO DIECISIETE
TERESA

Oigo cómo se mueve a mi espalda, cómo busca algo que no necesita, cómo alarga el tiempo antes de hablar, incluso antes de darme los buenos días, y sin esperar respuesta se levantará rápido hacia el ordenador para, supuestamente, escribir. Digo siempre «supuestamente» porque hace más de cinco años que no ha entregado una nueva novela, no me ha leído un solo párrafo y solo repite una y otra vez que necesita tiempo, como si haber vendido decenas de miles de copias de su primera novela lo hubiera desbordado y secado. Sorpresa, hoy me habla. Lo tendré que contabilizar: dos puntos si es a primera hora.

—Has dormido poco.

Asiento sin girarme y sé que no habla del sueño, que habla de todo lo demás: de anoche y de antes, y de lo que vendrá, y por eso le contesto sin mirarlo.

—Estoy agotada, me duelen las rodillas. Muchas horas de pie.

—No es solo eso. ¿Verdad?

Tardo unos segundos en responder, lo suficiente como para elegir el tono.

—Estamos aquí —digo al fin—. Estamos juntos.

Es ahí donde noto que ese tono no es el de qué a gusto estamos aquí mientras el mundo gira sin preguntar.

—¿No quieres que mejore, que me encuentre bien antes de seguir insistiendo?

—¿Cómo me preguntas eso? Claro que quiero.

—¿Seguro?

Asiente sin discutir y se limita a mirarme con esa expresión suya, que quiere parecer una caricia, incluso antes de que llegue la mano. Pero su tono no es el de qué bien estar en la cama cuando la vida sigue. Se levanta y se sienta a mi lado en la cama; desde arriba, desde ese lugar en el que lleva años colocado, me toca el brazo y me quedo rígida. No me gusta que me toque ahora ni así, y pienso que quizá me quiere de esta manera, pequeña, insegura, fácil de conducir, aunque enseguida me corrijo porque quiero, tengo que, pensar que no es verdad, porque me quiere bien, me quiere contenta.

—Llevabas mucho tiempo sin buscarme; solo quería decirte que me encantó que lo hicieras. Entiendo que estés así conmigo, con todo.

Entender, siempre tiene que entender. ¿Por qué no grita, se enfada, se retuerce cuando no nos va bien? Y yo preguntándome si también entiende que hablamos cada día de hormonas y de pinchazos, que no dejará de repetir que necesitamos ser padres como si lo que llevamos años construyendo no valiera ya. La primera vez se lo pedí. Ponme la inyección tú, no me hace demasiada gracia. Los dos juntos, en el salón, como algo que iba a ser común a nosotros. No. «Y cuando yo no esté, ¿qué harás?, ¿a quién llamarás? Hazlo tú». Allí sola, en el baño, escondida, buscando hematomas para recordar dónde me toca.

Dice que es normal que no me guste mi cuerpo, por eso no lo busco.

Le pido que deje de decir «entender».

¿Qué pasa si no me recupero, si esto que soy ahora no es un paréntesis?

Porque aunque recupere la salud y el peso, puede que me sigan

doliendo las rodillas y la espalda, que continúe ahogándome cada vez que subo los veintiún peldaños de la biblioteca, esos que cuento cada día y temo incluso antes de cruzar la puerta, pero él dice que la recuperaré, que lo sabe, que él tampoco querría verse así, agotado en cada paso, y hay algo en la forma en que lo afirma que no suena a deseo, sino a «ponte, otra vez, a dieta».

Le digo que tengo la sensación de que esto es lo que va a haber a partir de ahora: que en cada dolencia, en cada visita al médico, en cada intento de FIV, lo primero que me dicen es que tengo que perder peso, como si no lo supiera ya, como si no lo cargara conmigo a todas partes.

Se queda callado, quizá porque cuando la conversación se vuelve seria nunca sabe qué decir y entonces aparece su versión protectora, esa que pesa más de lo que cuida. O le da por hacer una gracieta, como si al sonreír olvidara lo que pienso.

Camino hacia el baño sin sonreír y, mientras me ducho, pienso si será consciente, llevando conmigo todo lo que él cree que ya ha entendido. Porque si tiene ese tono al hablarme al despertar es que no ha entendido que una pareja son dos, obvio, y cuando solo tira una, hay que ponerle otros nombres. Dejo que el agua caiga un poco más de lo necesario. Paso los dedos por la cicatriz. En cada aspa hay una palabra: aborto, cuarto, biblioteca, querer(se). Y yo soy ese paréntesis.

CAPÍTULO DIECIOCHO
KARIM

Abre los ojos y el mundo pesa. Un peso denso, hundido en los huesos. Pensaba que el dolor cesaría por la noche y que se levantaría bien. Se alegra de que sea domingo, de que no tenga que ir al instituto. Piensa que será fácil disimular las magulladuras en el torso; hizo bien en cubrirse la cara cuando le dieron la patada. Pesa y no hay nadie que lo sujete.

—¡Karim, arriba! ¡Se hace tarde!

La voz resuena desde la cocina. Tiene que responder. Sabe que organizará un poco la casa, decidirá qué hacer con Sara y volverá a marcharse. Solo debe aguantar un rato y andar como si nada le doliera.

—¡Karim, levántate ya!

Se alegra de que las puertas chirríen; funcionan como una alerta. El chirrido de la puerta lo sobresalta, pero no reacciona a tiempo. Sara entra corriendo, salta sobre la cama y se coloca encima, como cada fin de semana, pidiéndole que jueguen al caballito.

Tan liviana, casi sin peso, casi sin doler.

Ríe y quiere llorar, pero sonríe. Sonríe y ella solo quiere saltar encima. Sabe que siempre jugará con ella, que siempre la sujetará.

—Hoy no.

La niña ladea la cabeza. Él nunca dice que no.

—Sara, déjalo vestirse. Vamos, afuera.

Se va protestando, mirándolo, haciendo amagos de volver a molestarlo, de quedarse con él. Reconoce el tono de su madre y sabe

que es momento de dejarlo, de obedecer. Las oye vestirse y quejarse de tener que abrigarse. Apenas unos minutos después, oye a su madre arrastrar los pies. Se queda en la puerta y solo le dice que se vaya levantando, que caliente la leche y que desayune algo.

Se siente observado, evita mostrar su torpeza y casi ni habla; asiente sin parar.

Se incorpora como puede, agudizando el oído para seguir sus movimientos. La oye despedirse, decirle algo a su hermana que no entiende, cerrar la puerta. Ahora, despacio, con la mano en el costado, se calza las zapatillas de casa: unas chanclas de verano.

Quiere ver si todo sigue magullado. Se quita la camiseta ayudándose con la boca, mordiéndola por abajo y tirándola con toda la fuerza que puede. Va al baño. Toca la piel, intentando sentir lo que hay debajo.

Tiene forma de flor, oscura y tenue, que crece de repente hasta que vuelve el pinchazo agudo, el recordatorio de que sigue ahí. Toda flor se seca, se pudre y deja de oler, solo tiene que esperar unos días y nada habrá pasado.

Fija la mirada un rato en el espejo, otro en el suelo, apoyado en el lavabo. Enciende la ducha, abre el grifo de agua caliente; no hay nadie que lo vaya a reñir por malgastarla. El vaho empaña el cristal enseguida. Le devuelve una imagen borrosa, sin forma definida. Intenta enderezarse, ponerse derecho y limpiar el vaho del espejo. Solo le queda dibujar su silueta con el dedo índice.

Se lava despacio, sin frotar la magulladura. Pasa el agua por ella para intentar limpiar todo. Cierra los ojos y vuelve a notar el sabor del alquitrán. Por eso no la oye, por eso no la ve. No oye la puerta ni los pasos en el pasillo. Solo oye un golpe seco en el suelo, un grito de su madre de desgarro y un grito, más agudo, que dice mal su

nombre. Cuando vuelve a abrir los ojos, ya sabe lo que va a encontrar.

La silueta que ha dibujado en el espejo se desvanece con el vapor, como si el peso también pudiera borrarse, como si la olla, ahora por el suelo, pudiera volver a contener toda la comida que ha quedado derramada.

CAPÍTULO DIECINUEVE
PEDRO

El pasado fin de semana fue el primero en el que no bebí. Hubo, antes del verano, otros que tampoco conté. Siempre tengo aniversarios para todo. Uno sin beber, uno desde que el pasado domingo vi la cara del otro. No lo celebro, igual que no celebro nada de lo que solo llevo la cuenta.

Antes de sacar la plaza y venirme a Madrid, hubo diecisiete fines de semana en los que no bebí. Me encerré, con el pestillo echado, porque así no tenía que verle la cara a nadie diciéndome «no sé para qué estudias, torpe, no sé para qué te esfuerzas, ¿tú crees que vas a ser profesor?». Lo bueno es que cada vez que avanzaba el día le entendía cada vez menos, hasta que al final, cuando salía a cenar, solo eran balbuceos.

No celebré con la familia cuando me saqué plaza. Los presos no celebran cuando salen de la vida que tendría que ser normal. No lo dije, no llamé a nadie. Pensé en llamar a mi madre, pero no me pareció honesto.

Solo llamé a Roberto. Cuatro veces hasta que respondió. Al contestar me dijo: «Ánimo, ya saldrás adelante», pensando que sería por algo que había hecho mi padre. Le dije que no, que había sacado plaza, que lo celebrara por mí. Me consta que lo celebró yendo a cenar con su alta, educada y perfecta familia suiza. Brindando con Coca-Cola sin azúcar.

Lo celebré con quienes eliges que sean tu familia postiza. Tres veces. En las tres terminé vomitando. En las tres tuve excusa para

beber hasta desmayar.

Tuve que aguantar todo el resto del verano disimulando. Pero cuando se reía de mí, cuando me daba a entender que nunca conseguiría nada, yo ya le daba la razón.

Dejé de contar los domingos. El tres de septiembre me planté directamente en Madrid, sin piso alquilado, sin equipaje. Pasé la tarde buscando. Lo recuerdo casi como si no me hubiera ocurrido a mí. No me lo pensé mucho. El primero que encontré que medio parecía un piso lo alquilé, muy cerca del río.

Aguanté como pude el primer mes. Solo tenía el dinero de haber trabajado el verano poniendo copas. Tenía tres modelos de ropa, los iba turnando. Ni abrigo ni jerséis. Solo contaba los días para el primer sueldo y que el frío no llegara antes.

Lo primero que compré fue un chubasquero y un paraguas plegable. Lo segundo, un ordenador a plazos, dieciocho meses. Lo tercero, tres pantalones vaqueros casi idénticos. Lo cuarto, una sudadera, un jersey que se abría desde un lado y una camiseta de manga larga.

Ayer fui a comprar. Me llevé un abrigo que en el metro me abultó demasiado; me arrepentí enseguida. Caminé, miré el río, cené un sándwich. Y me di cuenta de que a toda la gente que había conocido en Madrid la había conocido borracho. Me pregunté si sabría hacerlo de otra manera. No encontré la respuesta. Me pedí otro sándwich.

A ninguno le invitaría a tomar un sándwich con beicon y jamón york en esta cadena de comida rápida.

Igual de perdido, pero en otra ciudad. Estos primeros meses los había empezado a entender bañado en alcohol. Ahora Madrid tiene que rellenarme las tardes con sándwiches con mayonesa hasta que decida qué quiere hacer conmigo.

Suena el teléfono y sé quién es. Suena, y solo con mirar su número ya dudo si quiero responder. Dejo que suene, cuento hasta cinco tonos; se apagará al sexto, así que no me contengo. Solo con un «dime», ya estoy esperando lo que voy a encontrar. Se oye tanto ruido, tantas voces, que me hace pensar que se ha equivocado, que ha marcado mi número sin querer.

—Me has dejado solo.

No lo entiendo. Arrastra las sílabas casi hasta el final de las frases, y no sé cuándo empieza una y acaba la otra. Se repite.

—Me has dejado solo en el bar.

Parece que se ha caído un vaso. Se oye un reproche y alguien dice «salgo con la doble seis».

—Me has dejado solo en el bar, como hizo tu madre, como hizo tu hermano.

Dudo que sea a mí, cuando no me habló en todo el verano. Se ha equivocado, y en silencio espero a que corte la llamada. Quiero explicarle, decirle que yo no lo he dejado, que me escapé de él, como había escapado de todos. Quiero explicarle tanto que mejor cuelgo yo.

CAPÍTULO VEINTE
TERESA

En la nevera, entre imanes de los primeros años, una nota. La letra es irregular, torpe, casi imposible de descifrar. «No te quería molestar. Te».

Ese «te» era solo la mitad de un «te quiero». Incompleto, quedaba suspendido en el aire, como el cariño que no se atreve a decirse entero: un amor que se insinúa, se intuye, pero nunca se nombra del todo. ¿Habrá salido de casa con la sudadera llena de lamparones?

Y al mirarla ahora: las fotos, el imán, las notas torcidas… recordé la primera vez que me lo dijo, clandestino y por mail. Todo comenzó así, escondido, incompleto. Solo un «te», sin puntos suspensivos, sin terminar. Pensé que era cosa de la prisa, de no haberse dado cuenta, del miedo a confesar, a sentirse atado a lo que decimos. No supe entonces que lo hacía para que nadie lo leyera. Todos los mails llenos de referencias literarias, de libros por leer, de lecturas por compartir… y al final, solo un «te», a modo de despedida, a modo de declaración de intenciones.

Un aspirante a escritor, una aspirante a bibliotecaria. Dos aspirantes a ser pareja. Y cuando todo se tuerce, solo le pido que me cuente cómo nos conocimos.

Miro a derecha e izquierda sin saber muy bien qué hacer. Faltan tres horas para el turno de tarde. Pienso en recoger mi cuarto, limpiar la cena de anoche y leer. Cuando Marcos no está, asumo sus funciones: me siento en su silla del comedor, duermo en su lado de la cama, y en su parte del sofá, menos hundida que la mía.

Encuentro su sudadera tirada en la cama pequeña de su cuarto, me la pongo y huelo a él. Al menos se ha cambiado para ir a cuidar a su madre. Me pongo en mi nariz respingona sus gafas de leer, no de ver, siempre dice que ve bien, que lo que le falla es el tamaño de la letra. Le regalé una pinza con una linterna que se doblaba hacia la página, pero la usó dos noches y no volví a verla. No se pregunta nunca por los objetos que dejamos de ver: se van, se diluyen y, cuando volvemos a acordarnos, ya no funcionan.

Es curioso cómo está todo en doble y cómo quisiéramos que estuviera en triple. Repito «estuviéramos» en voz alta para no olvidar que, para ser tres, antes debemos ser un dos indivisible. A veces temo que, si llegáramos a serlo, no sabría dónde colocarme yo ni dónde se colocaría él.

Así que, como no somos indivisibles, lo fuimos y lo seremos, decido que estos días voy a recoger cosas dobles. Cambiaré de casa, quizás alguna vez más, después de todo el periplo por habitaciones compartidas: una en un estudio minúsculo, donde la vibración del metro Avenida de América llegaba hasta el somier del sofá viejo y ajado; otra en el Paseo de Extremadura, junto a una pareja de novios histriónica y mandona que, siendo alquilados como yo, invadían cada noche el pasillo con el volumen de sus voces y sus aires de sentir la casa suya; y ahora donde vivo, cerca de mi biblioteca, porque en eso nos hemos convertido: en compañeros de piso.

No voy a poder evitar la cama matrimonial y no pienso dormir en el sofá. Pero voy a guardar el doble juego de toallas, voy a echar a lavar las suyas; las tazas negras, las que regalaban en una suscripción a un diario de *Star Wars*; sus platos azules, heredados de cuando vivía solo, con otra, a la que ya no nombra y sobre la que yo no pregunto; sus cubiertos de una sola pieza, los que compró el día

que la otra se fue de la casa y lo dejó sin cubiertos pero con todos sus libros; una sola almohada, la suya, que siempre me pareció tan cómoda, aunque lleva arrastrándose diez años y no quiere compartirla.

Arrastra, arrastra tanto que no se deshace de nada, y temo que tampoco se haya deshecho de lo que no habla, igual que no habla de sus cubiertos preferidos, pero sigue comiendo siempre con ellos. Y me pregunto qué otras cosas guardará con esa misma terquedad, en qué cajón invisible, y cuánto de eso acabaré recogiendo yo también, para no dejar cosas por medio.

Las cosas de las que no se habla se repiten. Estábamos en la cocina, junto a la encimera. Ahora nos preocupa lo que, hace cinco años, nos sobró con el éxito de su novela. Ahora habla de la falta de dinero, de cómo duele que todos hayan ganado tanto con él y que él siga aquí, con la misma silla de escritorio que le roza los muslos y le hace sudar en el verano. Ese es nuestro tema de conversación.

Casi me tropecé con ella al abrir la biblioteca, en parte porque estas bufandas tan voluminosas a veces resultan un incordio. Aun así, las adoro. Me hacen sentir segura, protegida y cálida —eso, sobre todo —. Suelen ser cajas anónimas, con nombres borrados, tachados con rotulador. Las dejan en la puerta, arrimadas a un lado, donde nadie les presta atención. Vigilo el peso: ya me ha sucedido que no he podido levantarlas. Tanteo la caja. Es pequeña, pero pesa demasiado para mí.

Quizá, dejando el abrigo y la bufanda, sea capaz de sostenerla. Abro el portón, enciendo las luces y dejo las cosas en la entrada. Estará a punto de llegar; seguro que me ayudará a levantarla.

Oigo pasos por el pasillo; el sonido de las llaves lo delata. Las lleva siempre colgadas de los pantalones, como un carcelero. El tintinear se mezcla con su respiración entrecortada.

—Otra vez te has quedado sola —dice, sin saludar siquiera.

—No tardabas tanto antes.

Se encoge de hombros y deja el termo en la mesa. Mira la caja.

—¿Esto?

—La han dejado en la puerta. No pesa lo que parece.

—Pues parece que pesa un mundo —dice y se agacha enseguida.

Entre los dos la desplazamos ligeramente. Cruje, protesta; la base está muy húmeda, tan blanda que amenaza con romperse. Javier extrae la navaja y corta la cinta con cuidado.

—Así no la podremos llevar —dice.

Abro la caja. Dentro hay libros: numerosos diccionarios y enciclopedias, de tapas rígidas, azules, con letras doradas que apenas se distinguen. Los extraemos uno a uno; algunos se deshojan al rozarlos.

—Nada de valor —dice Javier.

Tiene razón: está todo para tirar. Parece que han utilizado la puerta de la biblioteca como vertedero. Quizá soy yo quien se ha confundido y tendría que haberla dejado junto a los contenedores de enfrente.

Aun así, los miro. No sé por qué me cuesta soltarlos. Hay algo en ellos, en lo quieto del polvo cuando cae. En la ilusión que alguien tuvo alguna vez al comprarlos.

Oigo canturrear y me alegra al instante. Percibo cómo forcejea con las llaves, cómo se le cae algo, cómo lo recupera, cómo se queja y retoma el canto. Escucho cómo abre la puerta sin esfuerzo al notar que la cerradura no está echada. Siento sus sonrisas, sus gestos que

parecen decir: «Si lo único que hacemos es pasar el rato en el pasillo leyendo enciclopedias viejas, sí, por esto también nos pagan».

Nos ayuda a transportar los libros hasta el mostrador, quejándose, como siempre. Los apilamos y decidimos que no los vamos a registrar: están para tirar. Aduce que ahora no los llevaremos al contenedor, que ya hemos trabajado bastante y que, sin el café, ella no es persona.

Siempre que trae algo dulce, evito comerlo. Me abstengo de ese tipo de comida ante los demás. No quiero que me observen con condescendencia. Rechazo cualquier invitación. Clara ya lo sabe: que no debe ofrecerme, no porque no me guste, adoro todo lo que lleve chocolate y no me privo, sino porque así me evito los comentarios, las miradas de desaprobación, los consejos para que pierda peso.

Cuando creemos que ya está todo, Clara se inclina y saca del fondo una caja más pequeña, de madera fina, muy endeble, atada con un lazo cuidadosamente colocado.

—Venga, que no muerde —dice, medio en broma, y tira del lazo.

La cinta cede sin resistencia. Se desploman a cada lado las caras del cubo que constituye la caja. Dentro descansan cuatro o cinco libros voluminosos y varios más pequeños. También hay papeles sueltos. La letra es menuda, ligeramente temblorosa. En el margen, alguien ha anotado «junio» y otra palabra ilegible.

—Perdona… ¿Para devolver este libro?

Nos ve desde detrás del mostrador. Debe de ser una imagen curiosa, y más aún con Javier vestido de guardia de seguridad. Nos incorporamos los tres.

Javier se encoge de hombros; es la segunda vez que lo veo hacerlo esta mañana. Clara sonríe sin disimulo y vuelve a su café.

Observo un instante los papeles, los libros, la caligrafía. Atiendo la

devolución mientras no puedo evitar pensar que esa caja no llegó aquí por azar. No es una caja abandonada ni un despiste, ni alguien ha confundido la puerta de la biblioteca con un contenedor de basura. Sin darme cuenta, empiezo a dar por hecho que los libros tienen memoria. Empiezo a creer que son capaces de encontrar su sitio solos, de buscarte hasta hallarte, siempre sin desfallecer.

CAPÍTULO VEINTIUNO
KARIM

Su madre no irá a cuidar a la señora estos días, y es por su culpa, se da cuenta al momento. La oye marcar desde la cocina y explicarse como puede, con esas palabras entrecortadas que resoplan y se ahogan solas, aun haciendo pie en la piscina. No le deja moverse de su lado; quiere tenerlo cerca, vigilado, después de lo de anoche. Karim aguanta de pie, con la mano disimulando el costado, y escucha, sin protestar, sin hablar.

La señora le habla, como siempre, de su Antoñito, que se echó a perder; de su Ángeles, que se casó con alguien del norte, tuvo un hijo y de la que ya no recuerda dónde vive. Habla más de Antoñito, y habla en presente, como si hubiera llegado a adulto y solo llevara unas semanas fuera. Karim se queda con eso: una madre que habla de un hijo que no está como si fuera a entrar por la puerta. Piensa en su padre, en Tánger, en lo bien que le irá allí, en los regalos que le traerá cuando venga, como le dijo su madre; piensa que su padre hablará de él.

Su madre repite una frase que le ha oído mil veces: «Lo más fácil es cuando todos siguen durmiendo bajo el mismo techo». Y luego, más bajo, otra solo para ella: «Eso tendría que haber hecho anoche». La dice como una cantinela, como una canción infantil que necesita tararear para creerse que lo hace bien.

Cuelga. Entra al baño con la fregona, recoge la olla del suelo, y la lleva a la cocina para ponerla a remojo.

—Karim, pásame la escoba.

Se la acerca arrastrando los pies, que es como menos le duele. Cuando vuelve, su madre se ha quedado quieta en mitad del pasillo.

—¿Dónde está Sara?

A Karim no le hace falta buscar. Lo sabe antes de que su madre baje el primer tramo de escalera. La conoce: sabe dónde se esconde, dónde se sienta cuando nadie la mira, qué hace cuando el día se tuerce y lo riñen tanto, que no quiere que le pase a ella también.

—Está en la cama —dice—. Con la muñeca.

Pero su madre ya ha salido a buscarla: mira en la escalera, baja dos pisos, vuelve a subir, abre el ascensor, se asoma al hueco. Karim va detrás, más lento, aguantando el costado, repitiéndole que está dentro, que no se ha movido, que está en el cuarto. Cuando por fin entran al cuarto y la ven, Sara está sentada sobre la cama, con el abrigo y la mochila aún puestos, la muñeca desnuda y los vestidos esparcidos por la colcha. Los va ordenando uno a uno y, sin llegar a ponerlos, se los prueba por encima y niega con la cabeza, muy seria.

Suena el teléfono. Sara levanta la cabeza. Karim descuelga.

Es la señora otra vez. Dice su nombre despacio, como comprobando que sigue siendo el mismo. Se le había olvidado contarle lo bien que lo hizo su Antonio en el festival de fin de curso, vestido de soldado, tan esbelto que destacaba sobre todos.

—Espere —dice él—, que se ponga mi madre.

Pero la señora ya se despide. Le pide que le dé un beso a su Ángeles y dice que se alegra mucho de haber hablado con su sobrino. Karim cuelga sin entender nada. Va a contárselo a su madre, que está en la puerta echando la llave con un solo giro de muñeca, repitiendo, como si bastara con decirlo, como para no pensar en el después:

—Aquí estamos. Aquí, los tres, bajo llave.

CAPÍTULO VEINTIDÓS
PEDRO

Cuando llevo unos días sin ver a algún alumno, pregunto por él. La mayoría se encoge de hombros: no les concierne; ya bastante pesan sus propias mochilas. A veces responden «está con fiebre», otras —las menos— «está fuera unos días». Esa respuesta me reconforta. Que viajen, que conozcan lugares y personas, que debatan y discutan sobre lo que escuchan, pero que no caigan en la apatía ni arrastren los pies.

Karim lleva días sin venir por el centro. Lo he notado al final de la semana, así que doy por hecho que lleva bastantes días sin aparecer.

Al principio no me preocupa: siempre hay alguien que falta, alguien que se descuelga unos días y vuelve sin dar explicaciones y sus compañeros tienen que bajarle la silla.

Lo pregunto en clase, sin darle importancia. Sin que parezca que me importa, para que no les moleste. No por ponerle la falta, eso ya sé que tengo que hacerlo.

—¿Alguien sabe algo de Karim?

Se miran entre ellos. Alguno niega con la cabeza. Otro vuelve al cuaderno. No es suyo. No les toca. Se encogen de hombros: mi gesto favorito.

—¿Está enfermo?

Silencio, de los que no piden disculpas. ¿Por qué nos preguntas eso?

En el segundo recreo abro su ficha. Dirección, teléfono de contacto. Marco desde Secretaría.

Vuelvo a llamar a mitad del recreo y al final. Nunca hay señal. Ni siquiera suena, es un número que no responde. Consulto a otros profesores, a la tutora, a la orientadora. Nadie tiene información. En Dirección tampoco. No hay aviso, parte ni justificación. Me aconsejan esperar, que ya regresará. Siempre regresan, eso dicen. Vuelvo a abrir la ficha. Leo la dirección varias veces, está cerca de donde los vi y desde que no tengo tarjeta vuelvo andando. Así que esta tarde voy a rellenarla visitando a Karim, por si necesita algo.

El edificio ha conocido muchos inviernos. La puerta del portal pesa demasiado, no cierra bien. Llamo al telefonillo, pero nadie contesta. Espero unos minutos, me entretengo contando las ventanas, en grupos de tres subo despacio. En el rellano flota un olor a comida que se aferra a la garganta y a la humedad añeja. Llamo al timbre, espero e insisto cuando dejo pasar un minuto. Abre una mujer que no pregunta quién soy. Digo su nombre, explico que soy su profesor y solo quiero asegurarme de que todo esté bien.

Asiente, como si ya lo supiera. No me invita a pasar pero tampoco me echa, así que nos quedamos mirándonos unos segundos. La televisión suena al fondo. Alguien tose. Dos veces.

—Ahora no va a salir de casa.

No pregunto por qué. Me da la sensación de estorbar, de ser yo quien sobra. De haber metido la pata viniendo hasta aquí. Me despido con un leve movimiento de la mano, que también sirve para decir: «Vale, lo entiendo». Bajo de dos en dos las escaleras, dudando si habré metido la pata.

Bajo con la sensación de haber llegado tarde. Son tantos, somos tantos, que a veces lo único que nos queda es no dejar de mirar la

silla vacía, al menos por un tiempo.

El portal está abierto. Tropiezo con una vecina que arrastra un carro de tela de la compra. Se disculpa y la ayudo a recoger unas naranjas que han caído. «Fruta de temporada», repite. Le digo que la culpa fue mía: bajaba pensando en mis cosas, tan metido en ellas que no supe ver lo que tenía delante.

Salgo a la calle y me parece oír una voz que llama, un «profe» que apenas se distingue del ruido. Miro a derecha e izquierda y, al no ver nada, me giro hacia la glorieta de antes de cruzar el río. Pero lo oigo otra vez, más fuerte, sin parar. Vuelvo a mirar, pero no veo a nadie. Debe de ser un juego de los suyos; ya sabemos cómo son estas bromas.

Suelta un «arriba» y lo veo en el balcón, agitando las manos mientras grita: «Aquí, aquí».

Me contagio de esas ganas y lo saludo. Solo le oigo decir, entre cláxones, motores y muchedumbre:

—¡Quiero ir al instituto! ¡No tengo mochila!

Coloco la mano en la oreja y lo oigo entero, por encima de la ciudad.

El portal sigue abierto, así que subo. Me coloco frente a la puerta. No llamo. Me digo que hoy no me voy a mover de aquí. Alguien tendrá que salir, alguien tendrá que decir algo. Oigo pasos, voces, una llave. El cerrojo se mueve: tres golpes de llave. Cuando la puerta se abre, levanto la vista. No sé qué voy a decir. Solo sé que esta vez no pienso irme sin saber qué pasa.

CAPÍTULO VEINTITRÉS
KARIM

Aunque esté tumbado aún le duele, incluso más que de pie. Su madre le ha dicho que no se mueva del salón, aunque ahora se ha vuelto a quedar solo. No es tarde, pero ya ha echado las cortinas. No quiere ver la calle, no quiere ver a nadie paseando desde el balcón. No le han dejado ir al instituto, su madre lo ha encerrado bajo llave mientras hace la compra. Ahora los días duran tanto como el verano anterior.

Suena el ascensor, su cuerpo responde, se pone tieso. Quiere levantarse, asegurarse por el agujerito de la puerta de que no viene nadie. Va despacio, se apoya en la mesa del comedor, en las sillas y en el marco de la puerta. Ha descubierto que le duele menos si arrastra los pies.

Oye pasos en el rellano y su cuerpo vuelve a responder. Su cabeza le dice que no pasa nada, que son ruidos del edificio. Pero el cuerpo no obedece.

Llama a Sara, le dice que vaya a la puerta a ver si oye algo. Sara, tan obediente, tan predispuesta, pone la oreja sobre la puerta de la entrada. «No hay nada», le dice al oído. Sara asiente. Es un juego, eso lo entiende.

Pregunta si quiere jugar con él, a caballito, o a esconderse en las cortinas. No insiste, no sabe pero intuye, y solo se sienta a su lado, casi sin hablarle, hasta que le pide que le alargue el libro de Verne. Se lo lee en voz alta durante unos minutos, y su voz los tranquiliza.

Vuelve a sonar el ascensor, ahora sabe que está en su rellano. Lo

sabe y su cuerpo también. Cubre a Sara sin que ella lo note. Se pone delante. Pero no pasa nada, solo abren una puerta, solo se oye cerrarla. Vuelve al libro, a oír su voz, a su misma frase de antes, mientras el edificio sigue sonando, como una alarma.

Al día siguiente, la madre observa la puerta como si no fuera la misma de siempre. Si la deja abierta, puede salir. Si la cierra, se queda dentro. La abre para que entre aire y la vuelve a cerrar antes de que termine de entrar. La abre de nuevo. La vecina de enfrente también abre la suya. Coinciden en el rellano donde le cuenta el susto que le ha dado Karim, no todo, solo lo justo, y ellas se entienden.

Le agradece el sobre que apareció en el buzón, como en otras ocasiones. La vecina responde, entre risas, que ya le dijo que no era ella y que, desde que murió su Rafa, apenas le alcanza la pensión. Aun así, sabe que es ella. Siempre está atenta a los dos niños. Desde que su marido regresó a Rabat.

En la cocina, de pie, sin sentarse del todo, como si en cualquier momento fuese a salir, Karim observa. Ha ideado un plan: prometer que irá al instituto solo por la mañana, que no hablará con nadie, que recogerá a Sara y regresará directamente a casa. Lo repite en silencio.

La madre no le pide detalles ni pregunta nombres. Mira el reloj para comprobar si ya es la hora de salir.

—No sales.

La madre se acerca y le aparta el pelo de la frente. Enseguida ve inviable el plan, alguien tiene que recoger a Sara para que pueda cuidar a la señora.

—Solo para recoger a tu hermana. Y vuelves.

Quiere decirle que ha perdido el Casio negro que le regaló, pero ya

no contesta. Vuelve a la puerta. La abre. Mira el rellano vacío. La cierra, gira la llave media vuelta y prueba el picaporte. Saca la llave y la sostiene en la mano, pensando en que se la tiene que devolver a Karim.

Si los encierra, no pueden salir. Si le da la llave, pueden volver a pegar a su hijo unos niños de su instituto.

La guarda en el bolso. La vuelve a sacar. Piensa en el rellano. En las escaleras. En la calle. Piensa en él solo, en qué hará en toda la mañana. Vuelve a probar la cerradura. Deja la puerta sin llave. La empuja y la vuelve a cerrar. Esta vez gira la llave desde fuera, por si acaso. Debería ir al instituto y hablar con los profesores, le dice mientras se despide.

Karim no tiene reloj. Solo se le ocurre tomar el despertador de su cuarto, aunque haga ese ruido constante. Lo ha colocado en la mesa de la salita. Un tictac que no se puede apagar. No tiene mochila; no cabe en los bolsillos de la sudadera. Toma una bolsa de plástico y la cuelga de los hombros, por si tiene que llevar algo de su hermana.

El pasillo del edificio huele a lejía. Camina sin rozar las paredes; es un reto. También cuenta los escalones. En cada planta hay veinte, aunque a veces le resulta uno más o uno menos. El despertador marca el paso. Tic. Tac.

Baja por las escaleras en lugar de esperar el ascensor. En el portal se detiene. Mira. Sujeta el despertador contra el pecho para amortiguar el sonido. Va tarde, pero es la primera vez que sale solo desde lo ocurrido y ha tenido que calcular cuánto tarda andando. Tampoco le importa ir corriendo medio camino.

Cuando llega, Sara tiene la mochila abierta. Se le ha derramado el agua y ha mojado un cuento.

—Pensaba que no venías.

Karim se encoge de hombros. Le cierra la mochila sin hablar. Empiezan a caminar. Le ajusta el gorro para que le quede sobre las cejas y no le moleste.

—Hoy he pintado un pez —dice Sara—. Era rojo.

El tictac marca el ritmo. Sara se da cuenta, mira alrededor de su hermano.

—¿Qué es ese ruido?

—Nada.

—Sí que es.

Karim saca el despertador por un instante y se lo muestra. La esfera blanca, las agujas negras. Se repite a sí mismo: «No lo pierdas, no lo pierdas, por favor. Ya no tenemos el Casio negro ni la mochila».

—¿Te ha dejado mamá llevártelo?

Sara deja la mochila rosa en el suelo. Se planta delante de él.

—Caballito.

Karim duda un segundo. Luego se agacha y Sara puede subir. Avanzan cuesta abajo, le va diciendo hasta dónde tiene que llegar: mínimo hasta el cruce, mínimo hasta la esquina, mínimo hasta la pizzería de los martes locos. Se paran en el escaparate y ven una promoción: al pedir una pizza te regalan una mochila y una toalla. El tictac se mezcla con sus tropiezos, con la gente, sus risas. Va incómodo, entre la mochila de Sara y su bolsa de plástico.

Cuando llegan a casa, cierran las cortinas. La luz queda fuera. Se meten detrás, en un espacio estrecho; en ese momento Karim se sienta con la espalda contra la pared. El despertador suena a las dos.

—Hace ruido —dice Sara.

Karim lo saca y lo deja en el suelo, entre sus pies.

—Así sabemos cuándo es tarde.

Enseguida pide un cuento, dice que el suyo está mojado porque lo

sacó al recreo y su amiga-enemiga se lo tiró a un charco. Karim observa la mochila vacía. Saca el libro y lo coloca en el reposabrazos del sofá, donde entra el sol por la persiana rota, para que se seque.

—Había una vez un gato que no tenía llaves de nada.

—¿Y qué hacía?

—Dejaba la puerta abierta.

—Eso es peligroso.

Karim asiente.

—Entonces la cerraba.

—No podía.

Sara piensa un momento.

—Que tenga hermana.

—Tiene. Es gata también.

—¿Y ella sí puede salir?

—Ella sale y vuelve. Le gusta estar con su hermano gato. Le trae comida cuando el gato no puede salir a cazar.

Sara sonríe. Apoya la cabeza en su hombro. Karim sigue. Dice que el gato aprende el sonido de su casa, el crujido del suelo, el rumor del pasillo, el momento exacto en que el sol deja de tocar la pared porque así se siente más cómodo. Dice que no necesita reloj, pero el reloj sigue sonando.

—Que no tenga miedo —dice Sara.

Karim mira el despertador.

—Los gatos no tienen miedo. Si no, no saltarían vallas.

Fuera, el edificio está en silencio, tan tranquilo que pueden oír el segundero del despertador. Detrás de las cortinas, donde se ha escondido Sara, el tiempo pasa igual. Cierra los ojos, para asegurarse de que no la vea.

—Cuando sea mayor, yo llevaré las llaves. No te preocupes. Te

dejaré usarlas a ti también.

Karim no responde. Alarga la mano y gira el despertador boca abajo sobre la mesa de la salita, como si así pudiera hacer que el sonido se escuchase menos.

CAPÍTULO VEINTICUATRO
TERESA

El turno de tarde dilata los días. No hay pájaros cantando, ni brisa salada. Solo un claxon de vez en cuando. Dejé la cena en la mesilla: un plato, un vaso y un tenedor. El libro que elegí este finde está abierto sobre la mesa; al lado, el móvil. No estoy contando los días, pero Marcos lleva ya algunos sin dar señales. Mis dedos acarician el libro en blanco que me he llevado para hacerme compañía. Solo debo encontrar la forma de que me revele lo que le pasa, quizás a trasluz, o con zumo de limón. ¿Y si Clara lo sabe y no quiere decírmelo? ¿Y si solo quiere que vea un defecto de imprenta y soy yo la que lo está haciendo esperar? Si no preguntas, te ahorras las respuestas. Vuelvo a repetir, solo por escuchar mi voz. Le digo que no se preocupe, no estoy sola, me traje el libro en blanco para hacerme compañía.

Hace años que parecemos simples compañeros de piso. Vive en un cuarto. No conmigo.

Vive en un cuarto oscuro, frente a una pantalla. Allí escucha música, lee y escribe. Habita un cuarto donde la luz es intermitente, donde las horas se ordenan solas: sin comidas compartidas, sin preguntas. Para que entrara la luz, la persiana debería estar rota. Vive en un cuarto donde nuestros libros no se mezclan, donde mi presencia es prescindible, donde no hay discusión porque no hay fricción. La distancia no se negocia: se asume. Vive en un cuarto cada vez más pequeño, en el que ya no cabe. La primera noche duele dormir sola en la cama, en esa esquina del aspa donde pone

«cuarto», pero ya no es la primera vez de nada.

Marcos llama, es la primera vez que lo hace desde que se ha ido a cuidar a su madre. Me cuesta tomar el teléfono frío en la mano, como si pesara más que yo. Sentada en el suelo, apoyo la espalda contra la pared. Sostengo el aparato con cuidado, como si pudiera contenerlo todo allí, entre el pecho y los dedos.

—Teresa.

Se extiende un silencio prolongado, apenas interrumpido por su respiración. Escucho la distancia; siempre resuena un eco cuando él llama. Porque hablar con Marcos siempre es saber que te va a contestar con una respuesta que suena a «aquí se acaba la conversación». Le pregunto por su madre y su hermana, por el hospital y por cómo se apaña allí. Por si está escribiendo, si cena bien, que se cuide el estómago, tan delicado siempre. Todo lo resuelve con monosílabos.

—No entiendo por qué estamos enfadados —dice él.

—¿Qué hacemos tú y yo juntos? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Por qué hemos creado nuestro mundo dentro del mundo? ¿Merece la pena tanto esfuerzo para terminar así?

—¿Puedo prometer algo? ¿Por qué no lo olvidamos?

No lo tengo delante para mirarlo de reojo, para escrutar sus gestos, su tono, sus caricias. No lo tengo delante, y por teléfono solo noto ese tono tan suyo, tan dictador, tan ausente. Llevo la cuenta desde hace casi un año, lo llamo «sus cercanías». Apunto solo tres cosas: me habla, me mira, me besa. Si llega a cinco en un día, es un día exitoso. Ocurre pocas veces. Por eso inventé otra medida: tres o cuatro puntos es un día afectuoso. Algo es algo. Si dice mi nombre, vale doble.

—¿Prometerte qué? —digo—. ¿Que no lo olvidarás? Ya lo has

olvidado. Olvidaste que fuiste tú quien dijo que era lo mejor. Que era demasiado pronto, que ya habría tiempo.

Silencio. No ha colgado, lo oigo respirar.

—Yo no puedo prometerte olvidarlo —continúo—. Porque lo llevo en el cuerpo. Tú puedes buscar en tus libros, en tu cuarto. Yo no tengo dónde buscarlo que no sea aquí, debajo del vientre. ¿Por qué quieres olvidar pasándome tu promesa?

Respiramos, por separado; respiro antes de acusar, de dejar mi yo y mi cuerpo, como tiene que respirar la conversación.

—Porque quieres librarte de lo que no se olvida. Yo del aborto no quiero ni pienso olvidarme.

El teléfono permanece tibio en mi mano. Apoyo la espalda contra la pared, cierro los ojos y respiro hondo. No hay alivio ni promesas que pronunciar. Solo esto: el hilo invisible que nos une, algo que persiste, que no se borra ni se olvida, algo suficiente para que sigamos existiendo, cada uno con lo que lleva dentro.

CAPÍTULO VEINTICINCO
KARIM

Come rápido, aunque no le gusta demasiado, con la vecina y su hermana. Se alegra de que llegara el profesor a buscarlo, nunca se lo habría imaginado. Echa de menos salir a la calle, incluso ir al instituto, menos mal que fueron solo unos días. Se pone las asas de la bolsa de plástico en los hombros, ahora tiene que ir a la biblioteca, ese es el trato. Sara quiere ir con él, le piden a la vecina si puede llamar a casa de la señora que cuida su madre para pedirles permiso, pero se niega en rotundo. Las instrucciones son claras: Sara se queda con la vecina hasta que llegue Aisha. Los dos repiten el nombre de su madre, asombrados, deben de llevar tiempo sin oírlo. Sin darse cuenta de que las madres también tienen nombre.

Los ve de lejos en cuanto sale del portal. Podría cambiar de acera, cruzar antes del semáforo, meterse por la calle de atrás. Sabe que lo harían igual, que lo verían igual. Sigue recto. De todas formas terminarían por verlo; si no es hoy, cualquiera de todas las tardes que ahora tiene que pasar por estas calles. Lo ven acercarse, lo señalan. «No fue tu culpa —le dicen—, mejor amigo, no pasa nada, seguro que no quieres otro paquete, ya sabes, para el colmado si quieres, anda, de noche». Dice que no con la cabeza, dice que no con todo su cuerpo, porque a ellos no les duele. Aun así, sacan un paquete, del tamaño de un libro de bolsillo, envuelto en papel viejo, usado, y se lo ofrecen, le repiten: «No pasa nada, es un momento». Empieza a pensar que no son sus mejores amigos.

Nota al andar el golpe sobre su espalda. A cada paso lo recuerda.

El costado también, ese dolor que todavía no ha decidido irse del todo, que aparece con los golpes de la bolsa como si quisiera confirmar algo. Preferiría el tintineo de su llavero, el que le regaló su abuela el invierno que pasó con ella. Hace que la bolsa rebote cada vez más fuerte, que note el golpe en la espalda.

Sigue caminando hasta que llega a la biblioteca. Entra saludando, busca un sitio al fondo, donde pueda mirar quién va entrando. Se alegra de que al menos no estará en casa con las cortinas echadas desde la tarde, contando los minutos para que pase el día.

Desde el fondo ve la mesa de novedades. Uno tiene un laberinto en la portada. Le gusta, se queda mirándolo. No se levanta; quiere seguir con el de Verne, que las cosas difíciles, dice su madre, solo cuestan un poco más. Abre la bolsa, saca el libro. Lo abre. No es su página. Alguien la ha movido, su madre, Sara, seguro que fue Sara cuando el otro día jugó a que leía. Ya reconoce palabras, casi frases, pero aún se le hace aburrido cuando ella le quiere leer. La busca despacio, pasa las hojas una a una hasta encontrarla, la misma línea de siempre, y empieza a leer.

CAPÍTULO VEINTISÉIS
TERESA

A estas horas ya hay menos gente. Los pasos suenan más; la puerta se oye cada vez que la cierran. Karim lleva unos días viniendo; me saluda aunque esté atendiendo a algún lector. Le he preguntado varias veces por la novela de Julio Verne, dice que no parará hasta que la termine. Siempre que llega espera que alce la vista y levanta la mano. Intento ser la primera en decir «buenas tardes».

Alguien me habla, pero no lo localizo. La voz venía de la mesa de periódicos, donde se sientan los de siempre, los que hojean más que leen. Javier se suele sentar un rato por aquí desde hace unas semanas. Está de moda hacer una especie de crucigrama, pero con números; todavía no he conseguido aprenderme el nombre. Siempre que lo miro, me parece que tiene esa edad imprecisa. No ayuda la dejadez de las últimas semanas, que solo se ve en pequeños detalles: la barba ya no viene rasurada, la camisa no parece planchada y las botas llevan barro, seco. Pensé, sin saber por qué, en *La sombra del viento*, en esa manera de los libros de hacer visibles las vidas ajenas, de convertir lo cotidiano en algo que parece a punto de revelarse. Pensé que el profesor de Karim se llevó el ejemplar que tenemos en la biblioteca y ya debería haberlo leído.

No era exactamente sorpresa ni alegría ni indiferencia, sino ese punto intermedio en el que reconocía que alguien me iba a contar algo. Lo miro con ternura, sin decir nada. Se queda quieto, como si alguien hubiera retirado de golpe todo el aire de la sala. A su alrededor, las páginas siguen pasando, las sillas arrastrándose; el

murmullo habitual de la tarde no se interrumpe. Intenta guardar el móvil en el bolsillo del pantalón. Le cuesta. Demasiado grande, demasiado torpe el gesto. Lo intenta varias veces, como si no encontrara el lugar exacto donde encaja. Cuando por fin lo consigue, levanta la vista.

Sus ojos tienen ese brillo contenido que es fácil reconocer: no el llanto, sino la decisión de no llorar.

—¿Cómo estás? Perdona, no te vi al entrar.

—Hace ocho semanas que no lo veo… —dice, como si retomara una conversación que no habíamos empezado—. Mejor dicho, no quiere verme.

Asiento. No digo nada más. Me habla de otros libros. Se acerca al mostrador y me pregunta qué leo. A veces bromea, alarga las frases, dice «es broma» al final. Hoy no.

—En estas ocho semanas he tenido frío. Esa fue la primera sensación. Pedía a mis padres que subieran la calefacción de su piso viejo en San Bernardo o que cambiaran esas ventanas que ya se cierran tan mal. Pobres… la pusieron tan alta que mi madre se quitó la manta.

—Ya pasará —digo.

—Ya sé que lo que ha quedado helado… Solo tengo que dormir con sudaderas, bien abrigado. Lo que no soporto es no quemar etapas con él.

Lo escucho. Suelto un «solo han sido unas semanas» que me podría haber callado.

—¡Ay, querida! No funciona así. Mira, antes se levantaba y era otro; no todos los días, pero cada cierto tiempo cambiaba. No solo te hablo de quitar el biberón, el pañal o el chupete. Digo de su manera de pensar, de sus ideas, de ese estirón que le dio esta noche. Lo

acuestas de una manera, se levanta de otra. Hoy dinosaurios, ayer Pokémon. ¿Cuántas veces habrá cambiado en estas ocho semanas?

Sigo mirándolo. Nos interrumpen. Tengo que atender. Vuelve a la entrada.

Cuando comparto turno con Clara, siempre llegamos temprano. A Clara le gusta pasar el trapo después de tomarse el tercer café de la mañana. Hoy le he ofrecido algo dulce, pero dice que últimamente no le sienta nada bien: se le repite todo, incluso la comida.

Hoy está sin nada encima de la mesa, apoyado contra la pared y con una pierna doblada. Se entretiene jugando con un lápiz. Por ratos observa los libros, los toca y los coloca al mismo nivel, se fija en las sombras que se alargan y se acortan, en los reflejos de la luz que parecen iluminar los ejemplares con las cubiertas más estropeadas, señalándolos al hacer sombra con los dedos. Ayer le enseñé que había un libro totalmente en blanco, pero no pareció llamarle la atención. Solo dijo que ya se había fijado en la portada.

Me quedo mirándolo cuando paso a su lado con el carrito de devoluciones.

—Es un castigo.

—¿Cómo va a ser un castigo estar aquí?

—Es una guardería. Cuando cierra, me acompañan a casa para que no vuelva a escaparme.

Susurra y su mueca parece una sonrisa. No quiero seguir preguntándole; no me ha terminado de convencer de que la biblioteca sea una guardería. Cuando hago todas las devoluciones, me acuerdo de la última caja bomba, esas en las que no sabemos si vamos a encontrar cuentos infantiles de niños que ya leen otras lecturas. Intuyo que sigue intacta; estos quehaceres se dejan para el turno de tarde, para los días en que la biblioteca queda casi sola, y yo

le oigo el tictac. Es tarde para enfrentarme a ella; no me van a reñir si llego a casa con las lágrimas saltadas.

Cuando inclino el cartón, cede con un crujido seco que hace vibrar los estantes a nuestro alrededor. Reacciona la biblioteca con un eco de madera, un aire que se mueve entre los libros. Karim me ve, se levanta y se acerca, queriendo ayudar. Sin mediar palabra, se agacha, mete las manos entre los libros, los saca uno a uno, los apoya en el suelo, formando un mapa que solo él sabe leer.

—No pasa nada —dice—. Mira, yo te ayudo.

Lo dejo hacer, queremos que elijan libros, que los vivan; dejamos que los toquen y ordenen, que les enseñen las portadas para que empiecen a reconocerlas. Me siento junto a él, dejando que trace la primera línea de acción mientras yo observo: el polvo que se levanta, el olor que desprende algo que ha estado cerrado, la sensación de que la biblioteca nos está abrazando en su silencio, donde ya no queda nadie que extrañe que estemos en el suelo sacando libros de una caja que llegó a contener cartones de leche.

Asiento. Empieza a decir los títulos en voz alta, despacio, como si el orden dependiera de escucharse decirlos. Los saca de la caja y los va abriendo e intenta ordenarlos. Iba a explicarle el sistema de clasificación, señalar el tejuelo, pero no: aquí el orden no va a servir.

Me enseña un libro abierto que han guardado mal y cuyo lomo está estropeado. Los márgenes están llenos de frases escritas a lápiz. La letra se inclina hacia la derecha; a veces le falta espacio para escribir. Reconozco el gesto: alguien que escribe sin levantar del todo la mano. Saca otro. También está lleno de anotaciones, pero la letra es distinta, más recta. Los subrayados no rodean frases largas; se detienen en palabras concretas, solo en adjetivos. A veces uno solo. En un margen hay un trazo más marcado, como si el lápiz hubiera

apretado de más. No hay fechas. Sí, una repetición del mismo gesto: líneas cortas.

Ya estuvieron juntos en alguna estantería; me doy cuenta cuando los deja en el suelo.

Abre un tercer libro. Aquí la letra cambia otra vez. Se elevan un poco las letras. Las frases se interrumpen en muchas hojas. Aparecen signos, flechas, comentarios que no terminan de cuadrar. Hay tachones en sus propios comentarios. Escribe los nombres de los autores en los márgenes; los párrafos lo llevan a otros párrafos ya leídos. Entre las páginas hay papeles doblados: una entrada de cine, un recibo de luz, una hoja arrancada de una libreta con una lista de la compra.

Sigo sacando libros; sigue ordenándolos como quiere. Empiezo a fijarme en los detalles. Hay novelas con letras grandes que ocupan todo el margen. Unas letras más juveniles que parecen cambiar a lo largo de la novela.

Karim va formando pequeñas pilas sin darse cuenta; no le quiero preguntar cómo las está apilando. Luego las deshace, cambia dos o tres de sitio y vuelve a ordenarlas. Cambia un libro de lugar, vuelve a abrirlo, comprueba una página concreta y vuelve a colocarlo en otra pila.

—Mira —dice.

Me señala dos novelas distintas. En ambas aparece casi la misma frase subrayada, pero la letra no coincide. En una es fina y oblicua. En la otra, recta. El subrayado tampoco es igual: uno rodea, el otro subraya. Y las dos vienen a decir lo mismo.

Karim se queda quieto, observando las letras.

—No escriben igual; son diferentes dueños —dice al fin.

Las bibliotecas y las personas siempre guardan un secreto; en las

primeras está el final del laberinto; en las personas no siempre lo encuentras.

CAPÍTULO VEINTISIETE
PEDRO

El acuerdo fue el siguiente: regresaría a clase al día siguiente y luego lo aguardaría a la salida. Pasaría las tardes estudiando en la biblioteca, dice que allí lo tratan bien. Bastaba con recordarle que debía ir directamente después de comer y permanecer allí hasta las ocho. Nada más. A las ocho de la noche, casi al cerrar. Ahí comienza el problema. Yo me ocuparía de localizar a los que lo agredieron en el instituto, aunque, por más que pregunto, no consigo sacar nada en claro.

Esa solución me resulta adecuada. Me comprometí a acompañarlo de vuelta a casa. Eso dije. Como si no fuera gran cosa. Como si en ese trayecto de dieciocho minutos no pudiera pasar nada. Como si los tres o cuatro días que llevaba haciéndolo no fueran ya los dieciocho minutos más largos del día. Solo consiste en esperarlo a la salida de la biblioteca, apoyado en la verja. Apoyado, no de pie. Pensé que alguien que se apoya no tiene prisa, así no hace falta pedirle que aligere.

Sigo repasando el trato: salimos juntos, caminamos juntos, lo dejo en casa de la vecina de rellano si la madre no ha llegado. La madre suele, y solo sé que suele, llegar a esa hora. Entonces, puede cerrar la puerta con llave y decidir que el día ha terminado como me pidió. Vuelve a sonar el teléfono, debe ser hora de otra borrachera, mismo reproche y partidas de dominó, pero él no sabe que yo ya tengo otra efeméride que contar: tres días con llamadas perdidas de mi padre.

Hoy es diferente. Baja con otra adulta que quiere sonarme. Debe

saber el trato porque, en cuanto me ve, me señala y me comenta que soy yo. Quiero ponerle cara. Enseguida recuerdo que fue la bibliotecaria de hace dos o tres semanas, la que me recomendó un libro que guardé en la mochila y que, por cierto, sigue ahí. Tengo que revisar el plazo de devolución y decidir si lo devuelvo o lo empiezo.

Lo espero apoyado. No me acerco ni hago el gesto de incorporarme. La miro, la saludo y noto que me mira también: esos segundos de más, dos o tres. Querrá reconocerme. Cuando creo que va a decir algo, se limita a decir «hasta mañana», dulce y breve. No sé si era por los nervios de los primeros días o por la sensación de tener a quien cuidar, esa sensación tan extraña de conocer a alguien solo dentro de un recinto y no saber nunca cómo será fuera, pero solo he contestado con una sonrisa.

Me río en cuanto nos quedamos a solas; él hace lo mismo. Nos chocamos las manos con los puños cerrados, dice que lo ha visto en la televisión, que los boxeadores se saludan así. Salimos haciendo bastante barullo. El vendedor de cupones de la esquina nos chista. Se queja de que así no oye nada bien. Intento no reírme, entender que lo estamos molestando.

—Pensaba que era ciego.

—¿Qué?

Lo repito más alto. Tan alto que también lo oye el vendedor, quien vuelve a chistarnos.

—Por favor, dejadme trabajar. Dejad las risas.

Cuando salimos de la biblioteca, caminamos uno al lado del otro. Por un momento, quiero saber más de él y preguntarle qué tal está en casa. Se adelanta un poco, como si todavía estuviera decidiendo si ha sido buena idea que lo recoja. Yo me adapto a su paso. No es rápido, pero tampoco lo suficiente como para pedirle que afloje.

Durante los primeros minutos no hablamos. Después de esas primeras risas, parece que no tenemos nada que decirnos. El ruido de los coches nos rodea. Las farolas se encienden a nuestro paso. Pienso que dieciocho minutos no parecen nada cuando se dicen en voz alta, pero cuando se caminan pesan. Siempre pesan.

—Vas con prisa —digo.

No contesta enseguida. Da dos pasos más medio saltando. Luego, otro que tropieza. Acorta la distancia con la esquina sin decir nada.

—Un poco —dice—. Tenía que ayudar a catalogar a Teresa y ahora no quiero llegar tarde, *yalah!*

Asiente, la explicación le basta, y se da un leve golpe en el pecho. Ajusta la bolsa de plástico en el hombro. Afloja el paso apenas, solo para mirarme, y acelera. No es brusco, pero enseguida me saca seis coches. Tardo en darme cuenta.

Dobla la esquina. No mira atrás. Yo sigo andando, pero ya no con la misma calma. Alarga la zancada. No corre todavía, solo va un poco más rápido de lo necesario y empiezo a quedarme rezagado.

Cruza el paso de peatones cuando el semáforo está a punto de cambiar. Yo lo paso cuando ya está en rojo. No me espera. Tampoco se gira. Antes de cruzar, lo veo contar hasta tres con los dedos.

Entonces corre, sin avisarme, sin mirarme. Se le escapa una risa breve, contenida; no me llama ni me reta. Simplemente sale disparado, sin fijarse en quién tiene delante.

—Espera —digo y ya estoy corriendo.

El frío entra de golpe al respirar por la boca. En cuanto se ha ido el sol, ha bajado la temperatura. El abrigo pesa y los bolsillos tiran. El manojo de llaves suena con cada paso. Avanza ligero, como si no cargara con nada. Acelera cuando nota que lo sigo, cuando me oye protestar. No mucho, pero lo justo para obligarme a acelerar.

Podría correr más. Podría alcanzarlo antes. Podría decirle que parara. Pero sigo corriendo porque entiendo lo que está haciendo, solo es un juego. Se gira al doblar la siguiente esquina, apenas un segundo y ya no lo veo. Cuando lo vuelvo a ver, levanta los brazos y adelanta el pecho, marcando una meta invisible. Ahí afloja y me espera, sin detenerse del todo, respirando mejor que yo.

Cuando lo alcanzo, se ríe y yo voy ya sin aliento.

—Empate, tenía el viento a favor —dice.

Asiento. Me llevo las manos a las rodillas. Tardo un poco más en recuperar el aire. El portal está a unos pasos y se despide. *Ha sido un juego*, pienso, pero no estaba en el trato.

CAPÍTULO VEINTIOCHO
KARIM

Karim lo ve apoyado en la puerta. Hoy no va a correr; el último día no le hizo especial gracia, aunque no le dijo nada, ni aquí ni en el instituto. El primer día que Teresa se lo contó no entendió qué significaba «en blanco», y confundió la expresión con el color del libro. Hoy se lo ha vuelto a enseñar, lo han abierto y sí que le ha sorprendido. Ha sido a última hora, no le ha dado tiempo a procesarlo todavía y está deseando compartirlo con Sara.

—Profe, hoy había un libro que no tenía nada escrito.

Pedro asiente. Acomoda el paso al suyo, que hoy es más rápido. Karim sabe que tiene un rato breve, que el profesor escucha mejor al principio, antes de ponerse a contar baldosas o a mirar el móvil. Lo oye contar muy bajito, ayer lo escuchó llegar a casi cien. Hoy ha tocado guardia, y Pedro se preocupa: cómo se le ha podido escapar un libro así entre los que dejó preparados, con los doce minutos que pierde en montarlo todo antes de que lleguen.

—Está en blanco —insiste—. Todas las páginas. Pero tiene un laberinto en la portada.

—Ya. —Pedro mete las manos en los bolsillos, lo mira de reojo—. No te preocupes, que estaré pendiente de que no vuelva a pasar.

Karim no lo entiende del todo, pero le gusta que le conteste. Cruzan el primer paso de peatones. Pedro mira el reloj, carraspea. Tres minutos, calcula Karim sin querer, porque en esos paseos ha empezado a medir el tiempo igual que el profesor. A partir de ahí lo

nota descolgarse. Pedro mira el suelo, los charcos, una farola que parpadea antes de encenderse. Karim se lo repite, quiere hacerse entender, pero Pedro insiste en que pondrá remedio, que no tiene sentido que se cuelen libros así en la guardia. Remata diciendo que no tiene por qué preocuparse. Y ahí Karim entiende que el profesor cree estar hablando de otra cosa, de un libro de los suyos, de los que busca para las guardias, una lectura más sobre la que opinar. No le corrige. Ha aprendido que algunas cosas, cuando las explicas, se estropean.

Sara lo espera en el sofá, descalza, con la muñeca a la que le falta una pierna y tiene un ojo bizco. En cuanto oye la llave, salta a recibirlo, y antes de que se quite las zapatillas ya le está preguntando qué tal el día, si ha pasado algo, si hay cuento, y que, si no lo hay, ella sabe uno nuevo.

Karim no contesta enseguida. Guarda la bolsa de plástico en el bolsillo del chándal y el despertador en su sitio, en su lado de la cama. Su madre le dice que toca ducha con pelo, que empiece, para que les dé tiempo a cenar los tres. Desde la ducha, con la puerta abierta, llama a Sara, que se sienta en el umbral preguntando solo qué necesita. En cuanto abre el agua, comienza a enjabonarse y le empieza a contar:

—Hoy me he atrevido por fin a agarrar ese libro que te dije, el del laberinto.

—¿El que mirabas y no tocabas?

—Ese. Llevaba días sin atreverme. Hoy me acerqué y lo abrí.

—¿Y qué tenía?

—Eso es lo raro. No tenía nada dentro. En blanco. Todas las hojas.

—¿Un cuento con dibujos sin color?

—Sin dibujos. Sin nada.

Sara arruga la nariz y el ceño. Para ella un libro sin nada no es un problema; es un regalo. Aun así no termina de creérselo: seguro que la quiere engañar.

—¿Y de qué va?

—De nada. Está vacío.

—No. —Niega muy seria, como si Karim no hubiera entendido lo evidente—. Si está vacío, va de lo que tú quieras. Es el mejor.

Le dice que se espere, que va a recopilar todos los cuentos raros que tiene ella, incluidos los que no tienen portada. Sara quiere ver si los suyos también son raros, tan raros como ese. Hace un recuento rápido: dos tienen un gusano de color verde alargado, uno en inglés que le regaló su *teacher* el curso pasado; tres ya no tienen portada, pero ella se sabe los títulos, y hay otro, que le gustaba mucho, uno de una mansión encantada donde salían monstruos de cada una de las habitaciones.

Se vuelve a poner la misma camiseta, echa a lavar la ropa interior y los calcetines, y se seca el pelo pero no se peina. Sara lo mira con los ojos muy abiertos en cuanto sale, diciendo que ninguno de los suyos está en blanco.

—¿Y mañana lo agarras otra vez?

—Mañana lo miro bien. A ver qué esconde.

Cenan los tres y, sin pensarlo, ponen el cuarto plato de siempre. Su madre no dice nada, tampoco hoy. Karim casi no prueba la cena. Tiene la cabeza en el laberinto de la portada, en las hojas en blanco, en todo lo que Sara se ha inventado ya sin haberlo visto. Esa noche, antes de dormir, Sara le pregunta desde su cama si el libro tendrá frío, así, sin nada dentro.

—Mañana le pongo algo, un cuento tuyo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE
PEDRO

Ocho días con llamadas perdidas de mi padre. Un año sin hablar con mi madre. Dos semanas sin beber desde que me vi con la cara del otro. No son cifras: son unidades de medida, como las baldosas que voy contando por la calle para no pensar. Los números no mienten; los números no juegan contigo. Treinta y cuatro baldosas he saltado ahora mismo. Alguna vez me pregunté qué pasaría si no tuviera la necesidad de contar. Si no anotara el día, si no lo celebrara en silencio, si simplemente dejara que pasara sin marca. Me parece que entonces no habría nada. Sin el número exacto no sabría qué ha ocurrido ni si ha ocurrido. Llevo la cuenta porque es lo único que sé hacer con lo que no cabe en ninguna otra parte.

Hoy, justo hoy, cuando esa fecha se cumple sin ceremonia, sin que nadie lo sepa, ha sonado el teléfono. Dos veces. Dos números distintos. Dos llamadas: una por la mañana, otra después de clase. Hasta que no pase el día entero no podré decir «nueve días sin responder».

La primera llamada me ha sorprendido cruzando la plaza del Marqués de Vadillo, justo al atravesar el río fronterizo. He mirado la pantalla sin verla del todo, reconociendo antes el gesto que el nombre. Me sé su teléfono de memoria, también el de la casa de los amigos de la infancia, porque antes fue el mío: un verano en que me fui a ver a mi hermano a Suiza se lo dejé en mi habitación y, a la vuelta, no me lo quiso devolver. He dejado que la llamada sonara

larga hasta que se apagó por sí sola. Pero los minutos siguientes han sido peores: notaba que seguía sonando sin que fuera así. Eso hacen los alcohólicos: no devolver nada, no dejar nada para el día siguiente.

Tengo la sensación de que se me ha olvidado algo. Mi cabeza ha empezado a repasar: el hornillo abierto; no lo usé; la llave sin echar; no creo; siempre le doy un tirón fuerte después de echarla.

Me he repetido que una llamada no es un acontecimiento si yo no quiero que lo sea. La segunda ha llegado hace unos minutos, cuando casi había conseguido olvidar la anterior. Otro número. Esta vez sí he sabido quién era antes de que terminara el primer tono, una canción insistente de verano. Mi madre.

De ella sí tengo el contacto guardado; de ella no me sé el teléfono de memoria. Un sudor frío en la nuca, una torpeza repentina en las manos y, varias veces, he estado a punto de dejar caer el móvil.

En apenas unos segundos he pensado en contestar. He pensado en no hacerlo nunca más. El politono ha repetido el estribillo tres o cuatro veces. Ha estado todo el día diluviando; seguro que cae en algún charco.

Llego unos minutos antes de la hora convenida a recoger a Karim. Ayer, después de bajar a tomar un refresco y aprovechar para cenar algo, para evitarme tener que preparar nada, busqué la novela que saqué el día de la visita a la biblioteca.

Me siento a gusto por el pasillo; reconozco el olor y algunas caras. Voy a devolver el libro que ni siquiera he abierto. Busco en el mostrador, sin que se me note, a la bibliotecaria que me prestó el libro. Miro las mesas, los apuntes esparcidos; me paro a oír el sonido seco de una silla al arrastrarse. Lo veo al fondo, sin su sudadera puesta. Cuando nota que me acerco, cierra el libro con energía, de un

solo movimiento, sin marcar la página. Digo su nombre en voz baja.

—Ya —dice, y se levanta.

—¿Y el abrigo?

—Solo sudadera. Con capucha. Sudadera-paraguas.

No me reprocha nada, tampoco sonríe. Guarda el libro en la mochila con prisa. Le digo que tengo que pasar por el mostrador. Cuando se pone la sudadera, está empapada. Le sugiero que vaya al baño, por si hay un secador de manos y puede ponerla debajo.

Al pasar por el mostrador, la bibliotecaria está colocando devoluciones en un carro metálico con libros. Lo hace despacio. Se detiene libro a libro: los mira, los gira, los abre. No levanta la vista. Mientras pasa uno del estante al carro, alinea los lomos con la yema de los dedos y ajusta la tapa de otro que apenas sobresale.

La saludo con una disculpa justo cuando alguien se queja del ruido que llega del pasillo que da a los baños.

—Buenas tardes, dame unos segundos.

Le alargo el libro. Lo recibe y lo mira un instante, como si lo reconociera de una forma que no tiene que ver con el título.

—¿Qué tal? —pregunta.

—¿El libro? No lo he leído —digo—. No he pasado de las primeras páginas.

—Suele ocurrir —contesta mientras asiente.

Empieza a pasar el código y se detiene. Mira la portada otra vez. Luego, la ficha de la pantalla. Frunce el ceño, vuelve a mirar el libro, lo sujeta y, por un momento, parece que va a empezar a leerlo. Yo no digo nada. Me mira, lo justo para que se note que algo no encaja.

—Este no es el que figura aquí —dice con calma.

Me inclino un poco hacia delante.

—¿No?

Niega con la cabeza y gira la pantalla para que yo la vea. Aparece otro título: *La biblioteca de Babel*; otro autor: Borges. Casi el mismo color, casi la misma portada. Yo, que apenas tengo tres o cuatro libros en casa, no entiendo la confusión.

—El que te llevaste es distinto.

—Ah —digo—. Entonces me llevé el que no era.

—O devolviste el que no era —dice ella, sin énfasis.

Sonríe apenas. No es una sonrisa de corrección, sino de reconocimiento; este tipo de error ya le ha pasado.

—No lo leí —repito, por si sirve de algo.

—Eso no cambia mucho las cosas —responde—. Los libros no se ofenden.

A mí se me escapa una breve risa.

—Menos mal.

Deja el libro a un lado, sin colocarlo todavía en el carro.

—¿Quieres llevarte el que tenías anotado?

Afirmo. Va a buscarlo, desaparece detrás de las estanterías. Tarda un poco. Aprovecho para mirar alrededor: alguien estudia con auriculares; alguien comparte apuntes copiados en un portátil; alguien mira absorto por los ventanales.

En cuanto sale con el libro en la mano y me lo ofrece, siento un golpe seco, estrepitoso, que resuena en toda la biblioteca. Viene del pasillo del baño: metal contra cerámica. Otro golpe, más fuerte. Me sobresalto, mosqueado. La puerta no se mueve; se ha cerrado. Un tercer golpe, torpe, metálico. Algo cae. Karim maldice en voz alta, aunque no entiendo bien lo que dice. Esta vez me muevo y llamo a la puerta.

La abre despacio, a duras penas, lleva el calefactor en las manos, temblando. La sudadera está tirada en el suelo. Respira hondo,

intentando enderezarlo.

—¿Estás bien?

—Sí. Se me cayó.

Sostengo el calefactor un instante e intento colocarlo sobre el lavabo. Hace amago de levantar la sudadera que sigue empapada; quiero colocarlo donde estaba, apoyándolo con los apliques. Susurra un «gracias» antes de desaparecer por la puerta del baño, con una «s» muy larga.

No lo consigo, me quedo con el calefactor en la mano. Reviso si hay alguna parte suelta o algo roto. Vuelvo a colocarlo y veo que se ha desprendido una parte de la base, lo que impide que se ajuste. Quizá, desarmándolo, podría volver a colocarlo.

Voy por los pasillos con un calefactor en la mano, un libro bajo la axila y toda la biblioteca mirándome. Voy hacia el mostrador a preguntarle a una bibliotecaria si tiene una caja de herramientas, para poder arreglarlo. Busco a Karim para preguntarle qué ha pasado, cómo se ha quedado con un calefactor en las manos.

—Casi no lo toqué, solo apreté el botón —dice—. Así, nada más; solo apreté así.

Hace un gesto de incredulidad, como si no quisiera estar aquí ni romper nada. Y los tres nos miramos, también sin entender nada.

Cuando llego a casa después de acompañarlo, me doy cuenta de que en algún momento dejé los dos libros por algún lado; espero que en la biblioteca.

CAPÍTULO TREINTA
TERESA

Por las tardes, hago que la biblioteca funcione siempre igual. Entro, enciendo la luz del archivo, dejo el bolso en la silla de siempre. Intercambiamos chascarrillos: primero con el conserje, hoy quiere hablar de fútbol, le digo que yo solo sé de libros; y con Clara, hoy solo quiere hablar de su niña de cuatro años, tan pizpireta pero tan intensa que no quiere tener más hijos, pero no le digo que yo del tema niños ya estoy bastante harta, que ya tengo a Marcos en casa.

—Qué manía de encender siempre todas las luces.

—No querrás que clasifique libros a tientas.

Nos reímos, nos despedimos. Me avisa de que no hay cajas bomba. Le cuento que la última donación creo que es de una familia de cuatro miembros. Me mira perpleja, creo que no sabe ni de lo que hablo, es uno de esos misterios que me van a tener entretenida unas semanas.

La luz tarda unos segundos en estabilizarse. Acompaño al encendido y apagado de las luces cerrando y abriendo los ojos. Durante ese tiempo, todo queda plano, como si el espacio no terminara de decidir si quiere empezar a iluminar.

Suena un ruido fuerte del calefactor, demasiado acelerado. Se para y luego vuelve a arrancar otra vez, como si fuera un coche. Cuando lo hace, suena como si aspirara a algo que no debería. Dejo todo lo que hago, me asomo al pasillo central a ver si veo al conserje.

Cuando llego al baño, me encuentro al profesor con una caja de

herramientas, ofuscado en atornillar algo. Me quedo unos segundos bastante descolocada, pero al notar mi presencia, se gira.

—Estos aparatos viejos siempre hacen ruido antes de ganar temperatura.

—Yo no sé distinguirlos. Para mí todos suenan igual. Me quedo con que estén encendidos.

—Los motores, a arreglar todo, eso es lo que me enseñó mi padre. No iba a dejarlo roto, ¿no?

Me explica, como les gusta hacer a todos. Me explica, pero le escucho. Le falta un muelle, algo que haga presión y que haga que tenga un pequeño baile. «Ves aquí, roza. ¿Ves esto?, no come al tornillo. Ves aquí, esta pieza debe encajar».

Al rato dice que le falta algo, que seguirá después, que cree que en su casa lo tiene.

—¿No está Karim? ¿Tú lo ves llegar?

Le explico, debe dejar a la hermana primero y que luego come en casa, a veces viene antes. Echa cuentas con los dedos: sale del instituto, come, lleva a la hermana con su vecina y se viene. «Debe estar a punto de llegar», concluye mientras mira la hora.

Recoge todo y se despide efusivamente. Parece contento.

A media tarde, Karim entra sin saludar, sin mirarme. Es la primera vez que ocurre. Empuja la puerta con el hombro sin soltar la bolsa de plástico. Hago un leve movimiento, apenas, para que note que quiero saludarlo. Entre la devolución que tengo entre manos y el hecho de que no me mira, el gesto queda sin efecto. Lo sigo con la mirada mientras intento continuar con la devolución del libro y la conversación. A la usuaria la conozco: cada quince días, siempre novela negra clásica, si puede. Me mira como quien avisa de una prisa que no va a explicar.

Se quita la bolsa de plástico descolorida y la deja apoyada en la pared, justo donde el rodapié está levantado. Saca un libro de la estantería; me extraña, sabe que debe pedírmelo. Termino con la devolución; le deseo que le enganche a la usuaria. Apoya la espalda en la estantería baja. Dobla una pierna sobre la otra. Abre el libro por la mitad. No busca el principio. No mira la portada. No me mira.

—Karim, eso es un manual de oposiciones a bombero.

—Entenderé lo mismo que con los libros.

—¿Y Julio Verne?

—Que no entiendo nada. Nada.

Le pido que lo vuelva a intentar, que haga como le dije. Karim lee con el lápiz en la mano. No subraya frases enteras, solo palabras. A veces una sílaba. Un final, un principio que le despista. Murmura algo que no descifro bien. El lápiz golpea el papel dos veces; temo que vaya a agujerarlo. Se queda quieto, mirando un punto fijo. Suspira.

Vuelve a empezar el capítulo, como le dije: si se pierde, vuelve; vuelve las veces que necesite. Escribe algo en el margen. Borra con la uña, araña con la yema. Vuelve a escribirlo distinto.

Ha escrito en un margen, como en los libros que ordenamos el otro día. Ha escrito en un libro de la biblioteca y no sé si acercarme a reprochárselo o entender que es la primera vez que se ha encontrado en un texto. Tengo que ver qué ha escrito, y como tengo que verlo y no me aguanto, me acerco con la excusa de colocar bien el libro de oposiciones a bombero que ha dejado por ahí.

En el margen, Karim ha escrito: «No entro».

No todos los libros envejecen igual. Algunos amarillean por fuera y se conservan intactos por dentro. Siempre digo que son como las personas: las ves tan bien puestas, tan elegantes, con caras

arrugadas… Otros parecen nuevos hasta que los abres. Ahí está el desgaste. Nunca puedo evitar fijarme en eso, en cómo se desgastan las personas y los libros. En cómo el lomo cede al abrirlo, en cómo alguien se levanta de la silla con dificultad. En el ruido leve del pegamento cuando se separa, en el crujido de una articulación. En las páginas que ya no vuelven a su sitio, en la barriga que se me descuelga. Y me va a pasar, porque no sé cuidarme, porque se me olvida.

Vuelve ese ruido molesto, pero ahora en forma de zumbido leve, igual de irritante para una biblioteca. *¿Cuándo ha regresado el profesor?*

Está agachado junto al enchufe. Tiene la tapa abierta y las herramientas desordenadas sobre el pote del baño: un destornillador, una llave pequeña, un tornillo suelto entre sus dedos. No es nada, solo un contacto que ha saltado.

—¿Ves? Esto es la toma de tierra.

Aprieta algo con cuidado. Sopla y vuelve a encajar la tapa.

Brilla, brilla su cara, y le acompañan los ojos. El zumbido regresa, pero no igual. Se mantiene y no fluctúa. Me quedo escuchándolo más tiempo del necesario: a él y al calefactor. Enciende y apaga el calefactor. Dice que hay que probarlo varias veces, a ver si falla. Cada vez que lo hace, el ruido se corta de golpe. El silencio dura lo justo solo para notarlo; vuelve el zumbido.

Así, tan concentrada en escuchar si el ruido que hace ahora es el mismo que hacía hace unos días, hace unas horas, hace un rato, que oírlo me saca de este momento, mientras no dejo de mirar al profesor.

—¿Esto es lo mismo? —pregunta Karim, señalando dos palabras

distintas.

Me acerco un poco. Inclina el libro hacia mí. Las palabras no se parecen. Comparten algunas letras. Pero el resto no.

—Nada, fíjate bien.

Se las explico con dos frases. Asiente. No pregunta nada más, solo mira el libro. Vuelve a escribir en el margen, esta vez sin borrar antes, pero con la misma fuerza. La letra es tan grande que ocupa más espacio del que necesitamos. Cuando ya se cansa, vuelve a sus cajas de donaciones, a ordenarlas, a mirarlas, a sentirse acompañado.

Solo me hizo falta leer una frase de todas las que Karim estaba apuntando en su libreta. Dice que cree que son un papá que estaba pero solo subraya acciones, solo verbos; una mamá que trabaja, que señala adjetivos; un niño que acaba de llegar y una niña que acaba de hablar. Debían estar aprendiendo español, porque algunas están traducidas al árabe, siempre en los márgenes.

Al menos estos no tengo que volver a comprarlos; cada vez que Karim escribe en un margen, se lo lleva a su casa y yo tengo la excusa perfecta para ir a la librería a comprar un ejemplar nuevo para reponerlo en la biblioteca. Me pregunta por el libro en blanco, dice que lo ha buscado en el expositor de novedades y que no está.

El teléfono vibra en la mesa. Un número desconocido. Contesto sin pensar.

—Buenas tardes, llamamos desde la clínica. Teníamos programada su cita para la próxima semana. Solo confirmar la hora y el día y recordar que deben venir los dos.

—Lo sé.

—¿Sigue en pie o prefiere reprogramar?

La voz suena demasiado animada, funcional. Suena a vendedora de seguros. En esos segundos que me doy para contestar preguntas, la imagino con el pelo recogido, la cara bien hidratada y con un poco de brillo, muy sutil.

—Quiero cancelarla.

Hay un silencio breve; ahora es la recepcionista quien guarda esos segundos de tregua, apenas dos o tres latidos que alcanzo a oír y el traqueteo de un teclado. Responde con la misma amabilidad imperturbable y con una respuesta predeterminada.

—Por supuesto. ¿Quiere que le programemos otra para más adelante?

Aprieto los dedos sobre el abrigo. Cada decisión me duele en un sitio distinto; está en los muslos; cada día en uno diferente.

—No. Gracias.

Cuelgo antes de que la mujer pueda decir nada más. Me quedo mirando la pantalla negra del móvil. Luego lo empujo lejos, como si se quemara.

En cuanto llego a casa, voy a la nevera, arranco el papel de Marcos, lo hago bola y lo lanzo al fregadero. Si quiere decirme «te quiero», que me lo diga entero.

Tengo una herida en el bajo vientre en forma de aspa; en una de ellas dice «aborto». Quiero llamarlo, contárselo. No buscar su confirmación ni, menos aún, su beneplácito. Solo decirle que ahora mismo, y así, no. Dejarle claro que no sé si se me da bien ser equilibrista entre los márgenes y que a mí también se me está olvidando que, antes de querer ser tres, éramos dos, muy felices.

Solo me queda decirle a Karim que, efectivamente, el libro no está en el expositor.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO
KARIM

Lleva toda la semana insistiendo. Se lo ha repetido cada tarde, al volver de la biblioteca: que con el menú de pizzas regalan una mochila de un motorista famoso en todo el mundo. Lo ha dicho tantas veces que ya lo dicen los dos a la vez, Sara y él, una mano como si comieran pizza y la otra como si pilotaran la moto. Le da vergüenza ir con esa bolsa de plástico al instituto; al menos, ya no le duele el costado.

Hoy su madre ha recogido a Sara de la vecina y lo ha esperado. Ha llegado de la biblioteca jadeando, pero le ha cambiado la cara en cuanto la ha visto. Sabe que le gusta que llegue así, con ganas de hablar. El profesor lo ha dejado en el portal, como cada tarde; solo intercambiarán unas pocas frases.

—Aquí te dejo al muchacho. Menos mal que hoy no le ha dado por correr.

Su madre quiere darle unos plátanos que le ha regalado la señora a la que cuida; es lo único que tiene. El profesor los rechaza. Ella insiste un poco más; si tuviera de esos dátiles que a él le gustan tanto, también se los daría. Es su forma de agradecer: dar lo que no le sobra. Se despiden hasta el lunes; Karim levanta los puños y dice que sí a todo, que estudiará, que lo de matemáticas, que no se preocupe. Sara le dice que ella también tiene muchos deberes y enseguida le pregunta a Karim por el libro, si ha escrito su cuento. Karim no sabe qué contestar; le dice que era tan bonito que no quiso que se quedara allí, en la biblioteca.

En el buzón hay un sobre. Hacía días que no había nada y hoy le viene bien. Su madre dice que es de la vecina, le vuelve a explicar que hace mucho por ellos, que es su familia aquí. La vecina jura que no es ella, que desde que murió su Rafa no le alcanza con la paga de viudedad.

Le gusta cuando su madre cuenta historias, siempre las mismas, pero a ellos eso les encanta: nació justo enfrente de Tarifa, mirando al mar, y de niña se ponía detrás de la tienda que vende de todo para todos, en el sitio exacto donde había que indicar a los turistas la rampa del aparcamiento. Ponía su cara ensayada y así sacaba para un refresco. El que más le gustaba era uno que hacía «shiii» al abrirse, aunque dice que no era por el sabor, sino porque era el que salía en la tele de la vecina. Soñaba con un puente. Un puente enorme, con muchos pilares, que uniera las dos orillas, para poder cruzar por la mañana y volver al atardecer a ver la puesta de sol sobre su arena. Quería ser ingeniera y construirlo ella misma; decía que su padre podría ponerlo en pie. Llegó a dibujarlo. Hasta pensó en escribir una carta para que España se ocupara de su mitad y le pusiera sus colores. Nadie la tomaba en serio.

Cuando lo cuenta, Sara y él se ríen con ella; a Sara le parece la mejor idea del mundo. Lo que a Karim no le cabe en la cabeza es lo otro: se imagina a su madre de pequeña, con un lápiz, dibujando pilares en un papel, y le da rabia que entonces se rieran de ella.

Su padre sí cruzó muchas veces el estrecho. Se dedica a eso: baja en coche hasta Tánger, lo vende y vuelve con ellos. Ahora se ha quedado allí por trabajo. Karim lo explica sin que le pese en el instituto, aunque una vez estuvo a punto de pelearse con uno de su país que les dijo que los había abandonado. *Volverá cuando termine*, se repite muchas noches. A veces, cuando ponen la mesa, deja un sitio

de más, por si acaso, aunque su madre lo mire y no diga nada. Cuando hoy empieza a colocar el mantel de plástico, los cubiertos y los platos, su madre lo interrumpe.

—Espera por tu hermana —dice ella—. Hoy tengo que hablar con vosotros.

—Dime ya.

—Cuando estemos los tres.

Saca de la bolsa de plástico una naranja.

—Os dejo que pidáis pizza para que la traigan a casa.

Saltan en el sofá, juegan a ir en la moto, se deja comer a besos: secos los de Karim, babosos los de Sara. Van los tres al teléfono. Su madre tuvo la previsión de guardar la publicidad del buzón hace unos días. Van juntos a marcar el número. No responden a la primera, así que vuelven a intentarlo.

—Telepizza, dígame.

Piden el menú con la promoción. Karim le quita el auricular y lo repite tres veces: con la mochila firmada, que no se olviden de la mochila.

—De acuerdo, en cuarenta minutos llega.

Se sientan a la mesa, ponen el despertador en el centro. Les empiezan a sonar las tripas; hay que encender la luz y llenar vasos de agua. Cuando llaman a la puerta, corren los dos. A Sara le parece altísimo, con el casco a medio poner, todo rojo. Reparte las bebidas, dice que se ha dejado el obsequio en la moto. Ellos aprovechan para llevar la pizza a la mesa, cortarla y mancharse de queso.

A los pocos minutos vuelven a llamar. Sara salta del sofá y abre.

—Aquí la tienes.

Le cuesta abrir el paquete; el plástico es bastante duro.

—Lo siento, solo nos quedaban las toallas. Pero no te preocupes,

que también viene firmada.

Karim mira a Sara. Mira la toalla roja con letras blancas, doblada, con la firma del motorista estampada. Piensa, sin decirlo, que una toalla no sirve para llevar los libros a la biblioteca. Pero Sara ya la ha abierto del todo y la levanta como una bandera, y empieza a celebrar que ha ganado la carrera de motos. Entonces a él también le parece que han ganado algo.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS
KARIM

El sábado se les hace muy largo. Ya casi no le duele nada, pueden jugar juntos un rato, aburrirse otro, quedarse embobados con la tele otro, comer con la vecina otro, y finalmente, cuando quedan ya solo dos o tres horas para que vuelva Aisha, la luz salta de repente. La televisión se apaga en mitad de una frase y el frigorífico se queda en silencio. Ya les ha pasado otras veces. Karim grita: «¡El brasero, el horno y el secador del pelo deben estar desenchufados!».

—¿Has sido tú? ¿Es un juego nuevo?

Karim contesta que no. Se quedan quietos, tomados de la mano. Desde otros pisos llegan voces que piden velas o linternas, pasos en los rellanos, puertas que se cierran, un «otra vez» sin sorpresa. Karim vuelve hasta la cocina. Recuerda una vela blanca del último cumpleaños de Sara. Abre el cajón y busca cerillas.

—¿Cuánto va a durar?

No lo sabe. Levanta apenas la persiana, las farolas siguen encendidas y en el edificio de enfrente hay ventanas con luz. Se imaginan horas aburridas y frías.

—Dice mi profe, el que me hace de guardaespaldas, que la Gran Vía nunca se apaga.

Baja la persiana y mira el despertador. Aún falta para que su madre termine de limpiar los tres portales de los jueves: trece, quince y veintiuno. Pone la alarma del despertador y lo mete en la bolsa de plástico.

—Vamos a dar una vuelta.

Sara no pregunta. En el rellano también está apagada la luz. Bajan despacio mientras notan que el hueco central recoge la claridad del portal. Otras veces han bajado con los ojos cerrados o de espaldas; ahora Karim apoya la mano en la barandilla y cuenta peldaños sin decirlo.

En la calle, Sara respira hondo y le suelta la mano.

—¿Y si vuelve mientras no estamos?

Caminan hasta la parada. «Si se va la luz en todo Madrid —dice Karim—, mejor que nos encuentre en un autobús». No hay mucha gente. Sara vuelve a darle la mano cuando un hombre enciende un cigarrillo a su lado.

El autobús tarda poco. Suben y se sientan junto a la ventana, cerca de la puerta del fondo. Sara mira tiendas, coches, semáforos. Juegan a que están en una montaña rusa en cada bache, aunque no han estado en una. Al bajar, el ruido los envuelve. El suelo refleja colores tan vivos que evitan pisarlos.

Sara se detiene frente a un letrero que se enciende y se apaga, rojo, enorme, y no puede dejar de mirarlo. El barrio se ha quedado a oscuras y aquí, en cambio, no se acaba la luz. Sara sigue con los ojos las letras que parpadean, las cuenta, las pierde y vuelve a empezar.

—Tu libro es al revés que esto —dice de pronto.

—¿Al revés cómo?

—Esto tiene todas las luces. Y tu libro las tiene apagadas por dentro. Por eso está en blanco. Como el barrio.

Karim se queda pensando: eso es una pista. No se le había ocurrido, pero le cuadra: el barrio a oscuras es una página sin escribir, y Gran Vía, una página donde alguien ha encendido todas las letras.

—Entonces, esta noche, el único que se podría leer es el mío —dice —. No hace falta luz para leer un libro que no tiene nada. Hay que leerlo de noche. Sara, eres genial.

A Sara le da risa. Dice que sí, que un libro en blanco es el mejor para los apagones, que no se gasta, que no se acaba nunca.

Pero luego se pone seria, mirando otra vez el letrero rojo.

—Si pudiéramos escribirlo, yo pondría esto: que el gato tiene un collar con una luz que va siempre encendida.

Caminan sin rumbo. Cruzan cuando el semáforo se pone en verde, jugando a ser los primeros en llegar a la otra acera. Entran en tiendas donde no compran nada, se asoman a un grupo que se hace fotos y se colocan al lado, disimulando la risa. Una pareja discute y la miran atónitos. Un repartidor en una moto atraviesa la acera y les guiña un ojo mientras les dice que su mochila es muy original.

—Si viviéramos aquí, no daría miedo —dice Sara.

No se quedan mucho más. Cuando suena el despertador, le dice que hay que volver.

En el autobús de regreso, Sara bosteza antes de la tercera parada y apoya el peso en el brazo de Karim.

—No te duermas —dice—. Te voy a contar el cuento del gato que volvió a casa y la luz ya estaba encendida.

Sara asiente. El autobús avanza casi vacío. Karim cuenta las calles sin decirlo. Cuando bajan, doblan la esquina del edificio y Karim se detiene. En su ventana hay luz. Un brillo que aparece y desaparece tras la persiana.

—¿Ha vuelto?

Karim no responde. Cruzan. El portal está iluminado. Suben deprisa. En el rellano, la puerta está entornada. Karim empuja. La casa está encendida y en silencio. La televisión sigue prendida sin

sonido. Sobre la mesa hay una bolsa del supermercado abierta; asoman una barra de pan, una lata de atún y una caja abierta de helados de barquillo de vainilla que humedece el plástico.

No hay nadie. Gritan juntos, casi al unísono.

—¡Mamá!

Karim apaga la televisión. Toca el pan. Aún tibio. Recorre la casa, abre el baño y el dormitorio. Todo está en su sitio. Vuelve al salón y revisa el resto de los congelados mientras guarda los que estaban en la bolsa.

—¿Y si ha vuelto y se va otra vez? —pregunta Sara.

Cuando ya están en la cama, termina de contarle el cuento del gato que no vuelve a su casa porque no hay luz y, en cuanto oyen cerrar la puerta, ambos cierran los ojos con fuerza para que su madre no se olvide del beso de buenas noches.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES
PEDRO

Son tantos, somos tantos, que los lunes se me hacen cuesta arriba antes de cruzar la entrada. Antes llegaba con la boca pegada al paladar y la lengua espesa, como si hubiera dormido dentro de un vaso vacío. No desayunaba porque no me entraba nada; solo agua a sorbos muy pequeños y, durante todo el día, fingía un dolor estomacal para poder beber Aquarius de naranja sin disimulo. Los lunes no los vivía; los arrastraba: ruido, desgana, náuseas.

Entro en el aula y ya están de pie, en pequeños grupos, algunos sentados sobre las mesas.

—Empezamos en cinco minutos.

Lo repito, más bajo: «cinco minutos». Saco mis cosas; me he dejado la carpeta con los apuntes, abro la botella de agua y bebo un trago largo.

Hablan más alto de lo necesario, más de lo que a mí me gustaría. Se ríen sin motivo. Intento leer; otras veces me ha funcionado. Se van sentando, se bajan las capuchas, se acomodan en las sillas. Un texto corto. Les digo que habla de ellos, que siempre hablan de ellos, aunque no lo parezca, y que podemos encontrarnos en cada libro. Solo necesitamos prestar atención a ese detalle que nos hará descubrir que cada libro está hecho para nosotros.

Van a caer como dominó; siempre ocurre. Será una de esas clases en las que pierdes diez minutos para ganar cuarenta. Karim levanta la mano para pedir silencio. Manda callar a un compañero, pidiendo

respeto. «Respeto», dice, con esa erre tan marcada y mandona. Ese tono de voz que no le hace justicia, unido a su apariencia recia.

Se encaran.

Un empujón. Luego otro. Dos que se levantan a la vez. La mesa cae hacia atrás y el golpe hace que el resto mire con esa mezcla de expectación y alivio. El que estaba sentado en la mesa se vuelve hacia el otro y ahora es Karim quien media entre ellos. Miro sus ganas de no intervenir aunque su cuerpo diga lo contrario; su respiración entrecortada, sus puños cerrados tan fuerte que se marcan las uñas en las palmas de sus manos. Los separo como puedo; todavía les gano en altura, suerte de ser alto como mi padre.

—Basta.

Pero no basta y nunca es suficiente. A veces me da la impresión de que todo está planeado de antemano. Esa desidia, nuestra desidia. ¿Qué estamos haciendo tan mal para que nadie esté contento en las clases, ni ellos ni nosotros?

Acabamos todos en Dirección y con un profesor de guardia en mi clase. Vamos en fila; yo delante de ellos. Karim a medio paso, quejándose entre murmullos, sin querer levantar más la voz. En el despacho se suceden las versiones. Siempre hay versiones para todo. Que si empezó él, que si él no es nadie para mandarme callar. Que si así no hay quien aprenda, sueltan irónicos. Que si fue una broma, no es para que terminemos todos aquí. Que si no fue para tanto que no llegaran a la siguiente clase, por lo visto, bastante más interesante que la mía.

La directora escucha con las manos cruzadas sobre la mesa. Asiente, casi sin intervenir. Se queja de que la jefa de estudios de su ciclo no está presente. Toma notas. Yo me limito a confirmar lo que vi. Cómo actué. Reparte partes, como rosquillas. A los zombis les da

igual, se lo comen todo.

Cuando salen, ella me dice que espere, tiene que comentarme algo cuando ya no están los alumnos.

Me quedo de pie. Luego me siento. Me viene una bocanada con un regusto a whisky, como si me preguntara por mí, por dónde ando. Pienso en el café que me tomé, en esas tostadas de tomate natural con un poco de aceite que suelo desayunar camino al instituto.

Cierra la puerta.

—Pedro, han llegado comentarios.

No dice «rumores». Dice «comentarios». Ahora soy yo quien se siente a punto de que le pongan un parte. ¿Me habrán visto deambulando por las calles en busca de mi casa?

—¿Sobre qué?

Me mira un segundo; se distrae con el bolígrafo que tiene en las manos.

—Sobre que estás pasando tiempo con Karim por las tardes.

No respondo. Espero que concrete, como si no estuviera entendiendo nada. ¿Es delito pasar tiempo con un alumno por las tardes?, llegué a preguntarme. Espero; debe de haber algo más.

—Algunas familias lo han comentado y algún profesor también. Es menor de edad, eso ya lo sabes.

Asiento. Eso ya lo sé. Debe de haber algo más. Solo tengo que quedarme callado, y lo soltará.

—Dicen que os ven juntos fuera del centro. Que te implicas más de lo que deberías. No es lo que se espera de nosotros. Los alumnos tienen su propia familia y sus propios problemas, que nosotros no vamos a solucionar.

—Solo hablamos; solo lo acompaño —digo.

No sé si eso resume todo; no sé si ocultar el pacto implícito gracias

al cual no falta ni un día al centro. Tampoco las veces que he pensado en comprarle una mochila.

Justo mientras intento no interrumpir el sermón de la directora, vibra el móvil, y ya intuyo que hoy ha empezado a beber antes.

—No pongo en duda tu intención —añade—. Pero tienes que reflexionar. Hay límites. No puedes involucrarte así. Puede malinterpretarse.

«Malinterpretarse». Otra palabra limpia, ambigua, que exige de otros, de nosotros, de ellos y, ahora, de otros a quienes también hay que atender.

Pienso en la silla vacía de otros días, en cómo ahora viene más concentrado. En llamadas que no devuelven tono, en los números que se piden en Secretaría para localizar a las familias en las que salta un mensaje diciendo que ese número no existe. En portales abiertos, en balcones llenos de geranios desde donde nos miran. Pienso que, cuando faltan, casi nadie pregunta por ellos.

—Es un alumno —digo.

—Precisamente por eso. Te lo digo por tu bien.

Siempre es por el bien de alguien. Siempre por lo nuestro, por cubrirnos las espaldas.

Salgo del despacho con la sensación de que toda mi vida se resume en hacer lo que tenga que hacer. En el pasillo hace más calor que dentro. Me desabrocho el botón de arriba de la camisa sin pensarlo, no sé cuándo me lo abroché. En el pasillo, Karim está apoyado contra la pared. No debería estar ahí. Finge que no me espera. Fingir es una forma de cuidar.

—Profe, ¿todo bien?

Lo miro. Tiene la camiseta arrugada y un rasguño en el cuello, poca cosa. Todavía respira rápido.

—Todo bien, todo bien siempre.

Bajamos las escaleras sin hablar. En el patio, los demás ya han convertido la pelea en una anécdota. Mañana será otra cosa. Lo importante era no perder esta hora de educación física. Son tantos, somos tantos, que a veces lo más fácil es no detenerse. No mirar más de lo necesario. Cumplir con la hora, cerrar la puerta, irse a casa y echar la llave.

Lo vuelvo a ver a la salida, caminando unos metros por delante, encogiéndose dentro de la sudadera, con las carpetas bajo el brazo a punto de caerse, y pienso en lo que esperan de nosotros. Y en lo que, a veces, no. No me ve, pero yo le digo: «Nos vemos a las ocho». Nadie va a hacer que no acompañe dieciocho minutos a Karim.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
KARIM

Siempre que llega a la biblioteca la mira sin que lo vean; le gusta ir cambiando de sitio. Empieza por el más lejano, el que está justo debajo de la escalera. Allí no suele haber mucha gente, no suele haber luz natural y la calefacción llega a duras penas. Desde ese ángulo puede vigilar quién sube y baja casi sin ser visto; tendrían que asomarse por el hueco de las escaleras. Lo suele hacer en su casa, claro; allí hay más pisos y el hueco le parece que no tiene fin.

Antes de empezar con los trabajos, los ejercicios o el estudio del instituto, se distrae con todo tipo de cosas. Especialmente mirando a Teresa. Siempre hace lo mismo: coloca el lápiz en el mismo sitio, aunque casi no escriba con él; luego mueve la ficha de un lado a otro, muy sutilmente, sin que nadie entienda para qué, y su esquina derecha siempre la deja vacía.

Pero lo que más le gusta notar es cuando, después de atender una devolución o una petición, pasa la mano por el mostrador, se queda mirándolo unos instantes y vuelve a sus responsabilidades.

Se da cuenta de que hay algo en esos gestos que se repiten, casi como un ritual, que la calma y la distrae al mismo tiempo. Hoy no quiere ver qué hace; busca darse cuenta de cómo lo hace y adivinar su próximo movimiento: la manera en que coloca el lápiz, la ficha que mueve o el instante en que acaricia el mostrador. «Aquí estoy, aunque nadie lo note», debe decir; incluso puede imitar el tono con que suele pronunciar ese tipo de frases. Y en ese instante, entre

gestos cotidianos y pausas mínimas, encuentra un tipo de compañía que no exige nada y lo llena todo.

Ha empezado a imitarla: a colocar el estuche en el mismo sitio, a dejar la sudadera bien puesta detrás de la silla y a ir al baño antes de sentarse para comprobar que su aspecto parezca lo más limpio posible. Ha tenido que buscar una bolsa nueva, al menos está limpia.

Hoy no tiene mucho que hacer. Termina algo de ciencias: un esquema sobre la respiración. Recoge todo y lo mete en la bolsa de plástico; la coloca encima de la mesa junto al despertador y programa la alarma cinco minutos antes de las ocho para no hacer esperar.

Entonces oye voces.

No distingue bien las palabras; solo percibe un tono demasiado alto para ser una biblioteca. Deja sus cosas en su sitio y se acerca a dos o tres mesas; busca su libro de Julio Verne para disimular y se alegra al notar que desde ahí lo verá mejor y lo oirá con más claridad.

Una chica, le gusta su bolso ancho y con bastantes colores, se queja de que no tenía nada escrito: no entiende cómo alguien puede poner en circulación un objeto así.

Se fija en Teresa, quien escucha sin interrumpirla. Solo pasa los dedos por la madera del mostrador, muy despacio.

Baja la mirada cuando escucha la palabra «vergüenza». Explica, sin elevar la voz, que algunos libros se prestan aunque no tengan ficha, porque a veces la gente los elige antes de que la biblioteca los catalogue del todo.

La mujer no parece convencida, pero tampoco quiere seguir discutiendo.

—Lo que me faltaba por oír: que ahora los libros nos eligen a

nosotros.

Mira cómo no vuelve a dirigirle la mirada; con desdén, se coloca el bolso sobre el hombro y se gira bruscamente. Karim mira atónito cómo, una vez hojeado el libro, Teresa lo vuelve a colocar en la mesa de novedades. Cree ver que ha sonreído.

Ya no tiene que disimular, le pregunta directamente. «Se ha llevado un libro en blanco y no le ha hecho gracia», le contesta Teresa muy bajo, casi en un susurro tapándose la boca. Solo de imaginarse que alguien más va a llevarse el libro le da risa. Ahora entiende por qué el libro no estaba en la mesa de novedades, siempre tiene cómo volver a su biblioteca.

Cuando se acerca al mostrador, Karim está mirando la portada blanca y Clara le avisa que se deje de historias y de misterios.

—Los libros en blanco son peligrosos —dice, sin levantar demasiado la voz.

—¿Por qué?

No responde de inmediato. Pasa el dedo por la esquina doblada de la primera página, como si necesitara asegurarse de que siga allí, y luego habla.

—Porque buscan un lector que los escriba.

Sonríe ante la duda porque no sabe si es una broma o una advertencia. La mira como se mira a alguien que no entendemos y no queremos entender.

—Hay libros que no quieren ser leídos, solo quieren que alguien los escriba.

Clara se desespera, no le pregunta más. Karim abre el libro. Vuelve a reírse, ahora sin disimulo, en cuanto descubre que alguien se ha llevado de la biblioteca a su casa un libro que está totalmente en blanco.

—¿Y si un día aparece algo?

Teresa se encoge de hombros.

—Entonces tendremos que decidir quién lo escribió.

Esa frase le gusta. Tendría que haber metido un dibujo de Sara entre sus hojas.

Suena su alarma al fondo de la sala, así que deja todo y sale corriendo, mientras Teresa solo puede quejarse por tal estampida. Pedro ya estará esperando abajo. Cuando Karim vuelve corriendo por el pasillo central, casi choca con él.

—Estás tardando —dice, pero no suena molesto.

No responde a eso. Lo agarra del brazo, le da un pequeño tirón.

—Tienes que ver una cosa.

Lo arrastra hacia el mostrador. Teresa levanta la vista cuando los oye acercarse. Pedro es quien habla primero.

—Buenas. Venía a buscar a Karim.

Es la primera vez que Teresa nota que la mira un segundo más de lo necesario. No es descaro; es algo más torpe, más involuntario. No se hablan y, sin embargo, cuando Teresa le sostiene la mirada, él la aparta antes de tiempo. Se aclara la garganta, mira hacia los carteles y las estanterías y solo musita que es cosa de Karim, quien los mira atónito.

Entonces ve el libro. Karim lo toma entre las manos.

—Mira —dice, incapaz de contenerse—. Está en blanco.

Lo abre delante de él. Las páginas, limpias, impolutas, pasan una a una, todas iguales. Pedro frunce el ceño y pasa el pulgar por el borde.

—No puede estar en blanco —murmura.

—Lo está —insiste ella—. Bueno… casi.

Al inclinarlo para enseñárselo mejor, algo se desliza desde el

interior y cae al suelo: una cuartilla doblada.

Los tres miran hacia abajo. Es Karim quien reacciona; la levanta y gira la pequeña etiqueta entre los dedos. En la parte superior, en letra fina, aparece una línea casi borrada por el pegamento:

Titolo originale: Il nome della rosa. Postille a Il nome della rosa.

Pedro frunce el ceño.

—Eso es italiano, ¿no?

Tarda un segundo más en responder.

—Sí —dice al fin—. Es el título original de *El nombre de la rosa*. Y las postillas son anotaciones, comentarios.

Pedro vuelve a mirar el libro.

—Pero aquí no hay nada escrito.

Teresa sostiene la mirada esta vez.

—Eso parece.

Karim vuelve a abrirlo, casi con ansiedad, como si esperara que hubiera algo más; acerca otra vez la etiqueta a la luz del flexo del mostrador.

—Espera.

Hay otra línea más, todavía más pequeña, casi al borde:

Primera edición en esta colección: febrero de 2005. Segunda edición en esta colección: septiembre de 2005. Tercera edición en esta colección: octubre de 2006.

Pedro niega con la cabeza y mira la hora.

—Tres ediciones… ¿De qué exactamente?

Febrero. Septiembre. Octubre. Demasiada insistencia en algo que no existe.

—A veces —dice Teresa despacio—, un libro se reedita cuando tiene lectores.

Pedro mira el volumen.

—O quizá —añade, sin mirarlos— las ediciones no siempre indican lo que creemos.

—Eso es imposible —dice Pedro—, porque estamos en noviembre de 2005.

Se corrige de inmediato, frunciendo el ceño, como si hubiera hablado demasiado rápido. Pedro se encoge de hombros, intentando no sonar grotesco, queriendo irse, pensando que en cuarenta minutos estará viendo el fútbol, bebiendo un refresco y comiendo alitas de pollo grasientas.

—A lo mejor está mal impresa. Solo una acumulación de errores.

Teresa no responde de inmediato. Pasa un dedo por el borde del mostrador, muy despacio. Los mira al hablar.

—¿Y si las fechas no hablaran de nuevas ediciones, y si solo estuviera avisando de las veces que se va a intentar escribirlo?

Karim la mira.

—¿Como si alguien tuviera que intentar escribirlo?

Teresa no confirma ni niega. Solo aparta la etiqueta unos centímetros más hacia el centro del mostrador. Karim se queda mirando el ejemplar, levanta la vista, pero Teresa ya se ha girado. Le parece extraño que tenga que preocuparse ahora de quién tiene que escribir el libro.

No se demora en mirar ningún escaparate en el camino de vuelta, tampoco quiere correr; se acuerda de la cara que le puso Pedro al hacerlo. Pedro le comenta, dos o tres veces, que llevan el ritmo alto, que serán menos de dieciocho minutos, que deberían ser exactos. *Bastante que no corro*, piensa en cada cruce de peatones que no se para.

Se despide con un «si quieres paramos dos o tres minutos, así tardamos los dieciocho que te gustan», pero Pedro solo le sonríe y le

da un pequeño golpe en los hombros mientras le dice que no hace falta. No espera al ascensor; corre, salta los escalones de dos en dos o de tres en tres hasta su casa. Tira la bolsa y le cuenta a Sara que tienen que escribir el libro, que está en blanco y que se espera que lo hagan ellos. Por fin tiene claro que el libro tiene que ser suyo y deben escribirlo ellos. Sara solo lo mira, se aparta los pelos de la cara y termina contestando:

—Yo soy muy buena contando cuentos, no te preocupes.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
PEDRO

Cuando lleva días sin llover el aire me parece tan espeso que imagino que se queda detenido entre los huecos de los edificios. Como si pudiera moverse, agitarse, como las alfombras de mi casa cuando las sacudían con una raqueta de tenis de mi hermano. Podrían soltar tanto polvo que las tiendas quedarían cubiertas y nadie podría ver los escaparates. Aun así, las fruterías siguen abiertas, sacando cajas a la puerta; los chinos siguen horneando pan congelado que se pone duro en horas, y todos vamos deprisa, sin mirarnos. Ha sido una siesta tan larga que he sudado por la nuca todo el alcohol que me quedaba en estas tres semanas sin beber.

—¿Otra vez tarde?

Se encoge de hombros y mira hacia atrás, hacia la puerta de la biblioteca, antes de cruzar la calle.

—No es eso.

—¿Entonces?

Karim tarda en responder. Mira las persianas medio bajadas de las tiendas, el polvo suspendido en la luz naranja de unas tardes cada vez más cortas.

—El libro ha vuelto a cambiar.

Suelto un bufido que intento disimular. A veces tan adultos, otras tan niños.

—Pero si estaba en blanco hace unos días.

—Ya. Por eso.

Un semáforo en rojo. Un repartidor pasa demasiado cerca del coche.

—¿Qué ha hecho esta vez? ¿Te ha escrito una carta?

Silencio. Un coche acaba de saltarse el semáforo y hemos tenido que frenar al llegar al paso de peatones.

—A mitad de la tarde estaba al revés.

—¿Al revés?

—Cuando llegué, lo moví. Lo dejé recto, muy bien puesto.

—¿Y si lo han vuelto a prestar? ¿O alguien lo ha estado hojeando?

Lo miro de reojo.

—Nadie miró la mesa de novedades durante toda la tarde.

—¿Y Teresa?

Karim niega con la cabeza.

—Teresa tiene turno de mañana desde hoy.

El semáforo cambia. Avanzamos entre motos y gente cruzando sin mirar.

—Entonces lo han tomado prestado sin que te dieras cuenta. La memoria falla.

Pasamos junto a la papelería del barrio. El dueño barre el polvo hacia la alcantarilla. Miro la ciudad seca, las ventanas abiertas sin corriente, la gente andando deprisa. Ya suena el teléfono, mi recordatorio diario de que sigue en el bar bebiendo, jugando al tute o al dominó, y de que quiere recordarme que lo he abandonado, como se abandona a quien no se quiere. Pero al pensarlo, al intentar sumar un día más, me doy cuenta de que, por primera vez, he perdido el número de días que mi padre lleva llamando. Entonces lo dejo caer, lo suelto, sin avisarle:

—No sé si podré seguir viniendo a recogerte.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
TERESA

La mirada de hace unos días no tenía historia ni terminó de convencerme. Al momento sí, una subida desde algo en el estómago, que te miren y te sostengan la mirada. Tener la atención de alguien, saber gustar. Debería haber sonreído y preguntado un «qué». En la ducha dejo que el agua caiga un poco más de lo necesario; ese es mi vicio y ahora nadie me dice que apague el agua caliente. El vapor empaña el espejo; me gusta no verme del todo. Ayer alguien me miró como si todavía pudiera empezar algo. Yo lo noté y disimulé, pero también me di cuenta de lo fácil que puedo ser de conquistar.

Cierro el grifo. No quiero empezar nada. Mis pajaritos en la cabeza, la fácil ilusión, la espera de atención. Ya no es solo esa leve y olvidadiza mirada que nos damos a extraños que tardan días en desaparecer de nuestras vidas. ¿Cómo es un adulto al que, de pequeño, se le pidió que no hiciera ruido ni molestara?

En la cocina, preparo el café en la cafetera italiana, que enseguida empieza a sonar, leve, repetitivo. Me apoyo en la encimera mientras espero. Pienso en lo fácil que sería decir que estoy cansada, que lo nuestro pesa, que quizá sea mejor dejarlo antes de que se oxide del todo, que un plato roto nunca se pega bien.

Pero no es eso. No quiero un amor nuevo que todavía no sabe dónde fallar. Prefiero el que ya conozco cuando falla. Ni siquiera quiero los pajaritos que me miran tres segundos más de lo debido.

Marco su número antes de pensar en ello demasiado. Marcos tarda

en responder, y cuando lo hace suena con su tono distante.

—¿Ha pasado algo?

Siempre empieza así la extrañeza de un amor acomodado.

—No.

Oigo una puerta al fondo. Voces que no reconozco. Solo quiero decirle una cosa.

—He estado pensando. Podríamos intentarlo otra vez.

El café empieza a rebosar, solo unas gotas, y mancha la vitrocerámica. No lo aparto, pero apago el electrodoméstico. Caen tres o cuatro gotas más antes de que el café deje de subir.

—Teresa… Si es por el dinero, se consigue. Puedes volver a la empresa de ascensores. O a otra. Antes sabíamos entender que nos sobraban los motivos.

Respira hondo.

—Teresa, no quiero que sigamos en un modo automático.

Miro la mancha de café expandirse, oscura, lenta. Ahora sí aparto la cafetera, la abro y saco su taza favorita del menaje que tengo apartado.

—No es costumbre. Sabes que quiero, que nada me colmaría más. Sé que no quieres pedir el dinero; lo que no sé es si volveré a trabajar arreglando ascensores.

Y no lo es, pero no voy a interrumpirle hoy que hay más que monosílabos. La costumbre es otra cosa. Es quedarse sin sentir nada. Y yo todavía siento. Cuelgo antes de que lo estropee todo.

Limpio el café esparcido por la vitrocerámica con un paño húmedo. Queda una sombra que no se va; no parece quemada. Tengo turno de mañana con Clara, quiero llegar a tiempo.

Dudo qué abrigo elegir. Clara llegará tarde, como siempre, con el café temblando en la mano. Vendrá acelerada, sabiendo que ayer

cerró y que hoy le toca casi abrir. Notaré sus ojeras, el olor a acondicionador del pelo y la piel llena de vaselina. No saluda, solo espeta:

—Ayer estuvieron dos niños preguntando por lo del misterio, unas cajas y un libro en blanco que había cambiado de sitio, solo —dice.

Asiento. «¿Dos niños?», pregunto.

—Soy yo quien quiere saber qué hacen dos niños preguntando por ti.

Suena mi móvil. Le digo que espere solo con la mano. Contesto rápido, antes de apartarme hacia el pasillo de Historia. Entre estanterías, el sonido se amortigua. Es la segunda vez que me llama en el mismo día.

—He llamado a la empresa —dice Marcos, sin saludo—. Necesitan a alguien. Podría incorporarme el mes que viene.

Paso el dedo por el lomo de un libro que me deja polvo en la yema, la miro y soplo. No deberíamos dejar que acumulasen tanto polvo.

—Vale —digo.

—No significa que renuncie a escribir.

No creo que sea el momento de añadir más. Desde la sala de lectura Clara carraspea, la noto exasperada. Vuelvo en un segundo; limpio el dedo en el pantalón. Sigue intentando ordenar su bolso; debe buscar algo. Ni me mira; se queja de dos niños.

—No van y me dicen que si no hay misterio, que les dé las cajas para resolver lo de la familia que donó los libros y que tendría que solucionar yo lo del libro en blanco. No dejaron de presionar para que les diera el libro en blanco, que tenían que escribir ellos.

Cajas. Ordenar. Darle forma a lo que otros dejaron revuelto. Contrariar. Hacer pensar. Clara termina de encontrar su cartera, la sostiene triunfante, sonríe mientras se acomoda en la silla. Enciende

el ordenador, teclea su usuario; la contraseña no es la correcta. Grita, bufa algo irreconocible, mezcla de hastío y rugido de león. Tengo que asegurarme.

—¿Se las diste?

Limpio el dedo en el pantalón, le recuerdo su contraseña, que es la misma que la mía. Me dice que no importa, que ya entró con mi cuenta, que me ocupe yo de llenarles a los niños la cabeza de pajaritos. No puede evitar soltar:

—¿Quieres que mañana por la tarde, cuando los vea, les dé pistas secretas?

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
PEDRO

Ni siquiera sabía que mi madre tenía un correo electrónico, ni siquiera sabía usar un ordenador. Me aparece una imagen irreal en la que lleva el pelo recogido, siempre tirante. Los modales exagerados en la mesa, dando a entender que, aunque fuera de una aldea extremeña, ella sabía comportarse. Su gusto por cierta literatura, leer como rebeldía, como vía de escape con esos libros que hablaban de otros mundos. Su manera de escapar de los cerdos fue a través de las novelas.

Porque en su casa había cerdos, barro y un olor que se pegaba a la ropa. Luego llegó el enamoramiento con un bala perdida: un borracho mujeriego, adicto al juego. Eso no estaba en los libros que leía: tragaperras, cartas, apuestas. Toda novela, todo amor, son solo una gran mentira que se hace pasar por una pequeña verdad.

A veces me pregunto si pensó que podría cambiarlo. Si creyó de verdad en eso, o si solo era otra forma de escapar. Otra puerta para salir de aquella casa donde había que limpiar todos los días. Cuando solo te llevas dieciocho o diecinueve años con tu madre, la hora de juzgarla llega muy rápido; la hora de perdonarla no sabes cuándo llegará. Si tuvo que madurar a la fuerza, o si todos esos gestos de querer tenerte atado eran producto de su propia inmadurez. En los últimos años solo le repetía una cosa: la adulta eras tú. Pero no funcionaba. Quieren hacernos creer que la madurez es algo que solo se les pide a los hijos.

Mi rebeldía fue no tocar un libro, interesarme solo por números

que nunca mienten y no dejarme querer.

Ni siquiera sabía cómo había conseguido mi correo personal. Nunca hubiera imaginado que, en el asunto de un mensaje, pondría simplemente: «Soy yo, mamá». Como si hubiera otra.

Aunque lo veo a primera hora de la mañana, no lo abro. Veo las noticias, que a esta hora se condensan en quince minutos y entran en bucle, resumiendo el mundo en solo un cuarto de hora una y otra vez. Cambian algunas imágenes, a veces la camisa del presentador, pero todo vuelve a empezar: una guerra, una bolsa que sube o baja, un temporal en algún sitio. Quince minutos y otra vez el mundo entero cabe ahí dentro.

Hoy salgo andando. Hasta Marqués de Vadillo se me hace siempre llevadero; solo es dejarse caer. La ciudad todavía está medio dormida. Algún bar, alguien paseando un perro sin prisa. En la glorieta ya hay coches, pero aún no el ruido de las horas fuertes.

Cruzo el Puente de Toledo y miro un momento el río. El Manzanares baja despacio, con poca agua; ambos tenemos que despertarnos. A veces abordo el autobús allí mismo. Depende de las ganas de subir durante media hora por calles y cuestas arriba.

Mientras espero en la parada, pienso si debería borrar el correo sin abrirlo. Está claro que no va a querer solo saludarme. Lo peor es saber que, aun así, pienso en aceptarlo y dejarme llevar por esos pensamientos. Si lo borro puede empezar a contar otra efeméride.

Mi madre no escribe para saludar. Nunca lo ha hecho. Si hay un correo, es porque quiere algo, aunque todavía no sepa cómo pedirlo. Tal vez vernos, tal vez que la escuche, tal vez solo comprobar que sigo ahí, disponible como antes.

Siempre empieza por una cita, un libro, algo que ha leído; si sabe que no lo has leído tú, mejor. Como si necesitara un salvoconducto

antes de llegar a lo que quiere, colocarte en tu sitio. Esta vez solo puso: «Soy yo, mamá». Yo debería saberlo ya. La edad solo te hace caer en la cuenta de que crecer es juzgar a tus padres; el perdón, si llega, es mucho más tarde. A veces cuando ya no están.

Pienso que lo abriré al llegar al trabajo, entre clases, en el ordenador de la sala de profesores. Luego pienso que mejor en el autobús, que lo abriré pero no lo leeré; lo imprimiré y me lo dejaré en el bolsillo hasta que, en el autobús lleno de gente y frenazos, pueda leerlo con tiempo. Luego, que da igual, que en el café de media tarde, antes de pensar qué hago con Karim, si debería seguir acompañándolo.

Mientras no lo abra, en realidad no ha pasado nada ni una nueva cuenta.

El autobús tarda. Dos personas también miran sus teléfonos. Nadie parece tener dudas sobre si debe leer los mensajes que recibe. Me siento al fondo, junto a la ventana. Madrid pasa deprisa detrás del cristal del autobús: una frutería que está levantando la persiana, un hombre con chaleco amarillo barriendo la acera, dos estudiantes con las mochilas abiertas buscando algo dentro. Intento mirar hacia fuera, pero sé que, en realidad, estoy pensando en el correo. «Soy yo, mamá». No pone nada más en el asunto. Entre la gente, veo un abrigo azul que desentona con todos los tonos apagados. A esta hora de la mañana casi todos llevan el mismo color: abrigos oscuros, pasos rápidos de quienes ya llegan tarde. Lo sigo con la mirada sin pensarlo demasiado.

A ratos desaparece entre los demás, detrás de hombros y capuchas. Lo pierdo y lo busco otra vez. Pulso el botón de parada, casi sin darme cuenta. No sé muy bien por qué sigo pendiente de ese abrigo, tal vez porque camina sin prisa.

Cuando la persona se gira un poco, lo justo para dejar ver el perfil, la reconozco: la bibliotecaria. Me quedo mirándola un instante más. Dudo si golpear el cristal. El autobús se detiene y bajo, apartando a todos.

—Cualquiera diría que no te ve nadie.

—¿Perdona?

—El abrigo. No hay muchos azules a esta hora.

—Ah… pues no sé. Imagino que gracias.

—¿Ya vas para la biblioteca?

—No. Voy a tomar un café.

—Me apuntaría encantado, pero tengo clases.

Se ríe. Se ríe con los ojos, escondiendo un poco la cara bajo el abrigo. Se ríe, sujetando el bolso con ambas manos y ajustándolo bien contra su cuerpo. Se despide, excusándose, extrañada, y añade, al girarse:

—Quizás otro día. Mañana tampoco puede ser, quedé con una amiga.

Estoy a punto de decir: «Claro, cuando quieras», pero al final solo le guiño un ojo, levantando la ceja y apretando los labios. Apuro, me va a tocar llegar sudado, beber mucha agua y que me esperen unos minutos antes de dejar de jadear y empezar las clases. No me paro a saludar a nadie en la puerta del instituto. No intento averiguar por qué todos llevamos la misma cara larga de las mañanas. Diez minutos hasta la sala de profesores. Siete, si voy rápido. Tres para encender el ordenador. Un minuto para abrir el correo. Unos segundos para leer en diagonal hasta encontrar la frase que busco: «Tu padre está intentando decirte que está grave. Responde el teléfono cuando te llame».

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO
KARIM

Lleva algunas tardes ensimismado mirando el libro, buscando alguna pista oculta en la portada. Ayer volvió a estar colocado en el expositor de novedades, como si nada hubiera pasado. No sabe si es por ese fondo que recuerda a tonos antiguos, a papel envejecido o, quizá, a piedra erosionada con el paso de los siglos. Ha conseguido memorizarla; a veces, cuando ya termina lo pendiente, se pone a dibujarla. Inventa personajes y situaciones, y nunca los colorea.

Trae consigo unos folios reciclados que le han sobrado del examen de matemáticas del viernes pasado, donde Sara ha dibujado una historia sobre un gato que no tiene miedo. Pero a él no le convencen: eso no va con un libro, son solo dibujos y no hay texto; se ven solo ellos dos, un paisaje con un puente y un río con un azul extraño. Además, ha puesto su nombre mal escrito, «Kachim», y se ha olvidado de la erre que tanto le cuesta pronunciar.

El suyo, junto a un sol, sí lo ha escrito bien. No quiere tirarlo; sabe lo que le ha costado hacerlo estas tardes. Se le ocurre que quizá no sea para un libro en blanco, donde se presupone un texto bien escrito, así que va a la sección infantil, disimula y toma un ejemplar de un cuento que tiene un burro en la portada. Cuando se va la pareja que ha entrado con una niña más pequeña que su hermana, a la que han intentado leerle algún cuento sin mucho éxito, se acerca al libro que han dejado en el carrito de devoluciones y mete entre las páginas el cuento de su hermana, deseando que algún niño sepa

valorarlo.

Falta algo y lo sabe. Se aburre sin Teresa, y eso que ayer lo acompañó Sara desde la mitad de la tarde. Dibujó; intentaron que Clara le diera algún libro de cuentos; no molestaron; no hicieron casi ruido. Se le ocurre una idea: si este libro no dice nada, quizá haya otro ejemplar en la biblioteca que le dé más pistas.

Clara está al teléfono, apoyada en el marco de la ventana. Karim la observa de reojo, intentando no molestarla.

—Sí, sí… tengo aquí a tu amigo preguntando por ti —dice Clara, con la voz baja, como si no quisiera que nadie más escuchara—. Listo, nos vemos en la cafetería donde siempre vas. Mañana, antes de entrar a trabajar.

Vuelve a colgar y se gira hacia Karim, quiere saber qué necesita.

—Si no estás muy ocupada, ya sé que no me das las cajas para ordenar, pero puedo pedir un libro de préstamo… no, no tengo el carné, pero sé que me lo hizo Teresa.

Solo es un joven pidiendo un libro; solo quiere entretenerse; cada tarde está solo. Teclea despacio, con las uñas largas. Solo hay un ejemplar, pero no está disponible. Pregunta quién lo tiene. Sabe los nombres de todos; le suena en cuanto se lo leen en voz alta, lo tiene escrito en una solapa de metal en su pecho. *Tiene lógica,* piensa Karim de inmediato.

Camina hacia el conserje, la bolsa en la mano, y lo ve: el libro está sobre la mesa, abierto, con la luz de la tarde cayendo sobre la ilustración de la biblioteca.

—Aquí está —dice el conserje, señalando la página—. Mira, esta es la abadía. Observa cómo están los pasillos, las estanterías… todo está dibujado con detalle.

Karim se inclina sobre el libro, contempla la ilustración: las

vidrieras altas, la luz entrando en ángulos imposibles, las pilas de libros, las escaleras que suben y bajan como un laberinto. Pregunta por dónde va leyendo.

—A ver, llevo muy poco. Me cuesta avanzar —dice, pasando los dedos por el borde del libro, rozando el papel gastado.

—A mí me pasa con *Viaje al centro de la Tierra*. Casi lo dejo tres veces —responde, apoyándose en el respaldo de la silla.

—Bueno, pues… Esto empieza con un monaguillo que ya es viejo y cuenta algo que le pasó de joven. —Karim señala un detalle del libro que le llama la atención—. Va contando sus recuerdos, o algo así.

—¿Sus recuerdos? No entiendo.

—Sí, que cuando era joven fue con su maestro a una abadía famosa por su biblioteca, Guillermo de Baskerville, muy listo. Se fija en todos los detalles.

—¿Son dos siempre?

—Sí. Después de un viaje largo, llegan a una abadía en las montañas de Italia. Es invierno; hace frío y el monasterio aparece desde lejos como una mole enorme.

—Como la primera vez que vi esta biblioteca.

—Puede ser. Y ya desde el principio Guillermo los impresiona. Algo con un caballo, con huellas… demuestra que observa lo que los demás no ven. Y también les dejan muy claro que allí hay normas: horas para rezar, para trabajar y para leer.

—Como aquí: los horarios de abrir y cerrar, o no poder hacer ruido.

—No deja de ser un sitio lleno de normas —responde, inclinándose hacia adelante, como si temiera que alguien los escuchara—. Ese mismo día, el abad les explica por qué los ha

llamado. Un monje podría desaparecer pronto y no saben muy bien cómo evitarlo. Quieren que Guillermo observe y diga qué piensa.

Karim siente una brisa recorrer la biblioteca y una sombra cruza el extremo de la mesa. Traga saliva; nota un escalofrío que le sube por el cuello. Termina susurrando:

—Algo extraño.

Mira el libro otra vez. Hay un símbolo grabado en relieve en la esquina de la página, casi invisible. Se inclina más, intentando descifrarlo mientras la luz cae en ángulo sobre las letras.

—Alguien va a desaparecer.

Recoge la bolsa con cuidado, mira el despertador: ya debe de estar su guardaespaldas fuera. Necesita su Adso, tiene que convencer a su madre de que él se encargará de cuidar a Sara por las tardes.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE
KARIM

Ya es viernes. Quería que la semana pasara rápido. Lleva unos días intentándolo: le va preguntando, pero no le da información nueva. No sabe por qué el libro ha desaparecido de la mesa de novedades. Lo va a volver a intentar. Hoy lleva a Sara con él; Javier dijo que siempre eran dos, el más joven era un monaguillo que perseguía a su maestro por la abadía.

—Tenemos que buscar pistas.

—¿Qué son «pistas»?

—Son como cosas que nos van a decir dónde están las otras.

—¿Y leemos un cuento?

—Y a la vuelta, cuando venga el guardaespaldas, te sigo contando el del gato.

—¿Va a caminar con su hermano por la calle?

—Claro, eso le encanta.

Antes de llegar a la esquina, le avisa del vendedor de la ONCE. Está siempre allí, apoyado en la pared. No le gusta que pasen a su lado sin saludar ni que se queden mirándolo, ni las risas porque lo distraen. Le dice que lo primero que hay que hacer es fijarse en la bibliotecaria. Le cuenta cómo van cambiando los turnos, que hoy está Clara, que no le gusta tanto que estén por la biblioteca, así que tienen que mirar sin ser vistos. Solo le dice que no le gustan los niños, se lo hace notar cada tarde en que está él.

Sara entorna los ojos y solo le pregunta:

—¿Así?

Se lanza a correr.

—¡Quiero ser la primera en ver a la bibliotecaria a la que no le gustan los niños!

Vuelve a entornar los ojos y se pone a buscarla detrás de las estanterías, intentando no ser vista, y se mete entre las mesas y las sillas. Sigue mirando. No ve a nadie. Solo unas cuantas personas mirando libros y una en el mostrador. Alguien vuelve del baño.

Sale un hombre. Se fija en su bigote, bien tupido, en su pelo despeinado, medio rizado y canoso. Está ordenando unos papeles detrás del mostrador. Abre tanto la boca que se le escapa un «ay».

Corre de vuelta para buscar a su hermano. Le anuncia:

—¡No es una chica! ¡Es un hombre!

Se sienta justo en la mesa de enfrente, pero detrás de unas estanterías. Ya ha empezado a desaparecer gente de la biblioteca, como le anunció Javier. El libro no está; por más que mira en el expositor de novedades, no lo ve. Para ver el mostrador, tiene que asomarse. Por momentos, se levantan y pasean disimuladamente. Matan el tiempo con los deberes y Sara saca una ficha que tiene que colorear. Karim ya le ha explicado que deben ir acercándose poco a poco; solo que cada vez que cambian de mesa lo hacen agachados. Hay pocas personas y no quieren que los vean.

No se espera que entre a la biblioteca Pedro; no es su hora, comprueba en el despertador. Enseguida le dice a su hermana que es su guardaespaldas. Pedro echa un vistazo por la sala, pero no los localiza. Se asoma al pasillo. Lo ven acercarse al mostrador y hablar con el hombre del bigote.

Sara dice que sabe leer los labios, que lo ha visto en unos dibujos y que solo necesitan un aparato para hacerlo.

Karim dice que no y, además, duda de que sea buena idea

acercarse. «Lo mismo son aliados y quieren echarnos», le susurra. Sara hace amago de levantarse, pero no le deja. Le avisa que aún no sabe quiénes son los malos de la historia.

—Solo hay que esperar.

Cuando Pedro vuelve a girarse y echa un vistazo general, los dos se meten otra vez entre las estanterías. Miran por los huecos que dejan algunos libros y ven cómo sale de la biblioteca.

—Aquí pasa algo raro —dice Karim en voz baja—. La única pista que tenemos es el guardián. Debe saber dónde está nuestro libro en blanco.

Duda sobre si dejar a Sara allí. Solo van a ser unos minutos. Mira alrededor: nadie parece fijarse en ellos.

Hablan un momento, se ponen de acuerdo y deciden que ella terminará de colorear la ficha, sin olvidar seguir vigilando al perverso bibliotecario.

—Si pasa algo, gritas como aquel día en el parque.

Sara asiente muy seria; parece decir: «No te preocupes». Le da un beso antes de irse.

En cuanto el bibliotecario se vuelve a meter en el archivo, regresa a la entrada. Mira dos o tres veces hacia atrás, pero Sara está dibujando; no le parece preocupada por quedarse ahí sola un rato.

Por fin encuentra al guardián. Le cuenta que no está el libro en blanco en su sitio, le pregunta por dónde va leyendo.

—Lo que sé es que ahora mismo han entrado en la biblioteca.

—Como nosotros.

—No dentro de la biblioteca, no en la zona de lectores. Ya habían notado que ahí no había libros y que tendrían que estar almacenados en algún sitio.

—Claro, está dentro. ¿Cómo no nos dimos cuenta?

—Una cosa más: han entrado por la noche. Por el día el bibliotecario no los habría dejado adentrarse.

Karim lo ve complicado. Quizá, si viniera Teresa, podría pedirle que le dejara entrar un rato. Se marcha, no quiere dejar a Sara sola tanto tiempo, aunque sabe que, con ese grito tan agudo que tiene, no habría problema para escucharla. Sigue contándole detalles, sobre un ciego que no le gusta la risa. Karim sabe quién es, suele ponerse en la puerta de la biblioteca. «Hay una cosa más», le dice al irse.

—Por dentro es un laberinto. A oscuras, no tienen cómo orientarse.

CAPÍTULO CUARENTA
TERESA

Son las ocho y media de la mañana. Estoy en la cafetería de siempre y he pedido mi sándwich. Solo le he recordado que el queso estuviera derretido por completo, como si me estuviera comiendo una pizza. Mi rutina: saber qué esperar; saludar al encargado, ya mayor, que siempre me habla de su hijo, el que hace las tardes. Dice que prefiere servir café a las cervezas. Tiene los ojos cansados, pero un porte vivo y decidido. Se pasea entre las mesas y se acerca con discreción. Se pone a limpiar la mesa antes de preguntar.

—¿Está todo bien, señora?

Sonrío al verlo tan animado, lleno de energía. Entre las dos y las cuatro, el local queda casi desierto; a veces aprovecho para comer algo. Entonces camina con aire distraído; los camareros apagan algunas luces y él se desliza poco a poco en una especie de inconsciencia: cuando se queda solo, se duerme en la trastienda hasta que llega su hijo.

Me ha llamado «señora»; se lo haré saber.

Van llegando algunos clientes: empleados, estudiantes, personas solitarias. Piden café, barajan cartas, murmuran entre ellos. Hacen un ruido irregular que no me molesta. Yo vengo sola a esta cafetería. Me siento cerca de la ventana, observo a la gente que pasa y dejo que el tiempo avance lentamente mientras termino mi café.

Miro lo que nos queda de saldo, miro para pedir algo más o dejarlo así, un capricho de un momento compartido con Clara.

Para no darme cuenta de que llevamos dos años viviendo solo de mi sueldo, justo, sin florituras, sin fines de semana en hotel mirando el amanecer, sin cenas eligiendo algo de la carta. Dos años endeudados, pagando a plazos, para nada. No me he quedado embarazada, él no ha sido padre y solo hemos conseguido distanciarnos entre una deuda con intereses que pagar. Ayer llamé yo. Hoy llama él. Ayer nos dimos las buenas noches. Respondo rápido, al primer tono.

—Hablé con Recursos Humanos.

No quiero interrumpir ni casi respirar, por si acaso lo fastidio.

—Me puedo volver a incorporar, pero de comercial y vamos viendo. Cuando vuelva, me pasaré por allí.

Termino el café, pero sigo sentada. Juego con la cucharilla mientras me habla de cómo va recuperándose su madre, de lo que se aburre, de lo que me echa de menos. Golpeo la cucharilla contra el pocillo, esperando que suene metálico.

Miro alrededor, sabiendo que puedo mirarlos. Uno baraja las cartas, aunque no juega con nadie. Las mezcla, las ordena, las vuelve a mezclar. Me mira, como si quisiera que jugara con él. Me pregunto si también sentirá ese mismo cansancio impreciso.

—¿Otro café, señora?

Dudo un momento. No tengo ganas de beber más café, pero tampoco de levantarme. Lo acepto. Tal vez debería irme ya, ser siempre la más responsable: la primera que llega, la última que se va, la que cubre turnos, la que siempre dice que sí, que sin problema. Pero sigo sentada porque viene Clara.

—Dígame, ¿conoce usted la pipirijaina? —me pregunta, quitándose el delantal con un gesto cansado.

Se va quitando el delantal mientras espera la respuesta. Dice que

un muchacho la pide habitualmente, que la toma en su pueblo. La muchacha del mostrador vino a avisarle; dice que era extremeño, probablemente de paso. Pero él no quiere cocinar algo sin saber antes qué es exactamente. Lo escucho mientras termino mi café. Habla con cierta gravedad, como si se tratara de una decisión importante. Me pregunta si la he comido.

—No —le digo—. Nunca la he probado.

Asiente despacio, como si mi respuesta confirmara una sospecha que ya tenía. Luego se queda unos segundos en silencio, mirando las botellas alineadas detrás del mostrador. Yo también miro alrededor. En otra época habría intentado decir algo más, interesarme, decirle que la busquemos, yo, que siempre me gusta probar comidas nuevas. Continuar la conversación. Mostrar interés por quien me hable, preguntarle y creer que también le interesa lo que tenga que decir.

Ahora prefiero distraerme viendo a los demás vivir, para no pensar en mi existencia.

Porque, en realidad, sé muy bien a dónde ir después. Pienso en la biblioteca. En lo fácil que era quedarse quieta sin que nadie preguntara nada. Karim siempre dice que las bibliotecas sirven para eso: para que la gente tenga un sitio donde esperar.

Clara llegará tarde, pero llegará.

Cuando oigo abrir la puerta de golpe, sé que ya está aquí. Se coloca el pelo, se va quitando la chaqueta antes de sentarse a la mesa y ya me está saludando. Antes de acercarse, levanta la mano y pide un café bien cargado.

—No te olvides, muy oscuro, ¿eh? —le suelta al momento.

Me da dos besos, rápidos, casi sin contacto.

—Espera, que sin el café no soy persona.

No hablo; solo la miro. Su insistencia con el camarero, cómo mueve el café, cómo comprueba la cantidad de leche, cómo sacude el azucarillo.

—Prefiero que te lo diga yo antes de que te vayas dando cuenta. De hecho, no sé si debería tomarme este café. ¿Lo pido descafeinado? ¿Lo quieres tú?

Habla sola, habla y yo escucho. No me molesta. Hay torbellinos que, mientras no te arrastran, puedes quedarte mirando cómo giran. Antes de que empiece, le cuento, le explico lo de los libros que desaparecen, lo del libro en blanco, que a veces no se sabe dónde está.

—No, Teresa. No desaparecen. No hay nadie que venga con una varita mágica y los haga evaporarse. No existen magos, princesas ni caballeros andantes. Ni libros envenenados ni laberintos dentro de la biblioteca. Entiendo lo que haces, créeme. Inventas. Así de fácil: inventas una historia mejor que tu realidad. A veces solo son pérdidas, descuidos, gente que no devuelve lo que se lleva. Lo normal en una biblioteca, sin más. Y tú vas y lo conviertes en ficción.

Tiene esa habilidad para dejarme callada. Puede que tenga razón, seguramente. Quizás exagero, quizá solo quiero buscar patrones en los que la explicación más normal es la más sencilla. Pero ¿quién quiere eso? Ficcionar la vida, al final, no deja de ser un acto de rebeldía.

Se queda callada; me mira. Ha terminado el café. Aparta las dos tazas a un lado de la mesa. Me toma las manos; las suyas sudan, las mías están frías.

—A ver… voy a tener un bebé.

«Tener». Pienso en la palabra. «Tener» es «poseer», «agarrar», «sostener». Me sigue tomando de la mano. Nos miramos. Se acerca

el camarero y nos ofrece unas porras. Amables, decimos que sí, aunque ella no debería. Va a tener algo de lo que no quería tener más.

—Marchando dos de porras para las señoritas.

Ya no soy señora. Con una amiga vuelvo a ser señorita. Creo que también voy a pedirme un cruasán, de los normales.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO
KARIM

Abren el frigorífico y hacen inventario: dos peras, tres naranjas, una cebolla y dos pimientos verdes. En la puerta queda un tetrabrik de zumo de naranja, casi vacío. Cada uno elige una fruta: Sara, la pera más pequeña; él, una naranja que empieza a mondar con el pulgar. Le recuerda que las peras siempre hay que lavarlas; Sara solo levanta la ceja, pero esta vez no contesta su clásico «ya lo sé». El zumo se lo deja a ella. Clava la pajita, comprueba que sale, y tira el plástico del envoltorio a la basura; siempre tiene cuidado de no dejarlo por ahí, porque Sara, hasta hace poco, tenía la manía de meterse todo en la boca.

Sara muerde la pera como si fuera un oso y habla con la boca llena, tanto que se le caen trozos. Él la deja. Mastica la naranja gajo a gajo, despacio, porque está pensando, y cuando piensa mastica más lento. Además, algunas veces su madre trae un regalo, un pequeño postre, quizá chuches, un huevo Kinder, y siempre pregunta si tomaron fruta para poder dárselo.

Lleva toda la tarde dándole vueltas a lo que le contó el conserje: en la abadía había un ciego, viejísimo, que cuidaba los libros, pero que había uno que no quería que lo leyeran porque no le gustaban las risas, no dejaba que nadie entrara donde estaban guardados; el ciego se sabe de memoria la abadía y la biblioteca porque no le hace falta ver para andar por allí.

—Lo han escondido. No quieren que escribamos nada que pueda dar risa, nada de cuentos con gatos que hablan.

Sara deja la pera en la mesa, atenta. Le gusta cuando su hermano pone esa voz impostada como si estuvieran protagonizando una película.

—¿Quién?

—Hay uno que los guarda para que nadie los lea. Si él no puede leerlos, nadie puede. Por eso abajo no está vendiendo los cupones, está vigilando a los que se ríen.

A Sara le parece lo más triste que ha oído nunca; casi se le saltan las lágrimas, mira a Karim y está a punto de hacer pucheros. Un señor que guarda todos los libros del mundo y no puede leer ninguno. ¿Por qué no le pide a ella que se los lea, con lo bien que sabe contarlos? Pregunta si entonces el ciego está dentro de la biblioteca, escondido, todo el rato. Karim dice que sí, que en la parte de atrás, y por eso nadie lo encuentra, porque la biblioteca es muy grande y nadie sabe dónde puede estar.

—¿Y de noche también?

—De noche más. Dicen que por la noche todos los monjes dan paseos por la biblioteca.

Sara se queda pensando; se pone aún más triste, porque se lo imagina allí solo, sin su madre. *Claro*, piensa, *le da igual que sea de noche, verá lo mismo*. Da unos cuantos sorbos al zumo; hace ruido con la pajita al llegar al fondo.

—Pues el gato podría entrar. Los gatos ven de noche. El ciego no lo oiría.

—El gato, no —dice—. Tenemos que ir nosotros.

—¿Los dos?

—Los dos. Como el de la abadía, que iba con uno pequeño, un monaguillo.

Sara se endereza, orgullosa de ser la pequeña que va con el mayor.

Pregunta si hay brujas. Karim duda; dice que a lo mejor un gato negro, pero que eso ya se verá. Que lo importante es fijarse en todo, porque las cosas dejan rastros, y que ellos tienen que aprender a verlos.

—¿Como las migas de pan?

—Parecido.

Recogen todo antes de que su madre termine el último portal. Ahora él sabe medir los tiempos como Pedro, así que tienen puesta la alarma del despertador a las 19:43. Esa es la hora a la que justo llegó su madre hace una semana, así que apura a Sara para que todo esté medianamente ordenado, al menos las dos cosas que siempre revisa su madre: la vajilla enjuagada y el suelo barrido, por las hormigas; aunque ellos nunca las vieron en el invierno de Madrid.

Junta las cáscaras, la suya y la de ella, y las tira. Pasa un paño húmedo por la mesa porque ha quedado pegajosa por el zumo. Mientras limpia, ya lo está decidiendo: mañana la lleva. No a jugar. A mirar. A empezar por la bibliotecaria, por ver quién entra y quién sale, por aprender a no ser vistos.

—Mañana vamos a resolver el misterio.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS
PEDRO

Llueve desde ayer noche, justo cuando dejé a Karim y a su hermana en su portal. Ahora tengo que llevar a dos. Miro cómo y cuántos van entrando: tres saludan, dos miran hacia abajo, cuatro hablan entre sí, uno me pregunta si hay examen, el resto pasa sin mirarme. Ya van dieciséis. Faltan ocho. Está tan oscuro que las farolas siguen encendidas; un día sí y otro no llevan así toda la semana. Dejo el dedo sobre la pantalla. Lo bajo. Lo vuelvo a subir. No llego a pulsar nada.

Desde el aula, a través de los cristales, se ven las líneas de lluvia cayendo rectas, sin viento. El patio está vacío; hay algunas zonas donde el agua se acumula sin llegar a formar charcos. Miran la ventana, lo más interesante de sus días; su recreo puede que no llegue, y ahí acabará este silencio pactado cuando les digamos que mejor no salgan, que se queden en la cafetería o bajo ese minúsculo soportal; cuando algunos obedecerán y otros volverán empapados del recreo, y ya se liará con los «sécate antes de entrar en clase» y los «me has mojado».

Noto el hueco, lo noto en el eco de las voces. Hay varias sillas libres, más de las que debería haber a estas alturas del curso. Se nota en los huecos entre mesas, en lo fácil que es moverse, en cómo el sonido de la tiza contra la pizarra dura un poco más, como si rebotara.

La lluvia marca el cristal, constante. La tiza suena en la pizarra y todos bostezamos.

Empiezo por lo previsto y avanzo poco a poco. Números en la pizarra, operaciones sencillas, lo que toca ese día. Pregunto por dudas de la clase anterior; nunca hay. Pregunto por quién tuvo dificultades para terminar los deberes; nadie las tuvo. Pregunto si alguien sabe por dónde nos quedamos y qué creen que deberíamos trabajar hoy; nadie sabe nada.

Escribo despacio en la pizarra, siempre hablando de lo que voy haciendo, intentando que no se pierdan, dejando espacio entre líneas. Dejando segundos, minutos entre pasos. Copian sin prisa. Algunos apoyan toda la mano sobre el cuaderno; otros fingen hacerlo.

Un trueno. Me quedo un momento con la tiza en el aire, sin girarme. La tiza deja una pequeña marca al detenerse. Bajo la mano y sigo escribiendo como si nada. Borro con la palma, la manga de la camisa se mancha y no la limpio.

Dos golpes suaves en la puerta, separados, sin insistir. Karim llega tarde. Abre lo justo, apenas un hueco, y asoma primero la cara. Pide perdón antes de entrar del todo. Está mojado, el pelo pegado a la frente, la sudadera oscurecida en los hombros y en las mangas. La bolsa de plástico está empañada; lleva agua en su interior. Deja una marca en el suelo, una línea húmeda que tardará en desaparecer. Se queda de pie junto a la puerta, sin avanzar.

Empieza a hablar sin que le pregunte; eso sí, muy bajito. Dice que su hermana se quedó dormida. Que tiene que llevarla a Madrugadores. Que no encontraban el bonobús. Que el metro iba lleno por la lluvia. Lo dice seguido, sin pausas largas, sin mirarme del todo, a veces al suelo, a veces a las mesas. Nadie en la clase se gira; la tormenta suena tan fuerte que los tiene hipnotizados.

Miro el reloj. Luego, en clase, nadie presta atención a la escena.

Vuelvo a mirarlo.

—Pasa.

Entra rápido, cierra la puerta con cuidado, se sienta en su sitio. Abre el cuaderno con una mano mientras, con la otra, busca el bolígrafo en su estuche infantil. Lo encuentra, lo saca e intenta copiar sin levantar la cabeza. El cuaderno está casi todo húmedo; pasa páginas hasta que, en medio, da con algunas más secas. Las arranca como si no pasara nada y continúa copiando. Yo vuelvo a la pizarra.

—Vamos con el siguiente paso, una vez que tenemos la equis despejada.

Sigo escribiendo. Camino entre las mesas, les marco errores, solo señalando con el dedo, solo les susurro un «fíjate aquí». A los que están disimulando que siguen las clases, solo les miro el cuaderno y los dejo; puede que algunos terminen negándose a los siguientes ejercicios. Camino despacio, sin detenerme demasiado en ninguna. Me inclino sobre un ejercicio, corrijo un signo con el dedo, dejo una pequeña marca de tiza sobre el papel.

—Aquí, Karim. Sigue desde este paso.

Paso lista sin mirar demasiado. Faltan varios nombres seguidos. Marco ausencias una detrás de otra. Paso páginas. Cierro la carpeta. Camino otra vez entre las mesas. Me detengo junto a Karim; señalo el cuaderno con el dedo.

—Eso no.

Borra rápido, con la goma pequeña, dejando restos sobre la hoja. Sopla sin levantar la cabeza. Vuelve a escribir, inclinándose aún más sobre el papel. Sigo caminando, paro en otra mesa, hago una corrección, señalo una línea, asiento.

Sigo andando, paso por la última fila, giro, vuelvo hacia la mesa. Tomo el móvil, lo desbloqueo; la pantalla se ilumina durante un

segundo más de lo necesario.

Regreso a la pizarra. Trazo una línea larga de un lado a otro. Marco dos puntos y subrayo uno de ellos. Me aparto un poco.

—¿Se entiende así?

Algunos asienten sin mirar; otros siguen copiando. Uno levanta la vista un momento, hace un gesto con el brazo y vuelve al cuaderno.

El sonido de la lluvia no cambia. Miro el móvil. La última llamada fue el viernes, de mi hermano. El pulgar se queda sobre el botón de llamada. Quizá, entre los dos, seamos capaces de solucionarlo. Tendrá que volver de su querida Suiza.

Al cambiar de clase, salgo al pasillo. Los pasos resuenan más. Una compañera se acerca y vuelve a decir lo de la junta de evaluación: que no se me olvide que han cambiado la hora. Asiento sin detenerme; sigo caminando mientras habla. Otra comenta que ya están poniendo luces de Navidad en el centro, que este año han empezado antes, que luego todo se adelanta. Alguien dice que es pronto. Paso junto a ellos sin pararme. Habrá que irse a ver el encendido; qué pena que algunos de nuestros alumnos no lo vean, comentan.

Levanto una ceja sin frenar el paso. Sigo hacia el aula.

Vuelvo a entrar. Dejo otro ejercicio en la pizarra, más largo que el anterior. Me apoyo un momento en la mesa con la mano abierta. Miro hacia las ventanas. La lluvia sigue igual, marcando líneas finas en el cristal, todas paralelas. Enciendo el portátil en un breve *impasse*; quiero fotocopiar unos ejercicios que preparé el domingo por la tarde; los voy a llevar en el *pendrive* y, desde la sala de profesores, dejarlos preparados para tercera hora. Lo enciendo, abro el correo; aparecen varios mensajes, lo cierro sin abrir ninguno y lo guardo en el cajón de la mesa.

—Sacad la ficha de la semana pasada; vamos a terminarla hoy.

La mañana avanza así, sin cambios visibles. Entra un grupo, sale otro. Repito la explicación varias veces, con pequeñas variaciones. Borro la pizarra, vuelvo a escribir, cambio de color de tiza, vuelvo a borrar. Recojo las hojas que me dejan en la mesa; dejo otras encima de los pupitres. Devuelvo cuadernos, señalo errores con el dedo, digo cosas cortas, apenas levanto la voz. A veces me detengo un segundo mirando hacia la ventana y luego sigo. El sonido de la lluvia sigue igual del otro lado. Saco el móvil del bolsillo, lo dejo sobre la mesa. Lo vuelvo a mirar apenas unos segundos más tarde. Busco el contacto de mi madre. No pulso «llamar». Apago la pantalla. Lo dejo en el cajón de la mesa.

Al final de la última clase recojo despacio. Guardo la tiza en la caja; cierro la tapa con un pequeño golpe. Borro la pizarra con movimientos largos, de un lado a otro, varias veces, hasta que apenas quedan marcas. Paso la mano por la superficie y saco algo más de polvo. Apilo unos papeles, los alineo golpeándolos contra la mesa, ajusto las esquinas, los dejo en un lado. Cierro el cajón.

Los alumnos salen poco a poco. Sillas que se arrastran, conversaciones bajas.

Karim me espera en el pasillo. No se acerca hasta que el resto de la clase haya salido. Mira hacia la puerta varias veces.

—Profe, ¿no tendrás una linterna que te sobre?

No digo nada. Me ajusto la manga con la otra mano, miro hacia la puerta, al pasillo ya casi vacío, y vuelvo a mirarlo.

—¿Una linterna?

—Con pilas.

—Lo miro y te digo.

Me quedo un momento en el aula vacía, de pie, con la mano

apoyada en la mesa. Tomo el móvil, lo enciendo; la pantalla se ilumina, lo mantengo así un segundo, lo apago otra vez y lo guardo en el bolsillo. Salgo al pasillo y bajo a la sala de profesores. Llevo el *pendrive* para preparar la siguiente clase.

Enciendo el ordenador. Me siento. Espero a que arranque, golpeo una vez con el dedo sobre la mesa mientras miro alrededor y juego con la tapa del *pendrive*. Miro la pantalla mientras aparecen las ventanas. Muevo el ratón, abro el correo y selecciono «responder».

Tecleo, aguanto la respiración: «No te preocupes, ya lo llamo».

No quiero que llueva; quiero que ya haya llovido.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES
TERESA

Coloco los bolígrafos, tres azules y uno negro, y paso el dedo por la mesa, comprobando el borde, la continuidad, esa resistencia mínima. El teléfono vibra en el bolsillo de la gabardina; quiero responder en cuanto veo que es Marcos. Contesto avisando que estoy en la biblioteca.

—Se nota. Casi no te oigo.

—Turno de tarde.

Miro el hueco en la estantería donde falta el libro, un rectángulo más claro que no termina de integrarse. Tendré que rellenarlo con alguna novedad, algo que llame la atención.

—Mañana le dan el alta a mi madre.

—¿Seguro?

Un coche pasa por la calle y hace vibrar el cristal. Paso el pulgar por el canto de una carpeta. Dice que ya ha recuperado el ánimo, que ayer pidió una cena en condiciones, que ayer ya discutieron como siempre.

—He puesto fecha.

—¿Para qué?

—Para volver a trabajar en la misma empresa. Tengo que enviar la documentación de nuevo y firmar el contrato. Creo que puedo hacerlo desde aquí.

—¿Cuándo?

—En diez días me incorporo.

Tenemos fecha de regreso, fecha para volver a empezar. Se puede

volver a empezar tantas veces como uno quiera.

—¿Te apetece?

Abro el cajón y toco la libreta sin sacarla. Llevo una libreta donde voy apuntando los libros que quiero leer de la biblioteca, donde organizo, anoto, hago tramas y los desahogo en pequeños relatos que siempre quiero escribir, pero nunca hago. Quiero que diga que sí; lo digo, lo pienso y quiero que lo sepa.

—Tengo la libreta aquí conmigo.

—¿Ya has empezado el relato?

Y me acuerdo de sus palabras en cuanto nos despedimos, con ganas de que estos diez días pasen. De su «quien no tenga que escribir, que no lo haga; quien no lo necesite, que no empiece».

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO
PEDRO

Llamé a mi padre dos veces a lo largo del día. Caminaba por General Ricardos, esquivando charcos, a personas y bolsas de basura que el viento de esta mañana ha repartido por toda la acera. La primera vez no obtuve respuesta por mucho que insistiera. Presté atención a cada uno de los tonos y los fui contando. Llegué a diez tonos antes de que la llamada se cortara. Pensé en colgar antes de que saltara el buzón, en ser yo quien diera por terminada la llamada, en marcar yo los tiempos.

La segunda llamada la hice cerca de la ferretería. Puedo pasarme horas mirando el escaparate. Había bastante clientela, así que me quedé en la puerta, a medio entrar. Marqué su número; no lo busqué en los contactos. Su voz era solo un ruido de fondo: gente hablando en voz alta y las fichas de dominó golpeando la mesa.

Tardó un segundo en identificar quién era. Parece que aún soy un niño y me han mandado a recogerlo del bar.

—¿Quién coño llama?

—Soy yo, papá. Pedro. Tu hijo mayor.

Un silencio corto: estaría buscando en la memoria o en el vaso.

—Aquí y ahora no tengo hijos. Ni mayores ni menores. ¿Quién te ha dado mi número?

La voz se le iba por la cuneta, áspera, malhumorada. Tan carrasposa que me costó reconocerla.

—Papá, soy tu hijo.

—¿Mi hijo? No tengo hijos. Anda, deja de molestar. Y a la que te ha

dado el teléfono le dices que tampoco la conozco.

Oí cómo dijo: «Maldito hijo, ahora se acuerda, llevo llamando tres semanas antes de colgar y pedir una ficha nueva». Me quedé mirando el escaparate de la ferretería, mi reflejo cortado por los objetos de la vitrina: taladros, alicates, una radio diminuta. Un tipo con mono azul grasiento me gritó que si pensaba entrar o solo mirar. Dos jóvenes salen con una llave inglesa en las manos. Pedí una linterna, la más grande que tuviera con pilas tipo D. El dependiente me la puso encima del mostrador sin mirarme, solo tenía un modelo de ese tamaño de color rojo chillón.

—¿Pilas?

—Sí, dame unas.

—Van con tornillos de estrella. ¿Tienes destornillador?

—Ponlo también. Por si acaso.

El destornillador con mango verde es casi tan grande como la linterna. Pido una bolsa para llevarlo, dudo si pedir un par de pilas más y termino pidiéndolas también.

Cuando salí, el sol se había escondido detrás de las nubes y parecía que se pondría a llover otra vez en cualquier momento. Fui a buscar una mochila a la tienda de deportes al lado de la parada del metro. La enorme puerta acristalada chirrió al abrirse. Dentro, unos adolescentes probaban unas zapatillas de moda que dos de ellos ya llevaban puestas. Buscaba algo resistente, duradero, que aguantara bastante peso y tuviera gran capacidad de carga.

El dependiente me mostró varias mochilas en unos minutos. Le pregunto por una negra, con bolsillos de sobra, que veo desde aquí.

—¿Para viaje o para deporte?

—Para el instituto.

Se encogió de hombros. Pagué rápido, metí la linterna y el

destornillador en la mochila, con varios bolsillos que ayudan a llevar cualquier cosa para hacer deporte.

Ahora voy a hacer la tercera llamada. Al descolgar, su voz es distinta. Arrastra las palabras; cada sílaba le pesa el doble; tartamudea y titubea.

—Papá, soy Pedro.

—Pedro, Pedro… ¿Tú eres el mayor?

—Sí, papá, el mayor.

Rio, una risa hueca, como si hubiera dicho algo gracioso.

—No tengo hijos ni mayores ni menores.

—Papá, mi madre dice que estás grave. ¿Qué te pasa?

—Tengo que hacerme unas pruebas. Dicen. ¿Tú eres el de Madrid o el de Suiza?

—El de Madrid. Puedo ir a buscarte a la estación… Puedes quedarte conmigo esos días.

—Cuando llegue, te aviso. Tú ven a buscarme a la estación, ¿vale?

—Dímelo cuando llegues. O avisa a mamá.

—Eso es, eso es. ¿Tú me recoges, no?

Cuelga.

Me quedo un rato mirando el tráfico, la gente pasando deprisa, las caras cansadas. Un hombre empuja un carrito de la compra; una mujer discute con el del kiosco porque no tiene cambio. Se acerca y me pide alguna moneda; le doy lo que llevo suelto, menos de dos euros. En cada esquina hay ruidos distintos: una persiana bajando de golpe, un camión dando un frenazo en el paso de peatones, el grito de un vendedor ambulante que anuncia que son las últimas unidades. Todo mezclado, como si la ciudad quisiera tragarse cualquier intento de orden. A veces me pregunto si él escuchará algo de este ruido, algo de vida, y si lo distinguirá del suyo. O si solo oirá

el golpe seco del dominó, el cristal del vaso, la voz de los que beben con él.

Siempre me ha costado entenderlo. Pero cuando cuelga así, cuando niega lo que es evidente, siento que lo llevo dentro más de lo que quisiera.

Sigo andando. Huyo del ruido y, a la vez, lo busco. El tráfico, los gritos, las peleas de fondo. Hay algo familiar en este caos, como si solo aquí pudiera caminar sin pensar.

La linterna abulta bastante, incluso en esta mochila. Paso por la plaza, esquivo a un grupo de chicos que juegan al fútbol con una botella de plástico. Un coche frena en seco; suena un insulto. Portales desconchados, locales cerrados, fachadas sucias. Los bares de siempre, reconozco el olor antes de llegar a la puerta. Mis pies saben el camino mejor que yo.

Quizá mañana vuelva a llamar. Quizá conteste más sereno; quizá podamos, al menos, entendernos y acompañarnos en esos días que pasemos juntos en Madrid. Solo eso, y después, cada uno que siga a lo suyo.

Quizás el ruido del bar tape lo poco que aún nos queda por decirnos, como siempre, y decidamos beber cada uno en el nuestro.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO
KARIM

Sale de la biblioteca deprisa, empuja la puerta y la deja mal cerrada, con un hueco por donde se cuela la luz del pasillo. Baja los escalones sin apoyarse en la barandilla. Sara intenta seguirlo y le espeta dos o tres veces que pare, que no puede ir tan rápido, pero no se detiene; tampoco se gira al pasar junto al guardián de los libros. El profesor levanta la vista cuando ya está en la puerta; tarda un segundo en reconocerlo y otro en decidirse, pero no lo sigue. No lo alcanza. Se queda clavado en medio de la acera. El puesto del vendedor de cupones está montado, pero no hay nadie.

—Adso, estoy aquí. Tienes que seguirme más rápido.

Sara aparece desde el pasillo lateral, con la mochila rosa a medio cerrar. No pregunta. Se coloca a su lado como si ya supiera que tenía que estar ahí. Salen los tres. Al principio coinciden en el paso, pero enseguida él se adelanta, se frena, vuelve. Busca a Sara con la mirada y se coloca a su altura. Le habla en voz baja sin dejar de andar. El profesor se queda unos pasos por detrás, ajustando el ritmo sin acercarse del todo.

—El ciego —dice él.

—Sigue sin estar, ni la bibliotecaria que no le gustan los niños —dice Sara en voz baja.

—Está —responde él, sin mirarla—. Teresa debe saber dónde.

Le pide a su guardaespaldas que cuide de Sara un momento. Dice que va y vuelve. El guardián de los libros le pregunta a dónde va ahora, que ya van a cerrar, y él alcanza a decir, jadeando, que solo

necesita un minuto antes de echar a correr.

La puerta del archivo sigue abierta. La ve asomarse primero. Teresa se queda apoyada en el marco, sin entrar del todo. Desde donde está, Karim no alcanza a ver el fondo; las estanterías se alargan más de lo normal. Entra un poco más. La ve avanzar despacio, rozando los lomos de los libros al pasar. Se detiene un momento. Inclina la cabeza, como si escuchara algo, y sigue.

Karim entra. De espaldas y sin volverse.

—El ciego no está abajo —dice él, como si continuara una conversación.

Teresa no responde enseguida.

—Claro que no. Está dentro, en el laberinto. Esperándote con el libro.

Karim no se acerca más. No ve nada. Intenta avanzar, pero se desorienta enseguida entre las estanterías. Ya se lo habían advertido: necesitaría una fuente de luz. Se orienta con la que entra desde donde está Teresa. Parece que sonríe cuando le desea buenas noches.

Baja despacio, un poco decepcionado. El guardián de los libros le riñe: está a punto de cerrar, lleva un manojo de llaves y le dice que no vuelva a hacerlo, que no quiere llegar tarde, tiene que recoger a su hijo. Karim no responde. Sale de la biblioteca. Oye cómo echa las llaves.

—Teresa está dentro —dice.

El guardián responde sin mirarlo, que no se preocupe, que sabe cómo salir.

—Hay otra entrada. Obvio —dice Karim en voz alta.

Desde la esquina ve aparecer a Teresa. Se acerca como si nada y le pregunta si aún sigue por allí. Karim no contesta.

Al otro lado, cruzando el paso de peatones, ve a Sara junto al

profesor. Están de espaldas, mirando un escaparate. Tarda un segundo en reconocerla.

—¡Es esta la muñeca de la que te hablé! En el colegio han dicho que es mi cumpleaños ya mismo —dice Sara, sin girarse.

El profesor tarda en contestar.

—¿Ah, sí?

—Sí. Creo que en unos días.

Se encoge de hombros. Siguen andando. Van a la par, los cuatro, hasta llegar a Marqués de Vadillo. Teresa debería tomar el metro. Pedro debería dejar a los niños en el portal y cruzar el puente.

Empieza a tararear la canción que le enseñó su amiga, la que no le comparte la merienda pero que ayer, después de volver a enfadarse y para hacer las paces, le enseñó. Pedro gira la cabeza al escucharla, extrañado.

—Esa me la sé.

—No.

—Claro que sí.

Le canta el siguiente verso. La melodía es la misma, pero las palabras no, o casi no, solo las primeras estrofas. Le pide que la repita y la escucha atento. Descubre que a este Pedro también le pican los mosquitos, pero que, en lugar de ponerle una gorra, lo dejan bailar, como sabe hacerlo.

Se quedan unos segundos a solas; Pedro se ha parado en un escaparate, Sara grita que ya es invierno, que el maniquí lleva bufanda. Pedro se gira, busca a Teresa para preguntarle si quiere tomar algo, le da motivos: si quieres conocer bien una ciudad hay que conocerla de noche.

Teresa dice que no. Primero así, sin más; luego moviendo mucho la cabeza. Luego añade que lo agradece. Karim no escucha todo, solo

fragmentos: que tiene pareja, que viven juntos, algo sobre más adelante. Habla rápido. Pedro no dice nada más. «Es complicado», oye repetir varias veces.

Karim piensa que él sí iría. Eso le encanta, lo de escaparse por la noche.

Se separan. Teresa baja hacia el metro. Pedro se acerca a Karim y le da una mochila negra, todavía con la etiqueta puesta. Le avisa que dentro está la linterna que le pidió y que no quiere volver a ver esa bolsa de plástico. Karim se queda un momento quieto, con la mochila en la mano; quiere abrazarlo, pero no lo hace. Solo comprueba, con cierta alegría, que la cremallera funciona bien.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS
TERESA

Marcos se ha llevado su portátil; obvio: necesita escribir. Se lo ha llevado, pero ya vuelve mañana y será diferente. Sin prisas ni exigencias. Quiero sorprenderlo. Sé que le puede gustar que su chica también escriba. ¿No es una forma de amar aprender lo que el otro adora? Mejor esto que ir a pescar o salir en bicicleta.

¿Dónde se empieza a escribir? Por una idea, una anécdota o una sensación. Por una historia que nos contaron y que hacemos nuestra, recordando cómo se sintió al vivirla, acercándonos desde el yo para que luego sea el de otro. Quizá sobre bibliotecas, sobre libros misteriosos, sobre libros en blanco o sobre libros con márgenes llenos de notas.

Podrías empezar contando qué haría una bibliotecaria al encontrarse con un gran misterio, o escribir sobre el desamor, la pérdida y la esperanza de que algún día alguien vuelva a cruzarse contigo en una ciudad donde ya no vive: caminando distraída, mirando escaparates; tal vez viéndote sin decir nada, deteniéndose un instante, sin querer que notes que no te ha olvidado, que sigue poniendo ese «te» al final de los correos electrónicos.

El ordenador tiene las teclas usadas; se acumulan ciertas huellas. No me gusta encenderlo ni usarlo; ya me llega con el de la biblioteca, donde tengo que usarlo a diario. Ni siquiera recuerdo haberme sentado en esta silla durante todos estos años. No me pide contraseña. Me quedo mirando ese paisaje, que parece demasiado

perfecto: una colina verde y un cielo tan azul que me parece irreal, casi irrisorio. Debe de haber un procesador de textos, pero no consigo verlo en el escritorio.

Paro unos segundos, me caliento una infusión y pico una de esas galletas de jengibre, solo una. Humea. Aprovecho para calentarme las manos; soplo. Lo dejo a su lado; hay cierto desorden y la mesa es la misma que le acompañó desde la otra casa, esa que no era conmigo. Mismos objetos en diferentes casas, mismas cosas con diferentes personas.

Localizo una carpeta llamada «Escritos». No sé si abrirla; no quiero leer nada suyo, y menos aún en algo que lleva tantos años. Tengo un plan: escoger cualquier archivo, darle a «Nuevo» y guardarlo en su carpeta de «Escritos», para que la descubra y se quede un rato leyéndome.

Le doy un trago largo a la infusión de cola de caballo y noto cómo baja hasta el estómago.

Hago doble clic. Vídeos: decenas, quizá cientos, de vídeos porno. Vídeos con nombres en inglés: *teen*, *mature*, *ebony*… Solo quiero que sean de hace años, que sean una carpeta vieja, que también arrastre de su otra vida, de su otra casa. Tiene que haber una explicación: no quiso dejarlos allí, con los libros olvidados. Ordeno por fecha; solo un clic para confirmar que el último vídeo tiene la fecha del día en que se fue.

Miro al techo, lo veo borroso, nunca fui de secarme las lágrimas, ni siquiera cuando dejo que me entre el champú en los ojos. Miro su sudadera llena de lamparones, tan gastada. Hoy mismo iba a poner una lavadora de ropa de color, a ver si se destiñe. Quizá desear no sea suficiente. Solo quiero que, en los libros que nos quedan por descubrir, en las historias que algún día contarán lo nuestro, yo sea

feliz.

No apago el ordenador. Quiero tenerlo delante, todos los vídeos ordenados por fecha. No espero a darle las buenas noches, ni a que me salude, no le digo «soy yo, tu niña».

—He abierto tu ordenador.

No dice nada. No le hace falta, porque ya sabe lo que yo sé.

—La carpeta de escritos.

No dice nada. No le hace falta, porque ya vi lo que él ve.

—No hay escritos, Marcos.

Oigo la respiración, un ruido de fondo, una puerta que se cierra. Ahora está solo; le dará vergüenza que lo escuche hablar de porno su madre.

—Teresa.

—No me digas «Teresa». Dime algo. Lo que sea. Que son viejos, que son de antes, que se te olvidó borrarlos. Dime que los últimos no tienen la fecha del día en que te fuiste.

No dice nada, porque ya lo decía el cuarto cerrado, las noches de espaldas, el calendario que solamente cumplía yo.

—¿Por eso no me buscabas?

Pero no dejo que conteste, no vaya a ser que intente contarme el cuento de la chica a la que no le gustaba su cuerpo y por eso no tenía relaciones con su pareja.

Debió de apagar el ordenador y mirar las estanterías con historias que no son suyas. Se observaría en el reflejo del monitor, con la taza en la mano. Quizá pensó que había una distancia que no habían sabido cómo acortar.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE
KARIM

La linterna no enciende. La probó anoche jugando a las sombras con su hermana: hicieron un perro, un caballo, y a todo lo que no consiguieron que tuviera una forma reconocible lo llamaron «monstruo muy monstruoso». Cuando escucharon a su madre llegar, la escondieron debajo de las mantas, pero se quedó encendida toda la noche.

Tiene que solucionarlo: empuña el destornillador, abre el compartimento y cambia las dos pilas. Le gusta que pesen tanto; hace amago de hacer pesas con ellas.

—Mira qué fuerte estoy ya.

Sara deja la manualidad que está haciendo, recortaba estrellas y lunas de papeles de colores ya usados. Las ensartaba con cuidado en una cinta rojiza, sin desperdiciar un solo trozo. Lo coloca en la mesa del salón, y lo acomoda a un lado.

—Hoy tenemos que hacer algo. Seguro que la vecina viene a darnos la cena, y en cuanto llegue, nos vamos los dos al sofá y nos hacemos los dormidos. Vamos a ensayar.

—¿Así?

Se sienta en un lado del sofá, se apoya con el brazo y aprieta mucho los ojos.

—No, relajados.

Se pone a su lado. Cierra los ojos. Le indica que esa es la forma correcta. Cuando los abre, ella los tiene aún más apretados y hace como si roncara.

—Otra idea: vamos a decir que estamos muy cansados. Cuando yo empiece a bostezar, tú también. Esa es la señal.

—Vale. Así me cuentas un cuento en la cama, con los ojos así, apretados.

Llama mamá. Sara lo celebra eufórica corriendo hasta el teléfono. Intercambia breves frases con los dos.

—¿Cómo están mis niños? ¿Ya han cenado? Hoy vuelvo temprano. Atentos al beso. Se queda la vecina hasta que os dé sueño. Mi niño mayor, qué responsable. Ya mismo recupero mi horario normal, mis niños.

Abren la puerta a la vecina: les preparará unas tortillas francesas con atún; «esto les gusta mucho a mis nietos», les dice. La niña dice que hace mucho que la madre no viene contenta con el dinero del buzón y no piden pizza. Le guiña un ojo. La vecina le devuelve el gesto. A Sara se le escapa una risa corta, nerviosa.

—Estamos cansados —bosteza—. ¿Podemos dormir?

La vecina propone un poco de juego; saca el parchís, como cada noche, para hacer tiempo. Sara continúa bostezando, exagerando y estirando mucho los dos brazos. Cuando se acuestan, los deja solos. Pasa a darles las buenas noches.

—No te preocupes, tenemos mucho sueño. ¿Podemos dormir ya?

—Claro, descansad. No os preocupéis. Recojo yo.

Sara se quita la ropa para ponerse el pijama. Su hermano le dice que se ponga la sudadera oscura, la desteñida, la del unicornio casi borrado. Pasa las yemas por los restos y vuelve a caer algo más del dibujo.

—¿Dormimos ya, maestro?

—Espera.

Se asoma a la puerta. No la ve, pero la oye recoger, moverse hasta

la cocina, cerrar la puerta de entrada. En cuanto el sonido se aleja, vuelve rápido al cuarto, se tropieza con la mesa del comedor, se le cae el destornillador, que queda debajo del sofá, y algún resto de la cena. No quiere perder el tiempo. Antes de entrar por la puerta, ya se está poniendo una camisa negra que tiene en el lado derecho del armario, donde su madre coloca la ropa que ya le queda pequeña.

—Linterna preparada. A por el laberinto.

Se aseguran de que la puerta esté bien cerrada, pero sin que suene. Evitan encender la luz del rellano y van bajando, levantando mucho los pies. Sara lo vio en unos dibujos: el lobo andaba despacio para que los cerditos constructores no lo oyeran llegar antes de soplar sus casas. Saben bajar por la escalera. Muchas veces juegan a hacerlo con los ojos cerrados. Sara no, así que le pide que le agarre la sudadera desde atrás para ir juntos.

Suena el ascensor. Se paran en el rellano que hay entre la segunda y la tercera planta. Es alguien que no conocen; «debe ser nuevo en el edificio», le dice a su hermana.

Esperan a que entre en su casa y apagan las luces del rellano. La puerta del portal pesa mucho. Él le pide que le dé al interruptor y que rápido le ayude a abrirla. Esa puerta siempre se rompe, demasiado pesada. Las puertas de la abadía deben de ser así, le espeta enseguida a Sara. Miran a derecha e izquierda; todavía hay establecimientos abiertos, gente en la calle y bastante tráfico.

—Hay que llegar antes de que las tiendas se apaguen; luego queda todo a oscuras y podemos perdernos.

—No quiero que nos perdamos.

—Tranquila, tenemos una linterna.

Vuelve a abrir la mochila para asegurarse de que está ahí; no se fía de que, con las prisas, se le haya podido olvidar. Bajan por General

Ricardos; pocas personas se paran a mirarlos. Van de la mano, solo son dos hermanos que vuelven a casa un poco tarde.

Ven un gato negro en la esquina. Se miran. Parece saber el recorrido y los persigue unos metros. Sara le tira de la manga.

—Cuidado, puede ser una bruja.

—¿Un brujo no puede ser?

—También.

Aceleran el paso. Quieren perderlo de vista. Llegan por fin al cruce, pero el semáforo está en rojo. Esperan. Empiezan a darse cuenta de que un abrigo no les hubiera venido nada mal. Sara se para a meterse la camiseta de manga larga por dentro y a subirse los calcetines. Karim, sin preguntarle, le sube la capucha.

—Así pareces un verdadero monje.

Se les hace muy largo. No parece que el semáforo tenga ganas de ponerse en verde. Solo pasan coches sueltos. Algunas farolas parpadean antes de encenderse del todo. *Solo son pruebas,* piensa Karim. La biblioteca tiene sus formas de defenderse sola. Le pide que acelere. En cuanto ven el edificio, empiezan a celebrarlo como una victoria: están a punto de entrar en el laberinto.

—¿Sabes que el ciego está dentro?

—Claro. Mira, no hay nadie en su puesto.

Lo revisan entero. Se fijan en la papelera, llena de cupones sin premio. La terminan vaciando. Creen que así se aseguran de que no haya ninguna contraseña secreta. Karim no deja de murmurar que debe haber alguna forma de abrir la puerta. No van a conseguirlo empujando, aunque lo hicieran juntos, como ha sugerido Sara.

—Pudimos con la del portal, podremos con esta.

—Mira por debajo del carrito a ver si ves algo.

Aún pasa gente, pero cada vez queda menos y camina más

deprisa.

—Tírate tú, eres más pequeña. Mira si debajo hay una llave.

—Nada, maestro.

—Espera, que te ilumino con la linterna.

Se acerca a la puerta doble e intenta mirar por el ojo de la cerradura. Hay una luz tibia encendida que parpadea al fondo del pasillo. «¡Alguien debe estar dentro!», grita. Sara quiere verlo; la toma desde la rodilla y la aúpa demasiado alto; tiene que agacharse para poder mirar por la cerradura. Grita también, ha visto pasar a alguien.

Se giran al oír cómo baja una reja, fuerte, de golpe. Dos personas se despiden con un «hasta mañana». Un peatón levanta la mano agradeciendo al coche que se ha parado en el paso de peatones.

—Debe haber otra entrada. Por donde Teresa salió la otra tarde.

—Vamos, hay que encontrar otra entrada.

Vuelven a ver al gato negro. Quizá sí que era una bruja; ha conseguido llegar hasta aquí.

—Salió de esa parte —le dice a Sara—. Solo tenemos que hacer el camino al revés.

Sara intenta espantar al gato. La voz es débil, muy dulce. Parece más una invitación a que juegue con él que a asustarlo, casi en juego. En el fondo le gustaría llevárselo a casa.

Karim se queda mirando, ya sin ideas. El edificio de enfrente tiene las persianas a medio bajar, se van prendiendo y apagando las luces y se ven algunas televisiones encendidas. La biblioteca sabe defenderse, tenía razón Teresa. Debe encontrar la forma, pero no va a ser en estos momentos. Sospecha del gato, de las luces del interior y de que la llave debe estar dentro del carrito, pero no logran encontrarla.

Un repartidor de pizza pasa en sentido contrario y les pita con ese sonido tan agudo, casi chirriante, de las motos de baja cilindrada. Es la señal para marcharse, debió de pensar, porque enseguida le dice a su hermana que es tarde y que deben estar en casa antes de que llegue su madre.

Suben la cuesta casi sin hablarse, se cruzan con muy poca gente; la misma farola sigue parpadeando, y Sara, cada pocos minutos, mira hacia atrás por si ve a la bruja. Suele pasar, la puerta del portal está abierta, no del todo, pero medio encajada. Tiran los dos y la cierran de un golpe seco y ruidoso; suben las escaleras de dos en dos, sin encender ninguna luz. La oscuridad les va marcando los peldaños; los conocen de memoria.

Cuando llegan a la puerta de casa, Karim se detiene. Se queda quieto un segundo largo, demasiado largo. Sara pregunta qué pasa mientras bosteza. Se lleva la mano al bolsillo. Lo revuelve despacio al principio, luego más rápido, como si el ruido pudiera hacer aparecer algo.

—Las llaves —dice—. He olvidado llevarme las llaves de casa.

Han perdido el juego, no queda tiempo para otra partida.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO
TERESA

Lo mejor es el paseo del domingo por el Retiro. Familia, timbales y, bajo cualquier rayo de sol, gente poniéndose morena. Es otoño: pipas, padres detrás de niños y un barquillo. Ya se lo conté por teléfono. No me aguanté. Ni disimulé una noche más en la que me iba a desear que descansara bien mientras seguía viendo vídeos con el móvil. No entendió nada, no quería entender nada.

No es que los tuviera, ni que no los viera; es que lo hiciera a escondidas y que evitara muchas noches aduciendo a un calendario fijado. ¿Qué responsabilidad tenía yo y cuál tenía él? Hormonas, náuseas y moratones por los pinchazos, yo; pero no él, solo tenía que desearme. Bastante mal repartido como para no cumplir su parte.

Clara dice que no es para tanto; yo me siento ninguneada. Mi madre dice que no estamos casados; yo me siento de menos. Mis amigas dicen que vayamos a cantar por las aceras vacías, buscando a quien nos escuche y se quiera unir.

Pidió vernos. Obvio, lo entiendo, pero no en casa; en la calle, en un sitio cualquiera, nada que me recuerde que tuvimos un sofá común. Estoy haciendo un truco: cada vez que pienso en él, lo imagino con la misma sudadera que se pone para escribir, raída y con lamparones y, ahora, desteñida. Le sumo el olor a moho de días sin salir, el pelo sin lavar de tocarse todo el día y el sonido de la cadena del baño cada vez que come algo medio picante.

Le he dicho que no me echaré la siesta; en los días cortos se pasea.

No quiero una cita en la que me quede esperando su llegada. Si no es una cita, no tengo que pensar en lo que llevo puesto ni en la mascarilla hidratante que tan bien funciona. Así que voy con lo mismo de por la mañana y ese abrigo turquesa que no le gusta. Y pendientes, grandes, dorados.

Camino sin mirar el móvil. No lo llevo. Solo sé la hora por la luz, por cómo se inclina sobre el suelo.

Al principio no estoy segura de que sea él. Sentado, con los brazos sobre el respaldo del banco, como esperándome. Lleva el uniforme de escritor: el abrigo gris de paño. Mira a todos lados, como si me buscara entre la gente. Se levanta. Me detengo. Saca el móvil. Lo guarda. Da dos pasos. Vuelve a parar.

Podría levantar la mano. Acercarme antes de que me vea. Decir su nombre y que todo empiece ahí, por algo tan pequeño. Sentarme a su lado, dejar que se aproximara despacio, que me convenciera, que este otoño no hubiera llegado nunca. Escuchar otro cuento.

Podría. Pero prefiero seguir comiendo pipas.

Meto la mano en el bolsillo y saco la bolsa. Las abro una a una, con calma, como si no me fuera nada en ello. Crujen. Dejo las cáscaras en la mano izquierda.

Cuando vuelvo a mirar, él ya se ha girado un poco, como si por fin hubiera decidido una dirección. No es la mía.

Por teléfono también se pueden terminar las relaciones. No me va a poner ninguna norma más. Cuando llegue a casa, cuando esté aburrida ya viendo la tele, le escribiré para decirle que tengo las tardes libres, que pase por casa, que recoja lo que necesite, y que en dos días nos vemos a las nueve de la mañana en la puerta del banco para cerrar la cuenta que tenemos en común.

Sigo comiendo pipas hasta que termina de atardecer. Para amar,

primero tenemos que tener nuestros cajones ordenados.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE
PEDRO

No entiendo los domingos por la tarde ahora que llevo casi un mes sin beber. Tengo apuntado el día. Desde que dejé de contar los meses que no hablaba con mi padre, he tenido que añadir un aniversario nuevo. También he perdido el aniversario de dejar de hablar con mi madre: esta semana hemos hablado a menudo, intentando planear la llegada de mi padre, gestionar su preocupación e intentar organizarnos a seiscientos kilómetros de distancia.

Antes no tenía que rellenar tantas horas. La resaca lo ocupaba todo. Le daba forma y hasta un sabor al día. Todo consistía en paliar sus efectos y, si no lo conseguía, siempre quedaba la opción de tomar una cerveza —o varias— antes de dormirme. En mi caso siempre eran tres cosas: el remordimiento por la última copa, el estómago revuelto y, sobre todo, el dolor de cabeza, fijo detrás de los ojos. A veces había una cuarta, las náuseas, que venían según me odiara. Pero eso ya no está. Y sin eso, el domingo se queda abierto, sin apoyo, como una tarde que no sabe en qué sostenerse.

Hoy tengo que recoger a mi padre. Llega en autobús; tiene el carné retirado. Me lo imagino mientras voy en el metro hacia Menéndez Pelayo: no hablaremos mucho, lo inmediato, lo de mañana. Me dirá que tiene unas pruebas a primera hora, que no quiere llegar tarde: otra manera de empezar un lunes. Lo repetirá varias veces, intentando que me quede claro que él va a poner los ritmos.

Podría entrar ya en la estación, mirar la pantalla, calcular en cuál

dársena llegará, incluso escribirle para saber cuánto le queda. Decido quedarme fuera, alargando el camino, dejando que la tarde caiga poco a poco sobre el asfalto y sobre la gente que empieza a moverse como si el domingo no fuera del todo suyo.

Podría acercarme, reconocerlo antes de que me viera, quizá mientras recoge la maleta o ayuda a bajar a alguien. Podría levantar la mano, saludar efusivamente, empezar por algo pequeño, un «qué tal el viaje». No sé si abrazarlo, si será demasiado, pero sí soltar un «me alegro de verte». Proponernos que estos días estemos cómodos, que sepamos disfrutar el uno del otro. Quizás un Museo del Prado, un bocata de calamares o mirar a la gente caminar por Preciados.

Cuando por fin lo tengo delante, en la dársena, no dice nada de eso. Nunca sabremos por dónde empezar. Nunca volveremos a empezar, me doy cuenta en cuanto me ve y me dice:

—Tira para adelante, yo te sigo.

CAPÍTULO CINCUENTA
KARIM

Por mucho que intenta explicárselo, no surte efecto. Le dice que solo es un rato, que ya lo han hecho otras veces. Más que clarificar, solo consigue preocuparla más. Pregunta qué ha pasado, qué hacían los dos fuera de casa, por qué no llamaron a la vecina. Insiste en que le hablen, pero él no entiende que, al llegar, quiera respuestas y lo único que hace es lanzar más preguntas.

—¿Qué importancia tiene, si total estamos solos todo el día? Si podemos venir solos del colegio, ¿por qué no vamos a poder ir solos a la biblioteca, como hacemos cada tarde?

Pero no funciona. Su madre, por momentos, se enfurece: respira hondo, le dice que iba con su hermana, cómo se le ocurre; menos mal que ha conseguido llegar antes a casa. Sara está medio dormida; ha pasado frío y no deja de toser. Karim siente la culpa: ¿quién iba a pensar que estarían tantas horas en el suelo, tan frío, apoyados contra la puerta? Él también tiene frío; le ha dejado la camisa que le está pequeña a su hermana.

Insiste. Cuando ve que no sirve apelar a su autonomía, cambia de estrategia: dice que ha desaparecido alguien de la biblioteca.

—La bibliotecaria, la que no soporta a los niños —añade Sara, medio dormida.

Nada. No entiende nada. ¿Cómo va a desaparecer una persona? ¿Quiénes son ellos para saber algo así?

Entonces le cuenta lo del libro. El ciego lo ha robado y se ha escondido en el laberinto. Teresa dijo que me estaba esperando;

¿cómo lo voy a dejar ahí? Por su culpa ya no pueden tener ese libro en blanco en la estantería de novedades.

Ahí se termina todo. No hay más explicaciones. Lo manda a su cuarto. Intentan hablar; si quiere saber qué ha pasado, debe dejarle que le cuente.

—Mañana.

Al desayunar no hablan, aunque los dos quieren volver a explicarse, decir que no era nada malo, solo ir al mismo sitio de siempre un poco más tarde. Entenderse, escucharse: eso dice su madre que es una familia. Pero se queda en palabras. No quiere oír más. Dice que hoy y mañana tiene que ir a trabajar, que no puede cambiar los turnos y que después se acabó: la biblioteca, leer, buscar libros ocultos. Duda incluso si dejarlo ir solo al instituto. «Instituto y casa, eso es lo que hay», termina diciendo.

Por su culpa no puede trabajar. Por su culpa no habrá dinero para el cumpleaños de su hermana. Tendrá que decirle que este año han informado en las noticias que los cumpleaños no se celebran. Se lo dice en cuanto se levanta, diez minutos más tarde que su hermano. Karim lo oye todo, lo oye y no dice nada.

—¿Y el del año que viene?

Asiente. Cree que sí, pero habrá que estar pendiente de lo que digan las noticias.

Arrima la silla. Chirría contra el suelo al arrastrarla.

—Karim, no arrastres la silla.

Es el primer grito. Hoy todo le molesta. Luego, más bajo, casi en un susurro, le dice que levante la silla para no estropearle el parqué a la dueña del piso.

La levanta a pulso, le guiña un ojo a su hermana.

—No te preocupes, Sara.

Karim sabe cómo traer dinero a casa, cómo conseguir el cumpleaños que su hermana merece. Hay otras formas. La madre les repite la retahíla: hoy no trabaja, ni mañana por la mañana. Por su culpa. Porque no puede dejarlos solos. Tiene que llevarlos. No saben cuidarse, no pueden hacerse cargo de una niña ni unas horas.

Van los tres por la calle. Sara hace bromas; da saltos, corre alrededor de su hermano. No recuerda la última vez que su madre la llevó al colegio.

—Al principio de curso —dice Karim—. Algunos días nos llevó mamá.

—Tendría tres o cuatro años.

—Claro. Eras muy pequeña.

Les pide desayunar en la calle. A veces lo han hecho: una cafetería, cruasanes rellenos y palmeras, todo de chocolate.

Karim sabe cómo entra el dinero en casa y cómo hacer para que mañana puedan volver a reírse con los dientes manchados. La madre se niega, no va a gastar dinero en tomar nada fuera de casa.

Se besan en la esquina, se despiden de ella y Sara abraza a su hermano.

—Ya voy yo sola, mamá.

Sale corriendo, saludando a todos, diciendo a quien pasa a su lado que esa es su madre, que hacía mucho que no la traía al colegio.

—Fue hace unas semanas —dice Karim—. Casi no ha pasado un mes.

Ella se gira, saluda con la mano, exagerada. Le guiña un ojo a su hermano. Pasa la niña que nunca quiere compartir esas galletas rellenas de chocolate que tanto le gustan.

—Tendré un cumpleaños secreto —dice—. Pero tú no vas a comer tarta.

Le da vergüenza que lo vean con su madre. La toma de la mano, para que sienta el calor, la presión insistente de los dedos, obligándola a mirarle a los ojos un segundo más de lo normal y pedirle que le deje ir solo, que no quiere que lo vean sus compañeros.

Karim sabe cómo conseguir dinero, cómo celebrar el cumpleaños que su hermana merece, cómo volver a casa con los dientes llenos de chocolate como si nada hubiera pasado. Asiente cuando ella le dice que se van a ver a la salida del colegio, repite que sin problema, que allí estará, y añade lo de la mochila casi en voz baja, como si fuera un detalle sin importancia: que le dé tiempo a esconderla. La madre no quiere más líos; «es un juego», se apresura a decir Karim, solo es un juego en el que Sara tiene que encontrar la mochila que deja escondida en el patio delante de su colegio.

Se miran apenas un instante, lo suficiente para que ella decida creerlo. «Claro —dice—, que la encuentre y nos vamos a casa».

Sube rápido la calle, con esa ligereza de cuando no se lleva nada encima. La cuesta no le cuesta. Al llegar a la esquina, justo frente al parque, elige el banco de la izquierda, el que permite ver la plaza entera sin tener que moverse, y se sienta con una calma aprendida. Solo tiene que esperar, eso también lo sabe. Al principio, el tiempo no avanza: la primera media hora se le queda pegada al cuerpo. Ve pasar a algunos compañeros, reconoce mochilas, formas de andar, voces, pero mantiene siempre la distancia suficiente para no ser visto. Nadie espera encontrar a alguien quieto, mirando, ocupando

un banco, con la misma parsimonia de lo que hacemos cada día.

Cuando aparece uno de esos desgarbados que sabe reconocer, de hombros caídos, como si anduviera siempre sin ganas de vivir, Karim no se mueve. Hablan poco. Le pregunta por la mochila; Karim asiente. Dice algo sobre traerla vacía, sobre llenarla, sobre que hoy tiene que ser hoy. Karim escucha sin responder. Le dicen que espere, que no se mueva.

Vuelve a quedarse solo, mirando hacia el parque. Un niño pequeño juega con su padre sin ninguna prisa: corre, tropieza, se cae y llora; el padre lo levanta despacio, le sacude el polvo y le besa en la rodilla. Mide el tiempo. Cuenta sin querer: coches que pasan, colores que se repiten, pequeñas reglas que solo tienen sentido si las cumple. *Si pasan tres rojos, me voy a casa*, se dice.

Cuando deja de contar, alguien se sienta a su lado. *Menos mal*, piensa; ya han pasado dos coches y quiere solucionar el problema que ha causado en casa. No hablan mucho. El peso aparece de golpe en la mochila, sin ceremonia. Algo cambia en la forma en que la sujeta.

—A las seis —le dicen.

Karim asiente.

Se queda un momento más, lo justo para no llamar la atención. Camina hacia el instituto sin mirar atrás, sin apuros. Dirá que tuvieron que llevar a su hermana al colegio; no querrá mentir, así que intentará dar pocas explicaciones. No permitirá que nadie se acerque demasiado. No dejará la mochila en el suelo. La llevará pegada al cuerpo, como si así pudiera mantener el equilibrio. No la soltará durante toda la mañana en el instituto, aunque empiece a dolerle la espalda en el segundo recreo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO
TERESA

La reconozco sin haberla visto. Misma nariz, mismos andares, misma mirada curiosa. No por la cara, sino por la manera de llegar: la forma de apoyar el peso en los pies, la lentitud exacta de los pasos, midiendo el suelo antes de pisarlo. Me llega un olor a miel, a anís y dátiles. Tan penetrante que avisa que estás sin hablar. Se alegra de al fin conocerla, aunque no me vaya a dar tiempo a tomar nada; tengo una «no cita» con Marcos para cerrar y ordenar lo que nos queda abierto.

—Teresa, tú eres Teresa.

—Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—No tienes que inventar tantas tonterías, eres ya muy mayor.

—¿Perdona?

No cierra el puño; apenas hace amago. La mano se le queda a medio camino, como si no supiera dónde terminar el gesto. Quiere hablar más rápido de lo que puede. Niega con la cabeza, aprieta la mandíbula, suelta el aire por la nariz. He hecho enfadar a alguien que no conozco.

Entre el acento, la forma de expresarse y los nervios, solo consigo entender fragmentos. Va y viene, repite palabras, se atasca en «tirados», como si ahí estuviera todo. Sus niños, dice, tirados en el suelo. Lo repite otra vez. «Tirados». Para que lo entienda, para que no se me escape.

Miro alrededor. No quiero que el compañero nuevo vea cómo una madre me riñe. No quiero que esto tenga testigos.

—¿Tú eres madre? ¿Puedes entender lo que duele: niños en la puerta tiritando?

Digo que no. Podría decirle que antes no quería, que luego sí, que luego no pudimos y que ahora ya no sé lo que quiero.

—¿Vas a comprar tú la comida con libros? Ahora, ¿quién va a trabajar?, ¿cómo lo vuelvo a dejar solo?

—Solo le hablé de libros, de uno en concreto que a mí me descubrió que había otros mundos dentro de este.

—Estaban tiritando. ¿Qué ciego va a esconder un libro?

Esbozo un «lo siento»; no volveré a hablar de libros con Karim.

Entonces baja la voz, como si lo que viene no fuera ya para mí. Dice que la última vez que vino a esta biblioteca fue a traer libros, no a llevarlos. Los libros de la casa, los que usaron para aprender español, los que tenían sus letras dentro y que con tanta ilusión fueron recopilando. Los metió en una caja y la trajo una tarde, pero estaba cerrada. La caja de leche donde los guardó pesaba demasiado para volver con ella, así que la dejó ahí fuera, junto al contenedor de enfrente. Que los libros no dan de comer, dice. Que bastante tienen sus niños, que están sin su padre, porque no vuelve. Lo dice así, sin pena, como quien constata el tiempo que hace hoy: no va a volver, ella lo sabe. No se calla.

—Hoy es el último día que tengo que volver a dejarlo; no puedo faltar a cuidar a la señora otro día. Por favor, no quiero misterios: biblioteca y a casa, último día, por favor.

Me aprieta la mano entre las suyas, me mira a los ojos, repite tres veces: «por favor, por favor, por favor».

Hoy no me preocupa; hoy estaré cerrando todo lo que nos queda abierto. Seguro que volveré a encontrarlo aquí, o en cualquier historia que me devuelva a ese adolescente de nariz aguileña,

erguido y hambriento del mundo.

Y yo solo quiero eso: perder el tiempo en cosas que no pesen.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS
PEDRO

La palabra «cirrosis» no se pronuncia; se mastica despacio. Se queda ahí, enredada entre los dientes, como un trozo de carne correosa que no puedo tragar ni escupir y que necesita un palillo de dientes. La palabra «cirrosis» no va a salir sola.

Cuando salimos de la consulta del médico, vi que la cara del otro parecía de cristal sucio, bastante opaca. Camina a mi lado, encogido, con ese olor a tabaco rancio que ahora me parece la colonia de la propia enfermedad. Hemos hablado antes y durante la consulta, pero de camino a casa no decimos nada.

Lo dejo en casa. Me dice que lo deje encerrado, que eche la llave por fuera.

Entro en el bar de la esquina de General Ricardos sin decidirlo, con la carpeta de su informe médico bajo el brazo. Muy tarde para el café, pido un quinto de Mahou. El cristal está frío, pero el líquido me quema al bajarlo. No espero la tapa.

—Ponme otro.

Hojeo el informe, miro parámetros, números, y lo pongo sobre la barra. Me quedo mirándolo. Bebo despacio, saludándolo como a un viejo amigo.

Pido un whisky, corto, porque la cerveza ya no es suficiente para tapar el zumbido de la consulta médica. Un hígado oxidado. El camarero limpia la barra con un trapo grisáceo. A las seis menos diez, el móvil vibra. Sé de quién es el número de teléfono.

—Necesito que vengas.

—Ahora no puedo. Tengo que ir a buscar al niño del que te hablé en un rato.

—No lo entiendes. Tengo que salir. Necesito beber algo.

—Sí, lo entiendo. No vas a salir hasta que yo llegue.

Cuelgo. Dejo el móvil al lado de la carpeta del informe médico.

—¿Otra? —pregunta el camarero.

Asiento. Otra y otra, unas alitas de pollo grasientas, unas bravas crujientes y unas patatas saladas. Otra y otra más.

Cierran el bar sin ceremonia. La persiana baja a medias; el camarero limpia la barra con el mismo trapo de antes y yo me ofrezco a ayudarle, pero creo que no me he hecho entender muy bien.

Pago sin contar, con billetes que siempre llevo arrugados en el bolsillo pequeño y algunas monedas que dejo sobre la barra, y no espero que me diga cuánto me sobra.

La llave no entra a la primera. Tampoco a la segunda ni a la tercera. Dudo que sea la llave y busco otra. La giro, la saco, vuelvo a meterla. Apoyo la frente en la puerta, intento concentrarme, cierro un ojo. Vuelvo a intentarlo y, cuando lo consigo, mi padre está en la puerta. Balbuceo algo y solo oigo cómo da un portazo tras de mí y grita que ya está fuera, que no eche la llave. Busco a sabiendas de que no hay bebida en casa. Tiro todo lo que veo en el congelador, vacío medio frigorífico y lo pongo en el mostrador. En unos minutos, o en una hora, veo a mi padre con una bolsa del chino en la mano. Dentro hay cervezas calientes. Dice cosas que no soy capaz de entender ni responder. Se sienta antes de quitarse el abrigo. Abre una lata y la espuma cae al suelo antes de que pueda beberla.

Debieron beber juntos. Sin brindar, sin hablar, sin mirarse. La tele estaría encendida, muy baja, lo suficiente como para que los dos dejaran de verla. Beberían otra. La bolsa se rompería y una lata rodaría hasta quedarse debajo del sofá. Su padre se dormiría primero, con la cabeza ladeada, respirando fuerte. Imagino que se quedó mirando una mancha vieja en la tela del sofá, sin saber quién apagó la luz.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES
TERESA

Los huecos existen para rellenarlos, sacar tierra de otro lado y cubrirlos. Para eso. Para no caerte dentro. Para no tener que mirar lo que queda abajo cuando ya no hay nada que sostenga. Tenemos muchos huecos por tapar: a primera hora, cerrar la cuenta conjunta.

Lo primero fue un beso sin ganas en la esquina de la mejilla. No ha dormido: en él, las ojeras se le marcan en el pliegue exacto donde la piel se afina, justo debajo del párpado. Me hace un recorrido emocional: me pregunta por el perro de casa de mis padres, si aún ladra cuando suena el timbre o si ya duerme sin levantar la cabeza.

En un momento se detiene, como si hubiera llegado al final del trayecto, y entonces no pregunta nada más. No le recuerdo que Curro, un *cocker* pardo con pelo luminoso, murió hace unos meses, que ya se lo había dicho. Organizamos las dos cuentas, y él toma la manija de la conversación con el empleado de banca.

—¿Entonces la doy de baja?

—Sí. Yo voy a mantener la individual. De esa cuenta necesito una transferencia a la mía.

—Tengo que poner un motivo.

—Ya no me quiere.

El empleado de banca nos mira a los dos sin querer saber más.

La dueña del piso habla despacio y siempre mira por encima de las

gafas. Su casa es el doble de grande de la que nos tiene alquilada. Dice mi nombre una vez; comprueba las fechas. Asiento. Pregunta si me quedo yo. Digo que sí. Digo que sí repetidamente. No añado nada más.

Habla de contratos, de fianzas, de cambios mínimos y sencillos.

—¿Puedes hacerte cargo tú sola del alquiler?

Puedo. Dice que hay que devolver la fianza o que yo se la devuelva a él; apunta que así es más fácil. Dice que no pasa nada, que es un trámite sencillo, que en un par de días estará todo arreglado. «Sencillo» es una palabra que siempre llega tarde.

Cuando todo parece arreglado, cuando ve que no hay trabas, Marcos deja por fin el móvil y levanta la vista. Se acaba de dar cuenta de que él ya no figura en la conversación. La dueña me sonríe por educación mientras me entrega un papel para firmar que se me escurre entre los dedos.

Firmo.

Cuando salimos, la puerta se cierra con un ruido limpio, definitivo. No vamos a poder cerrar todos los huecos. Los pienso mientras camino. Los voy enumerando e intentando encontrarles solución mientras espero el semáforo. Pienso en la estantería. En que habrá que decidir si se desmonta o se deja en pie; títulos que siguen alineados; si también se dejará algunos libros en mi casa, como hizo con su ex. Pienso en las plantas. En las de la terraza, en las de la entrada y en la que está en su cuarto, al lado del ordenador. Imagino hojas amarillas, marrones, casi secas. Secas del todo. Pienso en el colchón. ¿Sigue siendo una cama de matrimonio cuando solo va a dormir una soltera?

Pienso en los libros subrayados por ambos, en dejarlos así, para que alguien vuelva a leerlos y sepa entender qué nos pasó.

La última parada, lo que aún nos mantiene juntos, es la clínica de fertilidad. Venimos a decir que dejamos el tratamiento. Mirar qué queda pendiente por pagar, mirar cómo hacer con el último crédito.

La administrativa mira la pantalla, teclea despacio.

—Justo estos días te tocaba la siguiente ecografía —dice, mirando la pantalla—. Te vendría bien hacerla.

—¿Cuánto es?

—Cinco minutos.

Pasamos los dos, por pura inercia, como otras tantas veces lo hemos hecho. Me tumbo en la camilla sobre el papel blanco que acaba de poner. La médica entra, se presenta, hace lo que tiene que hacer. La pantalla se enciende. Durante unos segundos nadie dice nada. La médica ajusta el ángulo, acerca un poco más el aparato, lo aprieta contra mi vientre y vuelve a mirar. Mira la pantalla y mueve el transductor. Luego dice que aquí está. No levanta la voz.

Dice que estoy embarazada; nos da la enhorabuena.

Tardo en entenderlo. Él pregunta si es seguro. La médica explica que es pronto, que hay que confirmar, que habrá que volver en unos días. Pero solo me dice: «Ves, aquí, esto es, ves esta forma, eso, eso es. Es tuyo».

Habla de semanas, de controles, de citas que ya están previstas aunque nadie las haya pedido.

Me incorporo despacio. El papel cruje otra vez. Me limpio el vientre con una toallita. Por un momento vuelvo a darme cuenta de que no estoy sola. Lo busco con la mirada; está ensimismado

mirando la pantalla apagada; le hace una foto con el móvil. La mira, comprobando lo que ya vio en la pantalla.

Salimos al pasillo. Es el mismo de antes, largo, medio azulado. El mismo silencio que cuando estábamos los dos sentados, uno enfrente del otro, solo que ahora lo noto. Las mismas sillas, bajas e incómodas. Las mismas parejas tomadas de las manos, las mismas mujeres solas.

Ahora hay un hueco distinto. Uno que no se puede cubrir ni cerrar a tiempo. Todos los huecos que somos capaces de cubrir solo generan otros. Solo movemos la tierra de un lado a otro.

Sin quererlo, me llevo la mano al vientre. Paso los dedos por la cicatriz; mi estrella sigue ahí.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO
KARIM

—No la encuentro, Karim…

—Anda, mira bien.

Su madre se impacienta. Tiene que terminar el guiso de cordero que ha dejado a medio hacer; quiere recoger la ropa que ha dejado tendida para que no se ponga áspera, rígida, y dejar la cocina recogida antes de irse a cuidar a la señora.

Karim no está en el árbol.

—Anda, mira bien.

Solo es un juego; la suele encontrar. La madre de Karim quiere entenderlo. El patio se va vaciando; las familias se despiden. Cuando ya solo quedan algunos profesores, Sara acude desesperada, quejándose de que hoy es muy difícil, que así no verá a los chicos que se comen las aceras.

—Anda, mira bien detrás del tobogán.

Le dice que ya miró, pero aun así vuelve a mirar. El conserje, tan servicial como siempre, la acompaña. Sabe de sus juegos; a veces ha sido cómplice.

Karim y su madre entran al patio. Observan la escena: los ven merodear por el tobogán, a Sara encogiéndose de hombros, sin entender por qué no está la mochila allí detrás del tobogán. No aguanta más, se acerca también. Está seguro de que la ha dejado ahí hace unos quince minutos.

Pero no está ahí y el conserje tiene que cerrar. No está, y Sara dice que no quiere jugar más, que tiene hambre. No aparece la mochila, y

su madre tiene que irse. Empieza a levantar la voz, a decir que otra vez no, Karim, que ya la encontrarán, que solo son cosas del instituto. El conserje le dice que seguro que aparece; las mochilas son todas muy parecidas; alguien debe de habérsela llevado por error. Bajan en silencio; tendrá que volver a pedir la mochila rosa a su hermana para llevarla a la biblioteca. Va a llenarla con las carpetas y los libros del instituto que ha dejado en casa; no quiere darle más disgustos a su madre cuando vea que sus cosas estarán ahí.

Mañana, cuando lleve a Sara, insistirá en la mochila. No se moverá de la puerta del colegio hasta que aparezca; eso le reconforta. Mientras su madre termina de preparar la comida, hace las paces con Sara leyéndole un cuento. Algo de unos monos que roban plátanos.

Las mesas son demasiado grandes para tan poca gente. Una luz blanca cae desde el techo y no alcanza los rincones. El reloj cuelga torcido; el segundero avanza a tirones. Sigue tumbado sobre una mesa, mirando su despertador: casi una hora aburrido, esperando. El profesor no llega; hoy le vendría bien tener a su guardaespaldas. La bibliotecaria no ha aparecido durante todo el día. Solo piensa en llegar a casa, en que mañana solucionará el tema de la mochila y meterá la mitad en un sobre que dejará en el buzón para que su madre lo lleve al Telepizza y que, con la otra mitad, celebrará un cumpleaños sorpresa y secreto. Arrastra la silla unos centímetros y se sienta en el borde, sin apoyar la espalda. Si se apoya, cree que no podrá levantarse. Descarga las manos abiertas sobre los muslos. Las cierra. Con el pulgar se frota una uña rota. Vuelve a mirar el despertador.

Teresa le ha enseñado que las fotos que guardamos entre los libros

no sirven para recordar, sino para aplazar el olvido; que, con los años, se vuelven más ligeras que el polvo y ya no pesan, solo marcan el lugar exacto donde una vez hubo algo vivo. Por eso hay que dejarlas en el libro en el que pensaste en esa persona, para que, mientras sigas leyéndolo, continúe a tu lado.

Se le está haciendo la tarde larga. Se acerca a la mesa de las novedades. Los va tocando uno a uno hasta que nota que hay un libro colocado con la portada hacia el espejo de la pared del fondo.

Solo desde ese ángulo, reflejado, el tejuelo se lee al revés, una signatura que no existe en el catálogo. Verne, ID, 3. Cinco letras. Dos iniciales. Un número.

Los tiene controlados, sabe de memoria dónde están los de Julio Verne. Hay casi una decena de libros suyos en la estantería; no puede ponerse a sacarlos todos. Malaquías ya lo mira furioso: qué manía con poner bibliotecarios a los que no les gustan los niños. Busca el tercero, de izquierda a derecha.

Obvio, piensa: *Viaje al centro de la Tierra*. En el del medio, entre las páginas centrales, hay una tira de papel con letra de hormiga detrás de una postal que pone «Londres»: «El que no entiende también encuentra. Busca donde las letras pesan más que las palabras».

Las letras que pesan más que las palabras. Karim piensa. Diccionarios. Va a la sección de referencia, sin hacer ruido y habiendo dejado el libro colocado en su sitio. Nadie puede saber que ha conseguido la primera pista. Hay un diccionario con el lomo marcado con una pequeña mancha de tinta azul, casi invisible, que ha dado la vuelta. Lo abre; casi se le cae con la emoción. En un *post-it* naranja chillón hay otra nota: «*Finis Africae*. Lo que buscas no está donde se guarda. Está donde nadie lo devolvió».

Lo que nadie devolvió, casi ni duda. La caja del archivo, la que

pesa demasiado, está llena de libros para desechar. La que Teresa nunca deja que se tiren, la que Teresa nunca sabe qué hacer con ellos. Karim la abre. Debajo de todos los libros, envuelto en papel de periódico atado con una goma, con un tejuelo falso encima, está el libro en blanco. «Tiene que ser este», casi grita.

Solo hay escrito sobre el papel: «Aquí lo tienes, ábrelo en casa, lo disfrutarás más».

Lo mete en la mochila rosa de Sara, que se ajusta al salir de la biblioteca; es incómoda y el libro envuelto sobresale; no ha podido cerrarla bien. La calle ha oscurecido antes de lo que esperaba. Camina rápido, sin correr. En el escaparate que anuncia que es invierno de una tienda se ve reflejado; no reconoce del todo su alegría. Baja la cabeza. Acelera. Va incómodo, sonriendo, pero con prisas, por abrir su paquete, por contárselo a Sara.

Abre la puerta de abajo con dificultad, dándole un empujón fuerte con el hombro. *Le falta aceite*, piensa. Nota que la puerta que siempre hace mucho ruido no se ha cerrado. Sube a pie, de dos en dos, y espera a que llegue ese sonido estrepitoso. Pero no llega. Cuando llega a casa, mete la llave en la cerradura. Le cuesta acertar, gira con torpeza, tiene que ayudarse con las dos manos.

Una mano lo agarra del hombro y lo tira hacia atrás. Otra le tapa la boca. Son dos. El cuerpo lo sabe antes que la cabeza. Olor a tabaco. Aliento cerca. No gritan. No hace falta. Solo los oye decir dónde está el paquete que debería haber entregado.

Le hablan despacio, pegados al oído. Le recuerdan su nombre. Le dicen que no juegue. Solo oye: «Calma, mejor amigo, calma». Se ahoga en cuanto le tapan la boca; quiere respirar por la nariz, fuerte. Insisten, le preguntan. Intenta dar un cabezazo, un pelo enjaulado, un ciervo con un león, una mosca en una telaraña. Muerde, muerde

el brazo con tanta furia que podría aullar.

Grita; su boca sabe a pelo. Pero ha conseguido escapar; solo tiene que escupir ese sabor antes de que se convierta en náusea. Intentan agarrarlo, pero consigue soltarse con un fuerte golpe en su brazo. El movimiento es torpe, pero suficiente. Corre por el piso. Quiere rodearlos, pero lo terminan tirando contra la mesa del comedor y el sofá. Ve el destornillador que lleva unos días perdido y, en cuanto se abalanzan sobre él, lo empuña para defenderse. Su mano se mueve antes de que la cabeza le explique: golpear primero, pensar después. Como tantas veces desde que está en Madrid.

Siente el brazo moverse. Algo cede. Un grito. Abre los ojos. Uno de ellos está doblado, con la mano en el costado. El otro retrocede. Mira la sangre y sale corriendo. En la puerta agarra el paquete envuelto en papel de periódico que sobresalía de la mochila. Da un golpe fuerte al cerrar la puerta, tan fuerte que rebota y queda abierta.

El destornillador cae al suelo. Rueda hasta chocar con la pata de la mesa. Karim se deja caer. Primero sentado, luego de lado. Llora con el cuerpo entero, sin lágrimas. Se tapa la cara con las manos, se la llena de sangre. Agarra la toalla de la promoción y se limpia como puede, tan viva, tan brillante que por segundos solo puede mirarla. La dobla y la coloca en la herida del hombre desgarrado; intentando hacer fuerza, cierra los ojos para apretar más, y solo es capaz de susurrar: «Lo siento, lo siento…»; no deja de sangrar entre gritos y lamentos. Aun así, consigue elevar la voz por encima y gritar el nombre de la vecina.

La sudadera rígida de suciedad. Solo piensa en su hermana tirándole de la manga para que juegue, y él cediendo siempre aunque le duela el cuerpo; en su madre pidiéndole que le devuelva las llaves de casa. Piensa en el sobre con el dinero en el buzón que ya

no podrá dejar, en lo que volverán a tardar en pedir una pizza. Piensa si volverá a escuchar a su hermana llamándolo de esa forma tan peculiar.

Estaba claro: sin malos no habría historia.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO
AISHA

No le regaña por llevar el pijama del revés. Bastante ha tenido estos días. Ni que haya dejado todas las luces encendidas, así no se verán las velas. No hubo sobre esta semana y lleva toda la semana sin limpiar portales. Le pidió algo de dinero prestado a la vecina, por primera vez. La vecina no preguntó por qué, así puede celebrar el cumpleaños de Sara y comprarle una muñeca que dice que ha visto en un escaparate.

Ha preparado sus dulces favoritos, con miel y almendras. Eso sí, Sara ha insistido en que la tarta tenía que ser comprada en una tienda, como las de su clase. Esta mañana le preparó bolsas de chuches, muy bien cerradas, y las llevó al colegio. Cuando fue a recogerla, saltaba de alegría al contarle que les habían encantado a los niños de su clase.

Están las dos solas, con cuatro cubiertos.

Enciende la tarta. Le recuerda que los deseos no se pueden decir en voz alta, así que lo piensa con los ojos muy cerrados, demasiado apretados. Sopla. Sirve los platos: los suyos y los otros dos, que Aisha guardará en la nevera en cuanto se acueste. Todos los días pregunta por su hermano, ya no sabe qué más excusas ponerle, dice que quiere enseñarle su muñeca nueva. Sara aprovecha, mientras su madre termina de recoger la cocina, para sacar su sacapuntas preferido, uno en forma de herradura que su madre le prestó cuando empezó en Primaria y que, desde entonces, lleva en el estuche como un tesoro; quiere marcar que en este cumpleaños no estuvo su

hermano.

La arropa, metiendo bien las sábanas por los costados, la come a besos, la mira fijamente, acordándose de lo que pasan las niñas sin hermanos, sin padre. Intentando recordar los cuentos que toda madre debe de saber, los que le contaron a ella. Cuando cree que ya se ha dormido mientras le acaricia la cara, Sara pregunta:

—¿Llamamos a casa de la abuela de Tánger para darle las buenas noches a Karim?

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS
SARA

Hoy cumplo años. Mi madre me ha dejado volver sola a casa por primera vez y me ha dado las llaves que pedí como regalo de cumpleaños. Ya iba siendo hora, aunque últimamente me molestaba menos que me siguiera del instituto a casa, manteniéndose a cincuenta metros para no avergonzarme delante de mis amigas. Me lo ha dicho esta mañana, mientras desayunábamos mermelada de naranja hecha por ella, como si no tuviera importancia. Yo solo he asentido para no parecer emocionada y, a las primeras de cambio, me he guardado las llaves. Antes de salir para el instituto saco el sacapuntas, el de siempre, y lo apoyo en la madera del marco de la puerta, en la sexta marca que tocaría hacer. Pero no aprieto, solo dejo una marca más débil que las otras. Este fin de semana vuelve mi hermano. No sé si las muescas sirven para contar lo que falta o para no perder la cuenta de lo que vuelve. Me lo guardo en el bolsillo, junto a las llaves.

A la salida del instituto me he inventado una excusa para quedarme a solas. Camino despacio. Miro los escaparates sin intención de comprar nada. Me parece una buena preocupación tener que rellenar la tarde libre, una como esta, tan soleada. Hace años que estaba planeando este día.

Empieza mi plan, llego a la biblioteca. Sé que debe oler a polvo, a papel, a algo que no cambia; entre el día despejado y la calefacción puesta, reconforta sentirse como en casa. La bibliotecaria alza la vista cuando me acerco al mostrador, abrigo puesto, mullido y de azul

celeste. No sé qué decirle, pero me quedo mirando sus labios pintados de un rojo intenso.

Le digo que es mi cumpleaños. No sé por qué empiezo por ahí. Ella sonríe, me felicita y me pregunta si tengo el carné de la biblioteca municipal. Digo que no, que quiero hacérmelo.

Mientras rellena el formulario, me pregunta por el año de nacimiento. Se lo digo, lo escribe despacio. Me doy cuenta de que decir la fecha es casi decir un sitio, un momento que no se puede mover. Le digo que hace años que quería venir a verla. En cuanto le digo el nombre y los apellidos, levanta la vista y, por primera vez, creo que me entiende. Solo dice el nombre de mi hermano, susurrando.

Le cuento que nunca más volví a verlo. Lo digo así, sin preparación.

Deja el bolígrafo un segundo, luego sigue escribiendo. Me explica dónde firmar. Pregunta por mi hermano. Le digo que lo llevaron a un centro de menores, mi madre sí fue a visitarlo, pero yo no. No me dejaron o no quise. No lo aclaro porque no lo sé. Digo que este fin de semana lo veré por primera vez, que vuelve a casa ya mayor de edad y no sé si me reconocerá. No digo si tengo ganas o miedo; tampoco ella me lo pregunta.

Mientras habla de los horarios de préstamo, pienso en Karim detrás de la cortina. Jugábamos a inventar historias sobre los libros que tocábamos. Uno decía un título y el otro tenía que continuar la historia con lo que encontraba en la casa. Nunca terminábamos, pero nos reíamos mucho escondidos en nuestra guarida secreta. Hace unos años mi madre quiso cambiar las cortinas y me negué en rotundo. Ahí siguen, deshilachadas y sucias, aunque de vez en cuando las lavamos en la bañera y las tendemos en la azotea.

Le digo que sigo soñando con su voz, que lo sigo necesitando. Ella asiente, como si los sueños fueran una categoría más, como los libros de préstamo. Me dice que hay que devolverlos a tiempo, o dejaremos de soñar con ellos. Sigo hablando sin parar; también tengo un profesor nuevo de castellano. Me habla de mi hermano, que usaba palabras raras para su edad. Algo de unas vacas, no sé. Dice que lo recuerda perfectamente. Pienso en los profesores que siempre hablan de los hermanos a quienes ya les dieron clases. De los que se fueron antes que nosotros. Me pareció que el otro día mi profesor Pedro se demoró un poco al final de la clase. No sé por qué empezó a hablar de la última vez que vio a mi hermano. Aquel día, por su padre, se emborrachó tanto que no pudo recoger a Karim. Dice que le pida perdón por eso. No sé si sabe que nunca lo volví a ver. Añadió que ahora va a su pueblo y bebe con su padre, como si fuera una buena noticia: que ya se han perdonado y ya no le da miedo el amarillo de sus ojos. A veces, cuando van al baño al bar y se miran al espejo, ambos cantan canciones infantiles. Yo conozco esa canción, pero las últimas estrofas son diferentes.

La bibliotecaria me entrega el carné. Mi nombre está mal escrito, pero le digo que no pasa nada. Me señala una mesa libre, pero antes de que me siente, dice:

—No te vayas, tengo algo para ti.

Va al archivo y me dice que este libro es para mí… *El nombre de la rosa*, ese que estaba casi en blanco. Me dice que mi hermano pensaba que algunos libros no quieren ser leídos, que solo buscan quién los escriba. Pasé el dedo por el lomo, despacio, como quien recorre una muesca en la madera.

Lo abro por la mitad. Los márgenes están llenos de letras minúsculas, como hormigas en fila india. Teresa se extraña, solo dice:

«Qué raro, debería estar en blanco, llevaba tantos años guardado. Quizá con una lupa…».

—¿Quieres que busque una?

Contesto que no, que me vale así, mi madre me espera fuera. No es verdad, pero podría serlo.

Un adulto entra con un niño. El pequeño se apoya en el mostrador y lo llaman: Guille. El niño me mira y me dice que se sabe el cuento más corto del mundo. Su padre le pide que no moleste y se ofrece a leerle un cuento antes de que su madre salga de trabajar.

Me quedo un segundo parada, con el carné en la mano, despidiéndome de todos ellos. Antes de salir me asomo a la conserjería por si podía ver al guardián de los libros, pero está vacía. Todavía es temprano, hace más frío dentro de la biblioteca. Camino despacio. Llevo en el bolsillo las llaves, rozándolas con las yemas de mis dedos para no perderme. Tengo nuestro libro bien apretado contra el pecho, para que, en cuanto Karim y yo estemos juntos, lo abramos juntos. No sé si tendremos lupa en casa, o se la tendremos que pedir prestada a la bibliotecaria.

Para entenderlo, tuve que contarme lo que no vi. Completar los huecos, como en aquellos juegos en la cortina: uno empezaba un cuento y el otro seguía sin saber muy bien hacia dónde iba. A veces pienso que lo importante no era terminar la historia, sino no perder la voz del otro por el camino. Solo he querido contar la historia de mi hermano. Un cuento de amor. Al menos así es como me la he contado todos estos años, guardando conmigo lo que no cabía entre las páginas de los libros.

AGRADECIMIENTOS

Debió ser en la Navidad del 87, que uno ya lleva unas cuantas. Debió ser, y esto lo tengo más claro, en unos grandes almacenes de Callao, en un viaje a Madrid. Mi hermano y yo mirábamos juegos de nuestro amado Amstrad; solo leíamos de qué iba y mirábamos los gráficos. Allí oí hablar de *El nombre de la rosa* por primera vez, cuando mi padre, con prisas seguro, nos dijo que *La abadía del crimen* era una versión de la novela que ya había leído y disfrutado. Aunque llegamos al laberinto, nunca conseguimos salir de él. A veces pienso que hicimos bien quedándonos en ese laberinto, siendo aún niños, contándonos historias para entender los años que pasaron, contando historias para entender los años que llegarán.

Volví a Madrid, ya de profe, afortunado por poder estar rodeado de niños, muchos con llaves, como mi Karim. Pensé en poner una lista de sus nombres, pero seguro que he olvidado el nombre de muchos, no así sus caras, las que tuvieron. De eso va este cuento, de las caras que no olvidamos, de las historias que nos contamos. De eso va, de la suerte de seguir rodeado de niños, algunos con llaves.

Dejadme que empiece agradeciendo a Pablo y a David, mis agentes, porque acompañado se viaja mejor. A todo el equipo de Plata, a Mariola, a Francisco, a Sheila… y, cómo no, a Patricia, aunque me olvidara de mandarle el primer borrador. A mi editora, Jennifer, deseando que le haya gustado este primer tramo del viaje.

A Leo, con quien quiero seguir viajando hasta que se canse de mis historias.

A mis niños del Lope, a mis niños de Nebra, brindando por seguir

consiguiendo que me encante lo suyo para que les guste lo mío, aunque sea el profe más pesado del mundo.

A mi mayor, que eligió el nombre de Karim porque le encanta cómo se llama y disfruta viendo sus vídeos. A mi mediano, que sueña con ser mayor y poder leer, y a mi Sara, que me persigue con cuentos. A ti, ya sabes que todos los libros serán para ti, para que la historia que nos quisimos creer dure siempre.

¿TE HA GUSTADO ESTA HISTORIA?

Escríbenos a...

plata@uranoworld.com

Y cuéntanos tu opinión.

Conoce más sobre nuestros libros en...

plataeditores

PlataEditores